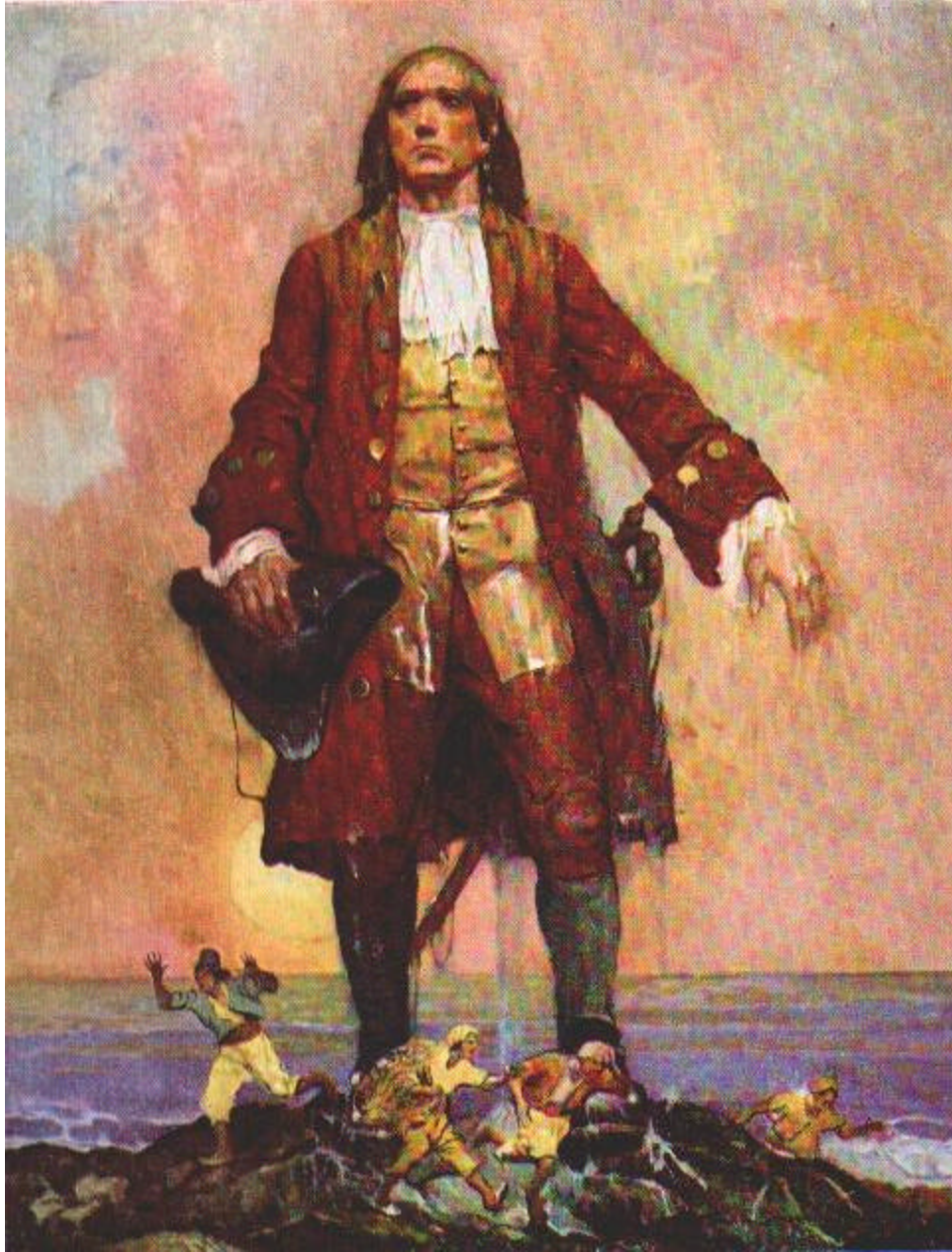


Jonathan Swift

## Viajes de Gulliver



El Autor de la Semana - © 1996-2000  
Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Chile  
Selección y edición de textos: Oscar E. Aguilera F. ([oaguiler@uchile.cl](mailto:oaguiler@uchile.cl)).  
Digitalización y corrección de textos: Carolina Huenucoy ([chenuco@uchile.cl](mailto:chenuco@uchile.cl))

Se prohíbe la reproducción comercial de los textos presentados en la serie “El Autor de la Semana”. Se autoriza la difusión a través de Internet de estos documentos, en otros sitios aparte de la Universidad de Chile, sólo con fines educativos y de difusión de la literatura, siempre que se indique la fuente, los detentores de los derechos, traducciones y cualquier otra información indicada en estas páginas. La indicación de la fuente debe realizarse además con un link al sitio original y debe comunicarse al responsable de este sitio, Prof. Oscar E. Aguilera F. [oaguiler@uchile.cl](mailto:oaguiler@uchile.cl)

---

---

## Jonathan Swift



1. INTRODUCCIÓN **Swift, Jonathan** (1667-1745) escritor político y satírico anglo-irlandés, considerado uno de los maestros de la prosa en inglés y de los más apasionados satirizadores de la locura y la arrogancia humanas. Sus numerosos escritos políticos, textos en prosa, cartas y poemas tienen como característica común el uso de un lenguaje efectivo y económico.

Nacido en Dublín el 30 de noviembre de 1667, estudió en el Trinity College de dicha ciudad. Obtuvo un empleo en Inglaterra como secretario del diplomático y escritor William Temple, pariente lejano de su madre. Las relaciones con su patrón no fueron especialmente cordiales y, en 1694, el joven Jonathan regresó a Irlanda, donde se ordenó sacerdote. Tras la reconciliación con Temple, volvió a su servicio en 1696. Supervisó la educación de Esther Johnson, hija de la recién enviudada hermana de Temple, y permaneció con el caballero hasta su muerte, en 1699. Durante ese tiempo, Swift, aunque tuvo frecuentes discusiones con su patrón, dispuso de gran cantidad de tiempo para la lectura y la escritura.

## 2. PRIMEROS

## ESCRITOS

Entre sus primeros trabajos en prosa se encuentra *La batalla entre los libros antiguos y modernos* (1697), una mofa de las discusiones literarias del momento, que trataban de valorar si eran mejores las obras de la antigüedad o las modernas. En esta obra suya, el autor irlandés se puso de parte de los maestros antiguos y, con gran mordacidad, atacó la pedantería y el espíritu escolástico de los escritores de su tiempo. Su *Historia de una bañera* (1704) es el más divertido y original de sus escritos satíricos. En él, Swift ridiculizó con soberbia ironía varias formas de pedantería y pretenciosidad, especialmente en los terrenos de la religión y la literatura. Este libro despertó serias dudas sobre la ortodoxia religiosa de su autor, y se cree que, a causa del enfado que produjo en la reina Ana Estuardo, perdió sus prerrogativas dentro de la iglesia de Inglaterra.

Aunque en teoría era un *whig*, Swift mantenía importantes diferencias de criterio con sus compañeros de partido. En 1710, subió al poder en Inglaterra el partido *tory*, y el inconformista autor irlandés se pasó rápidamente a sus filas. Comenzó a dirigir entonces sus ataques contra los *whigs*, a través de una serie de brillantes textos cortos, asumió la dirección del *Examiner*, el órgano informativo de los *tories*, y publicó una gran cantidad de panfletos, en los que defendía abiertamente la política social del gobierno *tory*. De entre esos textos, el más elocuente e influyente fue *El comportamiento de los aliados* (noviembre de 1711), en el cual afirmaba que los *whigs* habían prolongado la Guerra de Sucesión española mirando sólo a sus propios intereses. Este panfleto fue la causa de la dimisión de John Churchill, primer duque de Malborough, comandante en jefe de las Fuerzas Armadas británicas.

## 3. STELLA

## Y

## VANESSA

Swift comenzó sus *Cartas a Stella* en 1710. Stella era el nombre que él utilizaba para dirigirse a Esther Johnson, quien por entonces vivía en Dublín. Esta serie de cartas íntimas, en las que aparecen numerosos vocablos propios del lenguaje infantil, revelan un curioso aspecto de la enigmática personalidad del satirista irlandés. Los especialistas no tienen muy claro cuál era el tipo de relación que existía entre tutor y alumna. Es posible incluso que se hubieran casado en secreto. La otra mujer de la que se tiene noticia en la

vida de Swift fue Esther Vanhomrigh, también alumna suya, hija de un comerciante de Dublín de origen holandés, y a la que él llamaba Vanessa, se enamoró perdidamente de su tutor, pero él no correspondió nunca a ese amor.

En 1717, fue nombrado deán de la catedral de San Patricio de Dublín. Al año siguiente, el partido *tory* perdió el poder, y su influencia política desapareció por completo. Entre 1724 y 1725 publicó anónimamente *Cartas de Drapier*, una serie de apasionados y efectivos panfletos en los que intentaba defender la validez de la moneda irlandesa, y que ocasionaron el fin del permiso otorgado por la corona a un comerciante inglés para acuñar monedas en Irlanda. Por esta y otras obras en las que apoyaba las reivindicaciones de su pueblo, se convirtió en un héroe entre los nacionalistas irlandeses. *Una modesta proposición* (1729), uno de estos textos reivindicativos, incluye una propuesta especialmente irónica, la de que los niños irlandeses pobres podían ser vendidos como carne para mejorar la dieta de los ricos, pues con ello se beneficiarían todos los sectores sociales.

4. LOS VIAJES DE GULLIVER La obra maestra de Swift, *Viajes a varios lugares remotos del planeta*, titulada popularmente *Los viajes de Gulliver*, fue publicada como anónimo en 1726 y obtuvo un éxito inmediato. A pesar de que fue concebida originalmente como una sátira, un ataque ácido y alegórico contra la vanidad y la hipocresía de las cortes, los hombres de estado y los partidos políticos de su tiempo, el autor fue añadiendo, durante los seis años que tardó en escribirla, desgarradas reflexiones acerca de la naturaleza humana. *Los viajes de Gulliver* es, por tanto, una obra salvajemente amarga y, en ocasiones, indecente, una desabrida burla a la sociedad inglesa de su tiempo y por extensión al género humano. Aún así, es una narración tan imaginativa, ingeniosa y sencilla de leer, que el primer libro ha permanecido como un clásico de la literatura infantil. El cuarto libro, Gulliver en el país de los huim suele eliminarse de muchas ediciones juveniles por su excesiva mordacidad, ya que en el fondo lo que está planteando Swift es que la compañía de los animales —de los caballos, concretamente— es preferible y más estimulante que la de muchos humanos.

Sus últimos años, tras las muertes de Stella y Vanessa, se caracterizaron por una creciente soledad y asomos de demencia. Sufrió frecuentes ataques de vértigo y, tras un largo periodo de decadencia mental, murió, el 19 de octubre de 1745. Fue enterrado en la catedral de la que había sido deán, junto al sepulcro de Stella. Su epitafio, escrito por él mismo en latín, reza: "Aquí yace el cuerpo de Jonathan Swift, D., deán de esta catedral, en un lugar en que la ardiente indignación no puede ya lacerar su corazón. Ve, viajero, e intenta imitar a un hombre que fue un irreductible defensor de la libertad".<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup>"Swift, Jonathan," *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 2000*. © 1993-1999 Microsoft Corporation. Reservados todos los derechos.

Jonathan Swift

# Viajes de Gulliver

Jonathan Swift  
Viajes de Gulliver

Primera Parte

## *Un viaje a Liliput*

Capítulo 1

*El autor da algunas referencias de sí y de su familia y de sus primeras inclinaciones a viajar. Naufraga, se salva a nado y toma tierra en el país de Liliput, donde es hecho prisionero e internado...*

Mi padre tenía una pequeña hacienda en Nottinghamshire. De cinco hijos, yo era el tercero. Me mandó al Colegio Emanuel, de Cambridge, teniendo yo catorce años, y allí residí tres, seriamente aplicado a mis estudios; pero como mi sostenimiento, aun siendo mi pensión muy corta, representaba una carga demasiado grande para una tan reducida fortuna, entré de aprendiz con míster James Bates, eminente cirujano de Londres, con quien estuve cuatro años, y con pequeñas cantidades que mi padre me enviaba de vez en cuando fui aprendiendo navegación y otras partes de las Matemáticas, útiles a quien ha de viajar, pues siempre creí que, más tarde o más temprano, viajar sería mi suerte. Cuando dejé a míster Bates, volví al lado de mi padre; allí, con su ayuda, la de mi tío Juan y la de algún otro pariente, conseguí cuarenta libras y la promesa de treinta al año para mi sostenimiento en Leida. En este último punto estudié Física dos años y siete meses, seguro de que me sería útil en largas travesías.

Poco después de mi regreso de Leida, por recomendación de mi buen maestro míster Bates, me coloqué de médico en el *Swallow*, barco mandado por el capitán Abraham Panell, con quien en tres años y medio hice un viaje o dos a Oriente y varios a otros puntos. Al volver decidí establecerme en Londres, propósito en que me animó míster Bates, mi maestro, por quien fui recomendado a algunos clientes. Alquilé parte de una casa pequeña en la Old Jewry; y como me aconsejaban tomar estado, me casé con mistress Mary Burton, hija segunda de míster Edmund Burton, vendedor de medias de Newgate Street, y con ella recibí cuatrocientas libras como dote.

Pero como mi buen maestro Bates murió dos años después, y yo tenía pocos amigos, empezó a decaer mi negocio; porque mi conciencia me impedía imitar la mala práctica de tantos y tantos entre mis colegas. Así, consulté con mi mujer y con algún amigo, y determiné volverme al mar. Fui médico sucesivamente en dos barcos y durante seis años hice varios viajes a las Indias Orientales y Occidentales, lo cual me permitió aumentar algo mi fortuna. Empleaba mis horas de ocio en leer a los mejores autores antiguos y modernos, y a este propósito siempre llevaba buen repuesto de libros conmigo; y cuando desembarcábamos, en observar las costumbres e inclinaciones de los naturales, así como en aprender su lengua, para lo que me daba gran facilidad la firmeza de mi memoria.



El último de estos viajes no fue muy afortunado; me aburrí del mar y quise quedarme en casa con mi mujer y demás familia. Me trasladé de la Old Jewry a Fatter Lane y de aquí a Wapping, esperando encontrar clientela entre los marineros; pero no me salieron las cuentas. Llevaba tres años de aguardar que cambiaran las cosas, cuando acepté un ventajoso ofrecimiento del capitán William Pritchard, patrón del *Antelope*, que iba a emprender un viaje al mar del Sur. Nos hicimos a la mar en Bristol el 4 de mayo de 1699, y la travesía al principio fue muy próspera.

No sería oportuno, por varias razones, molestar al lector con los detalles de nuestras aventuras en aquellas aguas. Baste decirle que en la travesía a las Indias Orientales fuimos arrojados por una violenta tempestad al noroeste de la tierra de Van Diemen. Según observaciones, nos encontrábamos a treinta grados, dos minutos de latitud Sur. De nuestra tripulación murieron doce hombres, a causa del trabajo excesivo y la mala alimentación, y el resto se encontraba en situación deplorable. El 15 de noviembre, que es el principio del verano en aquellas regiones, los marineros columbraron entre la espesa niebla que reinaba una roca a obra de medio cable de distancia del barco; pero el viento era tan fuerte, que no pudimos evitar que nos arrastrase y estrellase contra ella al momento. Seis tripulantes, yo entre ellos, que habíamos lanzado el bote a la mar, maniobramos para apartarnos del barco y de la roca. Remamos, según mi cálculo, unas tres leguas, hasta que nos fue imposible seguir, exhaustos como estábamos ya por el esfuerzo sostenido mientras estuvimos en el barco. Así, que nos entregamos a merced de las olas, y al cabo de una media hora una violenta ráfaga del Norte volcó la barca. Lo que fuera de mis compañeros del bote, como de aquellos que se salvaron en la roca o de los que quedaron en el buque, nada puedo decir; pero supongo que perecerían todos. En cuanto a mí, nadé a la ventura, empujado por viento y marea. A menudo alargaba las piernas hacia abajo, sin encontrar fondo; pero cuando estaba casi agotado y me era imposible luchar más, hice pie. Por entonces la tormenta había amainado mucho.

El declive era tan pequeño, que anduve cerca de una milla para llegar a la playa, lo que conseguí, según mi cuenta, a eso de las ocho de la noche. Avancé después tierra adentro cerca de media milla, sin descubrir señal alguna de casas ni habitantes; caso de haberlos, yo estaba en tan miserable condición que no podía advertirlo. Me encontraba cansado en extremo, y con esto, más lo caluroso del tiempo y la media pinta de aguardiente que me había bebido al abandonar el barco, sentí que me ganaba el sueño. Me tendí en la hierba, que era muy corta y suave, y dormí más profundamente que recordaba haber dormido en mi vida, y durante unas nueve horas, según pude ver, pues al despertarme amanecía. Intenté levantarme, pero no pude moverme; me había echado de espaldas y me encontraba los brazos y las piernas fuertemente amarrados a ambos lados del terreno, y mi cabello, largo y fuerte, atado del mismo modo. Asimismo, sentía varias delgadas ligaduras que me cruzaban el cuerpo desde debajo de los brazos hasta los muslos. Soló podía mirar hacia arriba; el sol empezaba a calentar y su luz me ofendía los ojos. Oía yo a mi alrededor un ruido confuso; pero la postura en que yacía solamente me dejaba ver el cielo. Al poco tiempo sentí moverse sobre mi pierna izquierda algo vivo, que, avanzando lentamente, me pasó sobre el pecho y me llegó casi hasta la barbilla; forzando la mirada hacia abajo cuanto pude, advertí que se trataba de una criatura humana cuya altura no llegaba a seis pulgadas, con arco y flecha en las manos y carcaj a la espalda. En tanto, sentí que lo menos cuarenta de la misma especie, según mis conjeturas, seguían al primero. Estaba yo en extremo asombrado, y rugí

tan fuerte, que todos ellos huyeron hacia atrás con terror; algunos, según me dijeron después, resultaron heridos de las caídas que sufrieron al saltar de mis costados a la arena. No obstante, volvieron pronto, y uno de ellos, que se arriesgó hasta el punto de mirarme de lleno la cara, levantando los brazos y los ojos con extremos de admiración, exclamó con una voz chillona, aunque bien distinta: *Hekinah degul*. Los demás repitieron las mismas palabras varias veces; pero yo entonces no sabía lo que querían decir. El lector me creerá si le digo que este rato fue para mí de gran molestia. Finalmente, luchando por libertarme, tuve la fortuna de romper los cordeles y arrancar las estaquillas que me sujetaban a tierra el brazo izquierdo -pues llevándomelo sobre la cara descubrí el arbitrio de que se habían valido para atarme-, y al mismo tiempo, con un fuerte tirón que me produjo grandes dolores, aflojé algo las cuerdecillas que me sujetaban los cabellos por el lado izquierdo, de modo que pude volver la cabeza unas dos pulgadas. Pero aquellas criaturas huyeron otra vez antes de que yo pudiera atraparlas.

Sucedido esto, se produjo un enorme vocerío en tono agudísimo, y cuando hubo cesado, oí que uno gritaba con gran fuerza: *Tolpo phonac*. Al instante sentí más de cien flechas descargadas contra mi mano izquierda, que me pinchaban como otras tantas agujas; y además hicieron otra descarga al aire, al modo en que en Europa lanzamos por elevación las bombas, de la cual muchas flechas me cayeron sobre el cuerpo -por lo que supongo, aunque yo no las noté- y algunas en la cara, que yo me apresuré a cubrirme con la mano izquierda. Cuando pasó este chaparrón de flechas oí lamentaciones de aflicción y sentimiento; y hacía yo nuevos esfuerzos por desatarme, cuando me largaron otra andanada mayor que la primera, y algunos, armados de lanzas, intentaron pincharme en los costados. Por fortuna, llevaba un chaleco de ante que no pudieron atravesar.

Juzgué el partido más prudente estarme quieto acostado; y era mi designio permanecer así hasta la noche, cuando, con la mano izquierda ya desatada, podría libertarme fácilmente. En cuanto a los habitantes, tenía razones para creer que yo sería suficiente adversario para el mayor ejército que pudieran arrojar sobre mí, si todos ellos eran del tamaño de los que yo había visto. Pero la suerte dispuso de mí en otro modo. Cuando la gente observó que me estaba quieto, ya no disparó más flechas; pero por el ruido que oía conocí que la multitud había aumentado, y a unas cuatro yardas de mí, hacia mi oreja derecha, oí por más de una hora un golpear como de gentes que trabajasen. Volviendo la cabeza en esta dirección tanto cuanto me lo permitían las estaquillas y los cordeles, vi un tablado que levantaba de la tierra cosa de pie y medio, capaz para sostener a cuatro de los naturales, con dos o tres escaleras de mano para subir; desde allí, uno de ellos, que parecía persona de calidad, pronunció un largo discurso, del que yo no comprendí una sílaba.

Olvidaba consignar que esta persona principal, antes de comenzar su oración, exclamó tres veces: *Langro dehul san*. (Estas palabras y las anteriores me fueron después repetidas y explicadas.) Inmediatamente después, unos cincuenta moradores se llegaron a mí y cortaron las cuerdas que me sujetaban al lado izquierdo de la cabeza, gracias a lo cual pude volverme a la derecha y observar la persona y el ademán del que iba a hablar. Parecía el tal de mediana edad y más alto que cualquiera de los otros tres que le acompañaban, de los cuales uno era un paje que le sostenía la cola, y aparentaba ser algo mayor que mi dedo medio, y los otros dos estaban de pie, uno a cada lado, dándole asistencia. Accionaba como un consumado orador y pude distinguir en su discurso muchos períodos de amenaza y otros

de promesas, piedad y cortesía. Yo contesté en pocas palabras, pero del modo más sumiso, alzando la mano izquierda, y los ojos hacia el sol, como quien lo pone por testigo; y como estaba casi muerto de hambre, pues no había probado bocado desde muchas horas antes de dejar el buque, sentí con tal rigor las demandas de la Naturaleza, que no pude dejar de mostrar mi impaciencia -quizá contraviniendo las estrictas reglas del buen tono - llevándome el dedo repetidamente a la boca para dar a entender que necesitaba alimento. El hurgo -así llaman ellos a los grandes señores, según supe después- me comprendió muy bien. Bajó del tablado y ordenó que se apoyasen en mis costados varias escaleras; más de un centenar de habitantes subieron por ellas y caminaron hacia mi boca cargados con cestas llenas de carne, que habían sido dispuestas y enviadas allí por orden del rey a la primera señal que hice. Observé que era la carne de varios animales, pero no pude distinguirlos por el gusto. Había brazuelos, piernas y lomos formados como los de carnero y muy bien sazonados, pero más pequeños que alas de calandria. Yo me comía dos o tres de cada bocado y me tomé de una vez tres panecillos aproximadamente del tamaño de balas de fusil. Me abastecían como podían buenamente, dando mil muestra de asombro y maravilla por mi corpulencia y mi apetito. Hice luego señal de que me diesen de beber. Por mi modo de comer juzgaron que no me bastaría una pequeña cantidad, y como eran gentes ingeniosísimas, pusieron en pie con gran destreza uno de sus mayores barriles y después lo rodaron hacia mi mano y le arrancaron la parte superior; me lo bebí de un trago, lo que bien pude hacer, puesto que no contenía media pinta, y sabía como una especie de vinillo de Burgundy, aunque mucho menos sabroso. Trajéronme un segundo barril, que me bebí de la misma manera, e hice señas pidiendo más; pero no había ya ninguno que darme. Cuando hube realizado estos prodigios, dieron gritos de alborozo y bailaron sobre mi pecho, repitiendo varias veces, como al principio hicieron: *Hekinah degul*. Me dieron a entender que echase abajo los dos barriles, después de haber avisado a la gente que se quitase de en medio gritándole: *Borach mivola*; y cuando vieron por el aire los toneles estalló un grito general de: *Hekinah degul*. Confieso que a menudo estuve tentado, cuando andaban paseándoseme por el cuerpo arriba y abajo, de agarrar a los primeros cuarenta o cincuenta que se me pusieran al alcance de la mano y estrellarlos contra el suelo; pero el recuerdo de lo que había tenido que sufrir, y que probablemente no era lo peor que de ellos se podía temer, y la promesa que por mi honor les había hecho -pues así interpretaba yo mismo mi sumisa conducta-, disiparon pronto esas ideas. Además, ya entonces me consideraba obligado por las leyes de la hospitalidad a una gente que me había tratado con tal esplendidez y magnificencia. No obstante, para mis adentros no acababa de maravillarme de la intrepidez de estos diminutos mortales que osaban subirse y pasearse por mi cuerpo teniendo yo una mano libre, sin temblar solamente a la vista de una criatura tan desmesurada como yo debía de parecerles a ellos. Después de algún tiempo, cuando observaron que ya no pedía más de comer, se presentó ante mí una persona de alto rango en nombre de Su Majestad Imperial. Su Excelencia, que había subido por la canilla de mi pierna derecha, se me adelantó hasta la cara con una docena de su comitiva, y sacando sus credenciales con el sello real, que me acercó mucho a los ojos, habló durante diez minutos sin señales de enfado, pero con tono de firme resolución. Frecuentemente, apuntaba hacia adelante, o sea, según luego supe, hacia la capital, adonde Su Majestad, en consejo, había decidido que se me condujese. Contesté con algunas palabras, que de nada sirvieron, y con la mano desatada hice señal indicando la otra -claro que por encima de la cabeza de Su Excelencia, ante el temor de hacerle daño a él o a su séquito-, y luego la cabeza y el cuerpo, para dar a entender que deseaba la libertad. Parece que él me comprendió bastante bien,

porque movió la cabeza a modo de desaprobación y colocó la mano en posición que me descubría que había de llevarse como prisionero. No obstante, añadió otras señas para hacerme comprender que se me daría de comer y beber en cantidad suficiente y buen trato. Con esto intenté una vez más romper mis ligaduras; pero cuando volví a sentir el escozor de las flechas en la cara y en las manos, que tenía llenas de ampollas, sobre las que iban a clavarse nuevos dardos, y también cuando observé que el número de mis enemigos había crecido, hice demostraciones de que podían disponer de mí a su talante. Entonces el hurgo y su acompañamiento se apartaron con mucha cortesía y placentero continente. Poco después oí una gritería general, en que se repetían frecuentemente las palabras *Peplom Selan* y noté que a mi izquierda numerosos grupos aflojaban los cordeles, a tal punto que pude volverme hacia la derecha. Antes me habían untado la cara y las dos manos con una especie de unguento de olor muy agradable y que en pocos minutos me quitó por completo el escozor causado por las flechas. Estas circunstancias, unidas al refresco de que me habían servido las viandas y la bebida, que eran muy nutritivas, me predispusieron al sueño. Dormí unas ocho horas, según me aseguraron después; y no es de extrañar, porque los médicos, de orden del emperador, habían echado una poción narcótica en los toneles de vino.

A lo que parece, en el mismo momento en que me encontraron durmiendo en el suelo, después de haber llegado a tierra, se había enviado rápidamente noticia con un propio al emperador, y éste determinó en consejo que yo fuese atado en el modo que he referido -lo que fue realizado por la noche, mientras yo dormía-, que se me enviase carne y bebida en abundancia y que se preparase una máquina para llevarme a la capital.

Esta resolución quizá parezca temeraria, y estoy cierto de que no sería imitada por ningún príncipe de Europa en caso análogo; sin embargo, a mi juicio, era en extremo prudente, al mismo tiempo que generosa. Suponiendo que esta gente se hubiera arrojado a matarme con sus lanzas y sus flechas mientras dormía, yo me hubiese despertado seguramente a la primera sensación de escozor, sensación que podía haber excitado mi cólera y mi fuerza hasta el punto de hacerme capaz de romper los cordeles con que estaba sujeto, después de lo cual, e impotentes ellos para resistir, no hubiesen podido esperar merced.

Estas gentes son excelentísimos matemáticos, y han llegado a una gran perfección en las artes mecánicas con el amparo y el estímulo del emperador, que es un famoso protector de la ciencia. Este príncipe tiene varias máquinas montadas sobre ruedas para el transporte de árboles y otros grandes pesos. Muchas veces construye sus mayores buques de guerra, de los cuales algunos tienen hasta nueve pies de largo, en los mismos bosques donde se producen las maderas, y luego los hace llevar en estos ingenios tres o cuatrocientas yardas, hasta el mar. Quinientos carpinteros e ingenieros se pusieron inmediatamente a la obra para disponerla mayor de las máquinas hasta entonces construida. Consistía en un tablero levantado tres pulgadas del suelo, de unos siete pies de largo y cuatro de ancho, y que se movía sobre veintidós ruedas. Los gritos que oí eran ocasionados por la llegada de esta máquina, que, según parece, emprendió la marcha cuatro horas después de haber pisado yo tierra. La colocaron paralela a mí; pero la principal dificultad era alzarme y colocarme en este vehículo. Ochenta vigas, de un pie de alto cada una, fueron erigidas para este fin, y cuerdas muy fuertes, del grueso de bramantes, fueron sujetas con garfios a numerosas fajas

con que los trabajadores me habían rodeado el cuello, las manos, el cuerpo y las piernas. Novecientos hombres de los más robustos tiraron de estas cuerdas por medio de poleas fijadas en las vigas, y así, en menos de tres horas, fui levantado, puesto sobre la máquina y en ella atado fuertemente. Todo esto me lo contaron, porque mientras se hizo esta operación yacía yo en profundo sueño, debido a la fuerza de aquel medicamento soporífero echado en el vino. Mil quinientos de los mayores caballos del emperador, altos, de cuatro pulgadas y media, se emplearon para llevarme hacia la metrópolis, que, como ya he dicho, estaba a media milla de distancia.

Hacía unas cuatro horas que habíamos empezado nuestro viaje, cuando vino a despertarme un accidente ridículo. Habiéndose detenido el carro un rato para reparar no sé qué avería, dos o tres jóvenes naturales tuvieron la curiosidad de recrearse en mi aspecto durante el sueño; se subieron a la máquina y avanzaron muy sigilosamente hasta mi cara. Uno de ellos, oficial de la guardia, me metió la punta de su chuzo por la ventana izquierda de la nariz hasta buena altura, el cual me cosquilleó como una paja y me hizo estornudar violentamente. En seguida se escabulleron sin ser descubiertos, y hasta tres semanas después no conocí yo la causa de haberme despertado tan de repente.

Hicimos una larga marcha en lo que quedaba del día y descansé por la noche, con quinientos guardias a cada lado, la mitad con antorchas y la otra mitad con arcos y flechas, dispuestos a asaetearme si se me ocurría moverme. A la mañana, siguiente, al salir el sol, seguimos nuestra marcha, y hacia el mediodía estábamos a doscientas yardas de las puertas de la ciudad. El emperador y toda su corte nos salieron al encuentro; pero los altos funcionarios no quisieron de ninguna manera consentir que Su Majestad pusiera en peligro su persona subiéndose sobre mi cuerpo.

En el sitio donde se paró el carruaje había un templo antiguo, tenido por el más grande de todo el reino, y que, mancillado algunos años hacía por un bárbaro asesinato cometido en él, fue, según cumplía al celo religioso de aquellas gentes, cerrado como profano. Se destinaba desde entonces a usos comunes, y se habían sacado de él todos los ornamentos y todo el mobiliario. En este edificio se había dispuesto que yo me alojara. La gran puerta que daba al Norte tenía cuatro pies de alta y cerca de dos de ancha. Así que yo podía deslizarme por ella fácilmente. A cada lado de la puerta había una ventanita, a no más que seis pulgadas del suelo. Por la de la izquierda, el herrero del rey pasó noventa y una cadenas como las que llevan las señoras en Europa para el reloj, y casi tan grandes, las cuales me ciñeron a la pierna izquierda, cerradas con treinta y seis candados. Frente a este templo, al otro lado de la gran carretera, a veinte pies de distancia, había una torrecilla de lo menos cinco pies de alta. A ella subió el emperador con muchos principales caballeros de su corte para aprovechar la oportunidad de verme, según me contaron, porque yo no los distinguía a ellos. Se advirtió que más de cien mil habitantes salían de la ciudad con el mismo proyecto, y, a pesar de mis guardias, seguramente no fueron menos de diez mil los que en varias veces subieron a mi cuerpo con ayuda de escaleras de mano. Pero pronto se publicó un edicto prohibiéndolo bajo pena de muerte.

Cuando los trabajadores creyeron que ya me sería imposible desencadenarme, cortaron todas las cuerdas que me ligaban, y acto seguido me levanté en el estado más melancólico en que en mi vida me había encontrado. El ruido y el asombro de la gente al verme levantar

y andar no pueden describirse. Las cadenas que me sujetaban la pierna izquierda eran de unas dos yardas de largo, y no sólo me dejaban libertad para andar hacia atrás y hacia adelante en semicírculo, sino que también, como estaban fijas a cuatro pulgadas de la puerta, me permitían entrar por ella deslizándome y tumbarme a la larga en el templo.

## Capítulo 2

*El emperador de Liliput, acompañado de gentes de la nobleza, acude a ver al autor en su prisión. -Descripción de la persona y el traje del emperador.- Se designan hombres de letras para que enseñen el idioma del país al autor.- Éste se gana el favor por su condición apacible.- Le registran los bolsillos y le quitan la espada y las pistolas.*

Cuando me vi de pie miré a mi alrededor, y debo confesar que nunca se me ofreció más curiosa perspectiva. La tierra que me rodeaba parecía toda ella un jardín, y los campos, cercados, que tenían por regla general cuarenta pies en cuadro cada uno, se asemejaban a otros tantos macizos de flores. Alternaban con estos campos bosques como de media pértica; los árboles más altos calculé que levantarían unos siete pies. A mi izquierda descubrí la población, que parecía una decoración de ciudad de un teatro.

Ya había descendido el emperador de la torre y avanzaba a caballo hacia mí; lo que estuvo a punto de costarle caro, porque la caballería, que, aunque perfectamente amaestrada, no tenía en ningún modo costumbre de ver lo que debió de parecerle como si se moviese ante ella una montaña, se encabritó; pero el príncipe, que es jinete excelente, se mantuvo en la silla, mientras acudían presurosos sus servidores y tomaban la brida para que pudiera apearse Su Majestad. Cuando se hubo bajado me inspeccionó por todo alrededor con gran admiración, pero guardando distancia del alcance de mi cadena. Ordenó a sus cocineros y despenseros, ya preparados, que me diesen de comer y beber, como lo hicieron adelantando las viandas en una especie de vehículos de ruedas hasta que pude cogerlos. Tomé estos vehículos, que pronto estuvieron vaciados; veinte estaban llenos de carne y diez de licor. Cada uno de los primeros me sirvió de dos o tres buenos bocados, y vertí el licor de diez envases -estaba en unas redomas de barro- dentro de un vehículo, y me lo bebí de un trago, y así con los demás. La emperatriz y los jóvenes príncipes de la sangre de uno y otro sexo, acompañados de muchas damas, estaban a alguna distancia, sentados en sus sillas de manos; pero cuando le ocurrió al emperador el accidente con su caballo descendieron y vinieron al lado de su augusta persona, de la cual quiero en este punto hacer la prosopografía. Es casi el ancho de mi uña más alto que todos los de su corte, y esto por sí solo es suficiente para infundir pavor a los que le miran. Sus facciones son firmes y masculinas; de labio austríaco y nariz acaballada; su color, aceitunado; su continente, derecho; su cuerpo y sus miembros, bien proporcionados; sus movimientos, graciosos, y majestuoso su porte. No era joven ya, pues tenía veintiocho años y tres cuartos, de los cuales había reinado alrededor de siete con toda felicidad y por lo general victorioso. Para considerarle mejor, me eché de lado, de modo que mi cara estuviese paralela a la suya, mientras él se mantenía a no más que tres yardas de distancia; pero como después lo he tenido en la mano muchas veces, no puedo engañarme en su descripción. Su traje era muy liso y sencillo, y hecho entre la moda asiática y la europea; pero llevaba en la cabeza un

ligero yelmo de oro adornado de joyas y con una pluma en la cresta. Tenía en la mano la espada desenvainada para defenderse si acaso yo viniera a escaparme; la espada era de unas tres pulgadas de largo, y la guarnición y la vaina eran de oro, avalorado con diamantes. Su voz era aguda, pero muy clara y articulada; yo no podía oírla estando de pie. Las damas y los cortesanos vestían con la mayor magnificencia; tanto, que el espacio en que se encontraban podía compararse a un guardapiés bordado de figuras de oro y plata que se hubiera extendido en el suelo. Su Majestad Imperial me hablaba con frecuencia, y yo le respondía; pero ni uno ni otro entendíamos palabra.

Estaban presentes varios sacerdotes y letrados -por lo que yo colegí de sus vestidos-, a quienes se encargó que se dirigiesen a mí. Yo les hablé en todos los idiomas de que tenía algún conocimiento, tales como alto y bajo alemán, latín, francés, español, italiano y lengua franca; pero de nada sirvió. Después de unas dos horas se retiró la corte y me dejaron con una fuerte guardia, para evitar la impertinencia y probablemente la malignidad de la plebe, que se apiñaba muy impaciente a mi alrededor todo lo cerca que su temor le permitía, y entre la cual no faltó quien tuviera la desvergüenza de dispararme flechas estando yo sentado en el suelo junto a la puerta de mi casa. Con una de ellas estuvo en nada que me atinase al ojo izquierdo. Entonces el coronel hizo coger a seis de los cabecillas, y pensó que ningún castigo sería tan apropiado como entregarlos atados en mis manos, lo que ejecutaron, en efecto, algunos de sus soldados, empujándolos con los extremos de las picas hasta que estuvieron a mi alcance. Los cogí a todos en la mano derecha, me metí cinco en el bolsillo de la casaca, y en cuanto al sexto hice como si fuese a comérmelo vivo. El pobre hombre gritó despavorido, y el coronel y sus oficiales mostraron gran disgusto, especialmente cuando me vieron sacar mi cortaplumas; pero pronto les tranquilicé, pues mirando amablemente y cortando en seguida las cuerdas con que el hombre estaba atado, lo dejé suavemente en el suelo, donde él al punto echó a correr. Hice lo mismo con los otros, sacándolos del bolsillo uno por uno, y observé que tanto los soldados como el pueblo se consideraron muy obligados por este rasgo de clemencia, que se refirió en la corte muy en provecho mío.

Llegada la noche encontré algo incómoda mi casa, donde tenía que echarme en el suelo, y así tuve que seguir un par de semanas; en este tiempo el emperador dio orden de que se hiciese una cama para mí. Se llevaron a mi casa y se armaron seiscientas camas de la medida corriente. Ciento cincuenta de estas camas, unidas unas con otras, daban el ancho y el largo; a cada una se superpusieron tres más, y, sin embargo, puede creerme el lector si le digo que no me preocupaba en absoluto la idea de caerme al suelo, que era de piedra pulimentada. Según el mismo cálculo se me proporcionaron sábanas, mantas y colchas, bastante buenas para quien de tanto tiempo estaba hecho a penalidades.

La noticia de mi llegada, conforme fue extendiéndose por el reino, atrajo a verme número tan enorme de personas ricas, desocupadas y curiosas, que las poblaciones quedaron casi vacías; y se hubiera llegado a un gran descuido en la labranza y en los asuntos domésticos si Su Majestad Imperial no hubiese proveído por diversos edictos y decretos de gobierno contra esta dificultad. Dispuso que los que ya me hubiesen visto se volvieran a sus casas y que nadie se acercase a la mía en un radio de cincuenta yardas sin permiso de la corte, con lo cual obtuvieron los secretarios de Estados considerables emolumentos.

En tanto, el emperador celebraba frecuentes consejos para discutir qué partido había de tomarse conmigo, y después me aseguró un amigo particular -persona de gran calidad que estaba, según fama, tanto como el que más, en los secretos de Estado- que la corte tenía numerosas preocupaciones respecto de mí. Temían que me libertase, que mi dieta, demasiado costosa, fuera causa de carestías. Algunas veces determinaron matarme de hambre, o, por lo menos, dispararme a la cara y a las manos flechas envenenadas que me despacharían pronto; pero luego consideraban que el hedor de un tan gran cuerpo muerto podía desatar una peste en la metrópoli y probablemente extenderla a todo el reino. En medio de estas consultas, varios oficiales del ejército llegaron a la puerta de la gran Cámara del Consejo, y dos de ellos, que fueron admitidos, dieron cuenta de mi conducta con los seis criminales antes mencionados, conducta que produjo impresión tan favorable para mí en el corazón de Su Majestad y en el de toda la Junta, que se despachó una comisión imperial para obligar a todos los pueblos situados dentro de un radio de novecientas yardas en torno de la ciudad a entregar todas las mañanas seis bueyes, cuarenta carneros y otras vituallas para mi manutención, junto con una cantidad proporcionada de pan, de vino y de otros licores. En pago de todo ello, Su Majestad entregaba asignados contra su tesoro; porque sépase que este príncipe vive especialmente de su fortuna personal y sólo rara vez, en grandes ocasiones, levanta subsidios entre sus vasallos, que están obligados a auxiliarle en las guerras a expensas de sí propios. Se dictó también un estatuto para que se pusieran a mi servicio seiscientas personas, que disfrutaban dietas para su mantenimiento y pabellones convenientemente edificados para ellas a ambos lados de mi puerta. Asimismo se ordenó que trescientos sastres me hiciesen un traje a la moda del país; que seis de los más eminentes sabios de Su Majestad me instruyesen en su lengua, y, por último, que a los caballos del emperador y a los de la nobleza y tropas de guardia se los llevase a menudo a verme para que se acostumbrasen a mí. Todas estas disposiciones fueron debidamente cumplidas, y en tres semanas hice grandes progresos en el estudio del idioma, tiempo durante el cual el emperador me honraba frecuentemente con sus visitas y se dignaba auxiliar a mis maestros en la enseñanza. Ya empezamos a conversar en cierto modo, y las primeras palabras que aprendí fueron para expresar mi deseo de que se sirviese concederme la libertad, lo que todos los días repetía puesto de rodillas. Su respuesta, por lo que pude comprender, era que el tiempo lo traería todo, que no podía pensar en tal cosa sin asistencia de su Consejo, y que antes debía yo *Lumos Kelmin peffo defmar lon Emposo*: esto es, jurar la paz con él y con su reino. No obstante, yo sería tratado con toda amabilidad; y me aconsejaba conquistar, con mi paciencia y mi conducta comedida, el buen concepto de él y de sus súbditos. Me pidió que no tomase a mal que diese orden a ciertos correctos funcionarios de que me registrasen, porque suponía él que llevaría yo conmigo varias armas que por fuerza habían de ser cosas peligrosísimas si correspondían a la corpulencia de persona tan prodigiosa. Dije que Su Majestad sería satisfecho, porque estaba dispuesto a desnudarme y a volver las faltriqueras delante de él. Esto lo manifesté, parte de palabra, parte por señas. Replicó él que, de acuerdo con las leyes del reino, debían registrarme dos funcionarios; y aunque él sabía que esto no podría hacerse sin mi consentimiento y ayuda, tenía tan buena opinión de mi generosidad y de mi justicia que confiaba en mis manos las personas de sus funcionarios añadiendo que cualquier cosa que me fuese tomada me sería devuelta cuando saliera del país o pagada al precio que yo quisiera ponerle. Tomé a los funcionarios en mis manos y los puse primeramente en los bolsillos de la casaca y luego en todos los demás que el traje llevaba, excepto los dos de la pretina y un bolsillo secreto que no quise que me registrasen y en que guardaba yo alguna cosilla de mi uso que a nadie



podía interesar sino a mí. Por lo que hace a los bolsillos de la pretina, en uno llevaba un reloj de plata, y en el otro una pequeña cantidad de oro en una bolsa. Aquellos caballeros, provistos de pluma, tinta y papel, hicieron un exacto inventario de cuanto vieron, y cuando hubieron terminado me pidieron que los bajase para ir a entregárselo al emperador. Este inventario, vertido por mí más tarde dice literalmente como sigue:

«*Imprimis*. En el bolsillo derecho de la casaca del «Gran-Hombre-Montaña» (así traduzco *Quinbus Flestrin*), después del más detenido registro, encontramos sólo una gran pieza de tela ordinaria, de bastante tamaño para servir de alfombra en la gran sala del trono de Vuestra Majestad. En el bolsillo izquierdo vimos una enorme arca de plata, con tapa del mismo metal, que nosotros los comisionados no pudimos alzar. Expresamos nuestro deseo de que fuese abierta, y uno de nosotros se metió en ella, y se encontró hasta media pierna en una especie de polvo, parte del cual nos voló a la cara y nos obligó a estornudar varias veces a los dos. En el bolsillo derecho del chaleco encontramos un enorme envoltorio de objetos blancos, delgados, doblados unos sobre otros, del grandor aproximado de tres hombres, atado con un fuerte cable y marcado con cifras negras, que nosotros, con todos los respetos, suponemos que son escrituras, de letras casi como la mitad de nuestra palma de la mano cada una. En el izquierdo había una especie de artefacto, del dorso del cual se elevaban veinte largas pértigas -algo así como la estacada que hay ante el palacio de Vuestra Majestad-, y con lo cual conjeturamos que el Hombre-Montaña se peina la cabeza, pues no siempre nos decidimos a molestarle con preguntas, a causa de las grandes dificultades que encontrábamos para hacernos comprender de él. En el gran bolsillo del lado derecho de su cubierta media -así traduzco la palabra *Ranfu-lo*, con que designaban mis calzones- vimos una columna de hierro hueca, de la altura de un hombre, sujeta a un sólido trozo de viga mayor que la columna; de un lado de ésta salían enormes pedazos de hierro, de formas extrañas, que no sabemos para qué puedan servir. En el bolsillo izquierdo, otra máquina de la misma clase. En el bolsillo más pequeño del lado derecho había varios trozos redondos y planos de metal blanco y rojo, de tamaños diferentes; algunos de los trozos blancos, que parecían ser de plata, eran tan grandes y pesados que apenas pudimos levantarlos entre los dos. En el bolsillo izquierdo había dos columnas negras de forma irregular; con dificultad alcanzábamos a su extremo superior desde el fondo del bolsillo. Una de ellas estaba tapada y parecía toda de una pieza; pero en la parte alta de la otra aparecía un objeto redondo, blanco, dos veces como nuestra cabeza de grande, aproximadamente. Dentro de cada uno había cerradas la presión de su vientre. Del de la derecha minado por nuestras órdenes, tuvo que enseñarnos el Gran-Hombre-Montaña, pues sospechábamos que pudieran ser máquinas peligrosas. Las sacó de sus cajas y nos dijo que en su país tenía por costumbre afeitarse la barba con una de ellas y cortar la carne con la otra. Había dos bolsillos en que no pudimos entrar: los llamaba él sus bolsillos de pretina, y eran dos grandes rajadas abiertas en la parte superior de su media cubierta, pero que mantenía cerradas la presión de su vientre. Del de la derecha colgaba una gran cadena de plata, con una extraordinaria suerte de máquina al extremo. Le ordenamos sacar lo que hubiese sujeto a esta cadena, que resultó ser una esfera la mitad de plata y la otra mitad de un metal transparente, porque en el lado transparente vimos ciertas extrañas cifras, dibujadas en circunferencia, y que creímos poder tocar, hasta que notamos que nos detenía los dedos aquella substancia diáfana. Nos acercó a los oídos este aparato, que producía un ruido incesante, como el de una aceña. Imaginamos que es, o algún animal desconocido, o el dios que él adora; aunque nos inclinamos a la última opinión, porque nos aseguró -si es que no

le entendimos mal, ya que se expresaba muy imperfectamente- que rara vez hacía nada sin consultarlo. Le llamaba su oráculo, y dijo que señalaba cuándo era tiempo para todas las acciones de su vida. De la faltriquera izquierda sacó una red que casi bastaría a un pescador, pero dispuesta para abrirse y cerrarse como una bolsa, y de que se servía justamente para este uso. Dentro encontramos varios pesados trozos de metal amarillo, que, si son efectivamente de oro, deben tener incalculable valor.

»Una vez que así hubimos, obedeciendo las órdenes de Vuestra Majestad, registrado diligentemente todos sus bolsillos, observamos alrededor de su cintura una pretina hecha de la piel de algún gigantesco animal, de la cual pretina, por el lado izquierdo, colgaba una espada del largo de cinco hombres, y por el derecho, un talego o bolsa, dividido en dos cavidades, capaz cada una de ellas para tres súbditos de Vuestra Majestad. En una de estas cavidades había varias esferas o bolas de un metal pesadísimo, del tamaño de nuestra cabeza aproximadamente, y para levantar las cuales hacía falta buen brazo. La otra cavidad contenía un montón de ciertos granos negros, no de gran tamaño ni peso, pues pudimos tener más de cincuenta en la palma de la mano.

»Esto es exacto inventario de lo que encontramos sobre el cuerpo del Hombre-Montaña, quien se comportó con nosotros muy correctamente y con el respeto debido a la comisión de Vuestra Majestad. Firmado y sellado en el cuarto día de la octogésimanovena luna del próspero reinado de Vuestra Majestad. -Clefrin Frellock, Marsi Frellock.»

El emperador, cuando le fue leído este inventario, me ordenó, aunque en términos muy amables, que entregase los distintos objetos que en él se mencionaban. Me pidió primero la cimitarra, que me quité con vaina y todo. Mientras tanto, mandó que tres mil hombres de sus tropas escogidas -que estaban dándole escolta- me rodeasen a cierta distancia, con arcos y flechas en disposición de disparar; pero no me di cuenta de ello porque tenía mi vista totalmente fija en Su Majestad.

Después mostró su deseo de que desenvainase la cimitarra, la cual, aunque algo enmohecida por el agua del mar, estaba en su mayor parte en extremo reluciente. Lo hice así, e inmediatamente todas las tropas lanzaron un grito entre de terror y sorpresa, pues al sol brillaba con fuerza, y les deslumbró el reflejo que se producía al flamear yo la cimitarra de un lado para otro. Su Majestad, que es un príncipe por demás animoso, se intimidó mucho menos de lo que yo podía esperar; me ordenó volverla a la vaina y arrojarla al suelo lo más suavemente que pudiese, a unos seis pies de distancia del extremo de mi cadena. Pidió después una de las columnas huecas de hierro, como llamaban a mis pistoletes. Lo saqué, y, conforme a su deseo, le expliqué como pude para qué servía; y cargándolo sólo con pólvora, la cual, gracias a lo bien cerrado de mi bolsa, se libró de mojarse en el mar -percance contra el cual tiene buen cuidado de precaverse todo marinero avisado-, advertí primero al emperador que no se asustara y luego tiré al aire. Aquí el asombro fue mucho mayor que a la vista de la cimitarra. Cientos de hombres cayeron como muertos de repente, y hasta el emperador, aunque no cedió el terreno, no pudo recobrase en un rato. Entregué los dos pistoletes del mismo modo que había entregado la cimitarra, y luego la bolsa de la pólvora y las balas, previniéndole que pusiese aquella lejos del fuego, pues con la más pequeña chispa podía inflamarse y hacer volar por los aires su palacio imperial. De la misma manera entregué mi reloj, al que el emperador tuvo tan gran curiosidad por ver, que

mandó a dos de los más corpulentos soldados de su guardia que lo sostuvieran sobre un madero en los hombros, como hacen en Inglaterra los carreteros con los barriles de cerveza. Se asombró del continuo ruido que hacía y del movimiento del minuterero, que él podía fácilmente percibir -porque la vista de ellos es mucho más perspicaz que la nuestra-, y requirió la opinión de algunos de sus sabios que tenía próximos, opiniones que fueron varias y apartadas, como el lector puede bien imaginar sin que yo se las repita, aunque, desde luego, no pude entenderlas muy perfectamente. Luego entregué las monedas de plata y de cobre, la bolsa, con nueve piezas grandes de oro y algunas más pequeñas; el cuchillo y la navaja de afeitarse; el peine, la tabaquera, el pañuelo y el libro diario. La cimitarra, los pistoletos y la bolsa de la carga fueron llevados en carro a los almacenes de Su Majestad; pero las demás cosas me fueron devueltas.

Tenía yo, como antes indiqué, un bolsillo secreto que escapó del registro, donde guardaba unos lentes -que algunas veces usaba por debilidad de la vista-, un antejo de bolsillo y otros cuantos útiles que, no importando para nada al emperador, no me creí en conciencia obligado a descubrir, y que temía que me rompiesen o estropeasen si me arriesgaba a soltarlos.

### Capítulo 3

*El autor divierte al emperador y a su nobleza de ambos sexos de modo muy extraordinario. -Descripción de las diversiones de la corte de Liliput. -El autor obtiene su libertad bajo ciertas condiciones.*

Mi dulzura y buen comportamiento habían influido tanto en el emperador y su corte, y sin duda en el ejército y el pueblo en general, que empecé a concebir esperanzas de lograr mi libertad en plazo breve. Yo recurría a todos los métodos para cultivar esta favorable disposición. Gradualmente, los naturales fueron dejando de temer daño alguno de mí. A veces me tumbaba y dejaba que cinco o seis bailasen en mi mano, y, por último, los chicos y las chicas se arriesgaron a jugar al escondite entre mi cabello. A la sazón había progresado bastante en el conocimiento y habla de su lengua. Un día quiso el rey obsequiarme con algunos espectáculos del país, en los cuales, por la destreza y magnificencia, aventajan a todas las naciones que conozco. Ninguno me divirtió tanto como el de los volatineros, ejecutado sobre un finísimo hilo blanco tendido en una longitud aproximada de dos pies y a doce pulgadas del suelo. Y acerca de él quiero, contando con la paciencia del lector, extenderme un poco.

Esta diversión es solamente practicada por aquellas personas que son candidatos a altos empleos y al gran favor de la corte. Se les adiestra en este arte desde su juventud y no siempre son de noble cuna y educación elevada. Cuando hay vacante un alto puesto, bien sea por fallecimiento o por ignominia -lo cual acontece a menudo-, cinco o seis de estos candidatos solicitan del emperador permiso para divertir a Su Majestad y a la corte con un baile de cuerda, y aquel que salta hasta mayor altura sin caerse se lleva el empleo. Muy frecuentemente se manda a los ministros principales que muestren su habilidad y convenzan al emperador de que no han perdido sus facultades. Flimnap, el tesorero, es

fama que hace una cabriola en la cuerda tirante por lo menos una pulgada más alta que cualquier señor del imperio. Yo le he visto dar el salto mortal varias veces seguidas sobre un plato trincherero, sujeto a la cuerda, no más gorda que un bramante usual de Inglaterra. Mi amigo Reldresal, secretario principal de Negocios Privados, es, en opinión mía -y no quisiera dejarme llevar de parcialidades-, el que sigue al tesorero. El resto de los altos empleados se van allá unos con otros.

Estas distracciones van a menudo acompañadas de accidentes funestos, muchos de los cuales dejan memoria. Yo mismo he visto romperse miembros a dos o tres candidatos. Pero el peligro es mucho mayor cuando se ordena a los ministros que muestren su destreza, pues en la pugna por excederse a sí mismos y exceder a sus compañeros llevan su esfuerzo a tal punto, que apenas existe uno que no haya tenido una caída, y varios han tenido dos o tres. Me aseguraron que un año o dos antes de mi llegada, Flimnap se hubiera desnucado infaliblemente si uno de los cojines del rey, que casualmente estaba en el suelo, no hubiese amortiguado la fuerza de su caída.

Hay también otra distracción que sólo se celebra ante el emperador y la emperatriz y el primer ministro, en ocasiones especiales. El emperador pone sobre la mesa tres bonitas hebras de seda de seis pulgadas de largo: una es azul, otra roja y la tercera verde. Estas hebras representan los premios que aquellas personas a quienes el emperador tiene voluntad de distinguir con una muestra particular de su favor. La ceremonia se verifica en la gran sala del trono de Su Majestad, donde los candidatos han de sufrir una prueba de destreza muy diferente de la anterior, y a la cual no he encontrado parecido en otro ningún país del viejo ni del nuevo mundo. El emperador sostiene en sus manos una varilla por los extremos, en posición horizontal, mientras los candidatos, que se destacan uno a uno, a veces saltan por encima de la varilla y a veces se arrastran serpenteando por debajo de ella hacia adelante y hacia atrás repetidas veces, según que la varilla avanza o retrocede. En algunas ocasiones el emperador tiene un extremo de la varilla y el otro su primer ministro; en otras, el ministro la tiene solo.

Aquel que ejecuta su trabajo con más agilidad y resiste más saltando y arrastrándose es recompensado con la seda de color azul; la roja se da al siguiente, y la verde al tercero, y ellos la llevan rodeándosela dos veces por la mitad del cuerpo. Se ven muy pocas personas de importancia en la corte que no vayan adornadas con un ceñidor de esta índole.

Los caballos del ejército y los de las caballerizas reales, como los habían llevado ante mí diariamente, ya no se espantaban y podían llegar hasta mis mismos pies sin dar corcovos. Los jinetes los hacían saltar mi mano cuando yo la ponía en el suelo, Y uno de los monteros del emperador, sobre un corcel de gran alzada, pasó mi pie con zapato y todo, lo que fue, a no dudar, un formidable salto.

Un día tuve la buena fortuna de divertir al emperador por un procedimiento curioso. Le pedí que me hiciese llevar varios palitos de dos pies de altura y del grueso de un bastón corriente; inmediatamente Su Majestad ordenó al director de sus bosques que dictase las disposiciones oportunas, y a la mañana siguiente llegaron seis guardas con otros tantos carros, tirados por ocho caballos cada uno. Tomé nueve de estos palitos y los clavé firmemente en el suelo, en figura rectangular, de dos pies y medio en cuadrado; cogí otros

cuatro palitos y los até horizontalmente a los cuatro ángulos, a unos dos pies del suelo. Después sujeté mi pañuelo a los nueve palitos que estaban de pie y lo extendí por todos lados, hasta que quedó tan estirado como el parche de un tambor; y los cuatro palitos paralelos, levantando unas cinco pulgadas más que el pañuelo, servían de balaustrada por todos lados. Cuando hube terminado mi obra pedí al emperador que permitiese a fuerzas de su mejor caballería en número de veinticuatro hombres, subir a este plano y hacer en él ejercicio. Su majestad aprobó mi propuesta y fui subiendo a los soldados con las manos, uno por uno, ya montados y armados, así como a los oficiales que debían mandarlos. Tan pronto como estuvieron formados se dividieron en dos grupos, simularon escaramuzas, dispararon flechas sin punta, sacaron las espadas, huyeron, persiguieron, atacaron y se retiraron; en una palabra: demostraron la mejor disciplina militar que nunca vi. Los palitos paralelos impedían que ellos y sus caballos cayesen del escenario aquel; y el emperador quedó tan complacido, que mandó que se repitiese la diversión varios días, y una vez se dignó permitir que le subiera a él mismo y encargarse del mando. Llegó, aunque con gran dificultad, incluso a persuadir a la propia emperatriz de que me permitiese sostenerla en su silla de manos, a dos yardas del escenario, desde donde abarcaba con la vista todo el espectáculo. Sólo una vez un caballo fogoso, que pertenecía a uno de los capitanes, hizo, piafando, un agujero en el pañuelo, y, metiendo por él la pata, cayó con su jinete; pero yo levanté inmediatamente a los dos, y, tapando el agujero con una mano, bajé a la tropa con la otra, de la misma manera que la había subido. El caballo que dio la caída se torció la mano izquierda, pero el jinete no se hizo ningún daño, y yo arreglé mi pañuelo como pude. No obstante, no me confiaría más en su resistencia para empresas tan peligrosas.

Dos o tres días antes de que me pusieran en libertad estaba yo divirtiéndome a la corte con este género de cosas, cuando llegó un correo a informar a Su Majestad de que un súbdito suyo, paseando a caballo cerca del sitio donde me habían hallado por primera vez, había visto en el suelo un objeto negro, grande, de forma muy extraña, que alcanzaba por los bordes la extensión del dormitorio de Su Majestad y se levantaba por el centro a la altura de un hombre, y que no era criatura viva, como al principio sospecharon, porque yacía sobre la hierba, sin movimiento. Algunos habían dado la vuelta a su alrededor varias veces; subiéndose unos en los hombros de otros, habían alcanzado a la parte de arriba, y golpeando en ella, descubierto que estaba hueca; con todos los respetos, habían pensado que podía ser algo perteneciente al Hombre-Montaña, y si Su Majestad lo mandaba estaban dispuestos a encargarse de llevarlo con sólo cinco caballos. Entonces me di cuenta de lo que querían decir, y me alegré en el alma de recibir la noticia. Según parece, al llegar a la playa después del naufragio, me encontraba yo en tal estado de confusión, que antes de ir al sitio donde me quedé dormido, mi sombrero, que había yo sujetado a mi cabeza con un cordón mientras remaba, y se me había mantenido puesto todo el tiempo que nadé, se me cayó; el cordón, supongo, se rompería por cualquier accidente que yo no advertí. Yo creía que el sombrero se me había perdido en el mar. Supliqué a Su Majestad que diese órdenes para que me lo llevaran lo antes posible, al mismo tiempo que le expliqué su empleo y su naturaleza, y al siguiente día los acarreadores llegaron con él, aunque no en muy buen estado. Habían practicado dos agujeros en el ala, a pulgada y media del borde, y metido dos ganchos por los agujeros; estos ganchos se unieron por medio de una larga cuerda a los arneses, y de esta suerte arrastraron mi sombrero más de media milla inglesa; pero como el piso de aquel país es extremadamente liso y llano, recibió mucho menos daño del que se pudiera temer.

Dos días después de esta aventura, el emperador, que había ordenado que estuviesen listas las tropas de su ejército de guarnición en la metrópoli y las cercanías, tuvo la ocurrencia de divertirse de una manera muy singular: hizo que yo me estuviera, como un coloso, en pie y con las piernas tan abiertas como buenamente pudiese, y luego mandó a su general -que era un adalid de larga experiencia y gran valedor mío- disponer sus tropas en formación cerrada y hacerlas pasar por debajo de mí, los infantes de a veinticuatro en línea y la caballería de a dieciséis, a tambor batiente, con banderas desplegadas y con lanzas en ristre. Este cuerpo se componía de tres mil infantes y mil caballos.

Había enviado yo tantos memoriales y tantas solicitudes en demanda de libertad, que Su Majestad, por fin, llevó el asunto primero al Gabinete y luego al Consejo pleno, donde nadie se opuso, excepto Skyresh Bolgolam, quien se complacía, sin que yo le diese motivo alguno, en ser mi mortal enemigo. Pero fue aprobado, en contra de su voluntad, por toda la Junta, y confirmado por el emperador. Ese ministro a que me refiero era Galbet, o sea almirante del reino, persona muy de la confianza de su señor y muy versada en los asuntos, pero de temperamento rudo y agrio. Sin embargo, le persuadieron al fin para que consintiese, pero concediéndole que los artículos y condiciones bajo los cuales se me pusiera en libertad, y que yo debía jurar, fuese él mismo quien los redactase. Estos artículos me fueron presentados por Skyresh Bolgolam en persona, acompañado de los subsecretarios y varias personas significadas. Una vez que me fueron leídos, se me propuso que jurase su cumplimiento, primero a la usanza de mi propio país y luego según el procedimiento descrito por las leyes de allá, y que consistió en sostenerme en alto el pie derecho con la mano izquierda, al tiempo que me colocaba el dedo medio de la mano derecha en la coronilla y el pulgar en la punta de la oreja derecha. Pero como el lector puede que sienta curiosidad por tener una idea del estilo y modo de expresión peculiar de este pueblo, así como por conocer los artículos en virtud de los cuales recobré la libertad, he hecho la traducción de todo el documento, palabra por palabra, tan fielmente como he podido, y quiero sacarlo a luz en este punto:

«Golbasto Momaren Evlame Gurdilo Shefin Mully Ully Gue, muy poderoso emperador de Lilibut, delicia y terror del universo, cuyos dominios se extienden cinco mil blustrugs - unas doce millas en circunferencia- hacia los confines del globo; monarca de todos los monarcas, más alto que los hijos de los hombres, cuyos pies oprimen el centro del mundo y cuya cabeza se levanta hasta tocar el Sol; cuyo gesto hace temblar las rodillas de los príncipes de la tierra; agradable como la primavera, reconfortante como el verano, fructífero como el otoño, espantoso como el invierno. Su Muy Sublime Majestad propone al Hombre-Montaña, recientemente llegado a nuestros celestiales dominios, los artículos siguientes, que por solemne juramento él viene obligado a cumplir:

»Primero. El Hombre-Montaña no saldrá de nuestros dominios sin una licencia nuestra con nuestro gran sello.

»Segundo. No le será permitido entrar en nuestra metrópoli sin nuestra orden expresa. Cuando esto suceda, los habitantes serán avisados con dos horas de anticipación para que se encierren en sus casas.

»Tercero. El citado Hombre-Montaña limitará sus paseos a nuestras principales carreteras, y no deberá pasearse ni echarse en nuestras praderas ni en nuestros sembrados.

»Cuarto. Cuando pasee por las citadas carreteras pondrá el mayor cuidado en no pisar el cuerpo de ninguno de nuestros amados súbditos, así como sus caballos y carros, y en no coger en sus manos a ninguno de nuestros súbditos sin consentimiento del propio interesado.

»Quinto. Si un correo requiriese extraordinaria diligencia, el Hombre-Montaña estará obligado a llevar en su bolsillo al mensajero con su caballo un viaje de seis días, una vez en cada luna, y, si fuese necesario, a devolver sano y salvo al citado mensajero a nuestra imperial presencia.

»Sexto. Será nuestro aliado contra nuestros enemigos de la isla de Blefuscu, y hará todo lo posible por destruir su flota, que se prepara actualmente para invadir nuestros dominios.

»Séptimo. El citado Hombre-Montaña, en sus ratos de ocio, socorrerá y auxiliará a nuestros trabajadores, ayudándoles a levantar determinadas grandes piedras para rematar el muro del parque principal y otros de nuestros reales edificios.

»Octavo. El citado Hombre-Montaña entregará en un plazo de dos lunas un informe exacto de la circunferencia de nuestros dominios, calculada en pasos suyos alrededor de la costa.

»Noveno. Finalmente, bajo su solemne juramento de cumplir todos los anteriores artículos, el citado Hombre-Montaña dispondrá de un suministro diario de comida y bebida suficiente para el mantenimiento de 1.724 de nuestros súbditos, y gozará libre acceso a nuestra real persona y otros testimonios de nuestra gracia. Dado en nuestro palacio de Belfaborac, el duodécimo día de la nonagésimaprimer luna de nuestro reinado.»

Juré y suscribí estos artículos con gran contento y alborozo, aun cuando algunos no eran tan honrosos como yo podía haber deseado, lo que procedía enteramente de la mala voluntad de Skyresh Bolgolam, el gran almirante. Inmediatamente después me soltaron las cadenas y quedé en completa libertad. El mismo emperador en persona me hizo el honor de hallarse presente a toda la ceremonia. Mostré mi reconocimiento postrándome a los pies de Su Majestad, pero él me mandó levantarme; y después de muchas amables expresiones, que no referiré por que no se me tache de vanidoso, agregó que esperaba que yo fuese un útil servidor y que mereciese todas las gracias que ya me había conferido y otras que pudiera conferirme en lo futuro.

El lector habrá podido advertir que en el último artículo dictado para el recobro de mi libertad estipula el emperador que me sea suministrada una cantidad de comida y bebida bastante para el mantenimiento de 1.724 liliputienses. Pregunté algún tiempo después a un amigo mío de la corte cómo se les ocurrió fijar ese número precisamente, y me contestó que los matemáticos de Su Majestad, habiendo tomado la altura de mi cuerpo por medio de un cuadrante, y visto que excedía a los suyos en la proporción de doce a uno, dedujeron, tomando sus cuerpos como base, que el mío debía contener, por lo menos, mil setecientos

veinticuatro de los suyos, y, por consiguiente, necesitaba tanta comida, como fuese necesaria para alimentar ese número de liliputienses. Por donde puede el lector formarse una idea del ingenio de aquel pueblo, así como de la prudente y exacta economía de tan gran príncipe.

#### Capítulo 4

*Descripción de Mildendo, metrópoli de Liliput, con el palacio del emperador. - Conversación entre el autor y un secretario principal acerca de los asuntos de aquel imperio. -El ofrecimiento del autor para servir al emperador en sus guerras.*

Lo primero que pedí después de obtener la libertad fue que me concediesen licencia para visitar a Mildendo, la metrópoli; licencia que el emperador me concedió fácilmente, pero con el encargo especial de no producir daño a los habitantes ni en las casas. Se notificó a la población por medio de una proclama mi propósito de visitar la ciudad. La muralla que la circunda es de dos pies y medio de alto y por lo menos de once pulgadas de anchura, puesto que puede dar la vuelta sobre ella con toda seguridad un coche con sus caballos, y está flanqueada con sólidas torres a diez pies de distancia. Pasé por encima de la gran Puerta del Oeste, y, muy suavemente y de lado, anduve las dos calles principales, sólo con chaleco, por miedo de estropear los tejados y aleros de las casas con los faldones de mi casaca. Caminaba con el mayor tiento para no pisar a cualquier extraviado que hubiera podido quedar por las calles, aunque había órdenes rigurosas de que todo el mundo permaneciese en sus casas, ateniéndose a los riesgos los desobedientes. Las azoteas y los tejados estaban tan atestados de espectadores, que pensé no haber visto en todos mis viajes lugar más populoso. La ciudad es un cuadrado exacto y cada lado de la muralla tiene quinientos pies de longitud. Las dos grandes calles que se cruzan y la dividen en cuatro partes iguales tienen cinco pies de anchura. Las demás vías, en que no pude entrar y sólo vi de paso, tienen de doce a dieciocho pulgadas. La población es capaz para quinientas mil almas. Las casas son de tres a cinco pisos; las tiendas y mercados están perfectamente abastecidos.

El palacio del emperador está en el centro de la ciudad, donde se encuentran las dos grandes calles. Lo rodea un muro de dos pies de altura, a veinte pies de distancia de los edificios. Obtuve permiso de Su Majestad para pasar por encima de este muro; y como el espacio entre él y el palacio es muy ancho, pude inspeccionar éste por todas partes. El patio exterior es un cuadrado de cuarenta pies y comprende otros dos; al más interior dan las habitaciones reales, que yo tenía grandes deseos de ver; pero lo encontré extremadamente difícil, porque las grandes puertas de comunicación entre los cuadros sólo tenían dieciocho pulgadas de altura y siete pulgadas de ancho. Por otra parte, los edificios del patio externo tenían por lo menos cinco pies de altura, y me era imposible pasarlo de una zancada sin perjuicios incalculables para la construcción, aun cuando los muros estaban sólidamente edificadas con piedra tallada y tenían cuatro pulgadas de espesor. También el emperador estaba muy deseoso de que yo viese la magnificencia de su palacio; pero no pude hacer tal cosa hasta después de haber dedicado tres días a cortar con mi navaja algunos de los mayores árboles del parque real, situado a unas cien yardas de distancia de la ciudad. Con estos árboles hice dos banquillos como de tres pies de altura cada uno y lo bastante fuertes



para soportar mi peso. Advertida la población por segunda vez, volví a atravesar la ciudad hasta el palacio con mis dos banquetas en la mano. Cuando estuve en el patio exterior me puse de pie sobre un banquillo, y tomando en la mano el otro lo alcé por encima del tejado y lo dejé suavemente en el segundo patio, que era de ocho pies de anchura. Pasé entonces muy cómodamente por encima del edificio desde un banquillo a otro y levanté el primero tras de mí con una varilla en forma de gancho. Con esta traza llegué al patio interior, y, acostándome de lado, acerqué la cara a las ventanas de los pisos centrales, que de propósito estaban abiertas, y descubrí las más espléndidas habitaciones que imaginarse puede. Allí vi a la emperatriz y a la joven princesa en sus varios alojamientos, rodeadas de sus principales servidores. Su Majestad Imperial se dignó dirigirme una graciosa sonrisa y por la ventana me dio su mano a besar.

Pero no quiero anticipar al lector más descripciones de esta naturaleza porque las reservo para un trabajo más serio que ya está casi para entrar en prensa y que contiene una descripción general de este imperio desde su fundación, a través de una larga serie de príncipes, con detallada cuenta de sus guerras y su política, sus leyes, cultura y religión, sus plantas y animales, sus costumbres y trajes peculiares, más otras materias muy útiles y curiosas. Porque aquí mi principal propósito sólo es referir acontecimientos y asuntos ocurridos a aquellas gentes o a mí mismo durante los nueve meses que residí en aquel imperio.

Una mañana, a los quince días aproximadamente de haber obtenido mi libertad, Reldresal, secretario principal de Asuntos Privados -como ellos le intitulan-, vino a mi casa acompañado sólo de un servidor. Mandó a su coche que esperase a cierta distancia y me pidió que le concediese una hora de audiencia, a lo que yo inmediatamente accedí, teniendo en cuenta su categoría y sus méritos personales, así como los buenos oficios que había hecho valer cuando mis peticiones a la corte. Le ofrecí tumbarme para que pudiera hacerse oír de mí más cómodamente; pero él prefirió permitirme que lo tuviese en la mano durante nuestra conversación. Empezó felicitándome por mi libertad, en la cual, según dijo, podía permitirse creer que había tenido alguna parte; pero añadió, sin embargo, que a no haber sido por el estado de cosas que a la sazón reinaba en la corte, quizá no la hubiese obtenido tan pronto. «Porque -dijo- por muy floreciente que nuestra situación pueda parecer a los extranjeros, pesan sobre nosotros dos graves males: una violenta facción en el interior y el peligro de que invada nuestro territorio un poderoso enemigo de fuera. En cuanto a lo primero, sabed que desde hace más de setenta lunas hay en este imperio dos partidos contrarios, conocidos por los nombres de Tramecksan y Slamecksan, a causa de los tacones altos y bajos de su calzado, que, respectivamente, les sirven de distintivo. Se alega, es verdad, que los tacones altos son más conformes a nuestra antigua constitución; pero, sea de ello lo que quiera, Su Majestad ha decidido hacer uso de tacones bajos solamente en la administración del gobierno y para todos los empleados que disfrutan la privanza de la corona, como seguramente habréis observado; y por lo que hace particularmente a los tacones de Su Majestad Imperial, son cuando menos un drurr más bajos que cualesquiera otros de su corte -el drurr es una medida que viene a valer la decimoquinta parte de una pulgada-. La animosidad entre estos dos partidos ha llegado a tal punto, que los pertenecientes a uno no quieren comer ni beber ni hablar con los del otro. Calculamos que los Tramocksan, o tacones-altos, nos exceden en numero; pero la fuerza está por completo de nuestro lado. Nosotros nos sospechamos que Su Alteza Imperial, el heredero de la

corona, se inclina algo hacia los tacones-altos; al menos, vemos claramente que uno de sus tacones es más alto que el otro, lo que le produce cierta cojera al andar. Por si fuera poco, en medio de estas querellas intestinas, nos amenaza con una invasión la isla de Blefuscu, que es el otro gran imperio del universo, casi tan extenso y poderoso como este de Su Majestad. Porque en cuanto a lo que os hemos oído afirmar acerca de existir otros reinos y estados en el mundo habitados por criaturas humanas tan grandes como vos, nuestros filósofos lo ponen muy en duda y se inclinan más bien a creer que caísteis de la Luna o de alguna estrella, pues es evidente que un centenar de mortales de vuestra corpulencia destruirían en poco tiempo todos los frutos y ganados de los dominios de Su Majestad. Por otra parte, nuestras historias de hace seis mil lunas no mencionan otras regiones que los dos grandes imperios de Liliput o Blefuscu, grandes potencias que, como iba a deciros, están empeñadas en encarnizadísima guerra desde hace treinta y seis lunas. Empezó con la siguiente ocasión: Todo el mundo reconoce que el modo primitivo de partir huevos para comérselos era cascarlos por el extremo más ancho; pero el abuelo de su actual Majestad, siendo niño, fue a comer un huevo, y, partiéndolo según la vieja costumbre, le avino cortarse un dedo. Inmediatamente el emperador, su padre, publicó un edicto mandando a todos sus súbditos que, bajo penas severísimas, cascasen los huevos por el extremo más estrecho. El pueblo recibió tan enorme pesadumbre con esta ley, que nuestras historias cuentan que han estallado seis revoluciones por ese motivo, en las cuales un emperador perdió la vida y otro la corona. Estas conmociones civiles fueron constantemente fomentadas por los monarcas de Blefuscu, y cuando eran sofocadas, los desterrados huían siempre a aquel imperio en busca de refugio. Se ha calculado que, en distintos períodos, once mil personas han preferido la muerte a cascar los huevos por el extremo más estrecho. Se han publicado muchos cientos de grandes volúmenes sobre esta controversia; pero los libros de los anchoextremistas han estado prohibidos mucho tiempo, y todo el partido, incapacitado por la ley para disfrutar empleos. Durante el curso de estos desórdenes, los emperadores de Blefuscu se quejaron frecuentemente por medio de sus embajadores, acusándonos de provocar un cisma en la religión por contravenir una doctrina fundamental de nuestro gran profeta Lustrog, contenida en el capítulo cuadragésimocuarto del Blundecral -que es su Alcorán-. No obstante, esto se tiene por un mero retorcimiento del texto, porque las palabras son éstas: «Que todo creyente verdadero casque los huevos por el extremo conveniente». Y cuál sea el extremo conveniente, en mi humilde opinión, ha de dejarse a la conciencia de cada cual, o cuando menos a la discreción del más alto magistrado, el establecerlo. Luego, los anchoextremistas han encontrado tanto crédito en la corte del emperador de Blefuscu y aquí tanta secreta asistencia de su partido, que entre ambos imperios viene sosteniéndose una sangrienta guerra hace treinta y seis lunas, con varia suerte, y en ella llevamos perdidos cuarenta grandes barcos y un número mucho mayor de embarcaciones más pequeñas, junto con treinta mil de nuestros mejores marinos y soldados; y se sabe que las bajas del enemigo son algo mayores que las nuestras. Pero ahora han equipado una flota numerosa y están precisamente preparando una invasión contra nosotros, y Su Majestad Imperial, poniendo gran confianza en vuestro valor y esfuerzo, me ha ordenado exponer esta relación de sus negocios ante vos.»

Rogué al secretario que presentase mis humildes respetos al emperador y le hiciera saber que juzgaba yo no corresponderme, como extranjero que era, intervenir en cuestiones de partidos; pero que estaba dispuesto, aun con riesgo de mi vida, a defender su persona y su estado contra los invasores.

## Capítulo 5

*El autor evita una invasión con una extraordinaria estratagema. -Se le confiere un alto título honorífico. -Llegan embajadores del emperador de Blefuscu y demandan la paz.*

El imperio de Blefuscu es una isla situada al lado nordeste de Liliput, de donde sólo está separada por un canal de ochocientas yardas de anchura. Yo no lo había visto aún, y ante la noticia del intento de invasión evité presentarme por aquel lado de la costa, no me descubriese alguno de los buques del enemigo, que no tenía de mí noticia ninguna, rigurosamente prohibida como está la relación entre los dos imperios durante la guerra, bajo pena de muerte, y decretado por nuestro emperador el embargo de todos los buques, sin distinción. Comunicué a Su Majestad un proyecto que había formado para apresar completa la flota del enemigo, la cual, por lo que nos aseguraban nuestros exploradores, estaba anclada en el puerto, lista para darse a la vela al primer viento favorable. Consulté a los más experimentados hombres de mar acerca de la profundidad del canal, que sondaban frecuentemente, y me dijeron que en el centro, durante la marea alta, tenía setenta glumgruffs de profundidad, lo que equivale a unos seis pies de medida europea, y el resto de él, cincuenta glumgruffs lo más. Me dirigí hacia la costa nordeste, frente a Blefuscu, y allí, tumbado detrás de una colina, saqué mi pequeño anteojo de bolsillo y descubrí anclada la flota del enemigo, constituida por unos cincuenta buques de guerra y un gran número de transportes. Volví después a mi casa y di orden -para lo cual tenía autorización- de que me llevasen una gran cantidad del cable más fuerte y de barras de hierro. El cable venía a tener el grueso del bramante, y las barras la longitud y el tamaño de agujas de hacer media. Tripliqué el cable para hacerlo más resistente, y con el mismo fin retorcí juntas tres de las barras de hierro, cuyos extremos doblé en forma de gancho. Cuando hube fijado cincuenta ganchos a otros tantos cables volví a la costa nordeste y, quitándome la casaca, los zapatos y las medias, me entré en el mar, con mi chaleco de cuero, como una hora antes de subir la marea. Vadeé todo lo aprisa que pude y nadé en el centro unas treinta yardas, hasta que hice pie; llegué a la flota en menos de media hora. El enemigo se aterró de tal modo cuando me vio, que saltó de los barcos y nadó a la costa, donde no habría menos de treinta mil almas. Tomé entonces mis trebejos y, después de pasar un gancho por la proa de cada buque, até juntas todas las cuerdas por su extremo. Mientras yo procedía a esta maniobra, el enemigo me disparó varios miles de flechas, muchas de las cuales me daban en las manos y en la cara y, además de excesivo escozor, me causaban gran molestia en mi trabajo. Por lo que más temía era por los ojos, que infaliblemente hubiera perdido a no haber dado en seguida con un medio. Guardaba yo, entre otros pequeños útiles, un par de lentes en un bolsillo secreto que, como antes advertí, había escapado a las investigaciones del emperador; los saqué y me los sujeté a la nariz todo lo fuerte que pude, y así armado continué tranquilamente mi obra, a pesar de las flechas del enemigo, muchas de las cuales iban a dar contra los cristales de mis lentes, pero sin otro efecto que el de desajustármelos un poco. Una vez que tuve fijos todos los ganchos, cogí el nudo y empecé a tirar; pero no se movía ni un barco, porque todos estaban demasiado fuertemente sujetos por las anclas; así, que faltaba la parte más dura de mi empresa. Solté la cuerda y, dejando los ganchos fijos a los barcos, corté resueltamente con mi navaja los cables que amarraban las anclas, mientras recibía sobre doscientos tiros en la cara y las manos. Tomé luego el extremo anudado de los

cables a que estaban atados los ganchos, y con gran facilidad me llevé tras de mí cincuenta de los mayores buques de guerra del enemigo.

Los blefuscudianos, que no tenían la menor sospecha de lo que yo me proponía, quedaron al principio confundidos de asombro. Me habían visto cortar los cables y pensaban que mi designio era solamente dejar los barcos a merced de las olas o que se embistiesen unos contra otros; pero cuando vieron toda la flota echar a andar en orden y a mí tirando delante, lanzaron tal grito de dolor y desesperación, que casi es imposible de explicar ni de concebir. Ya fuera de peligro, me detuve un rato para sacarme las flechas que se me habían hincado en las manos y en la cara y me untó unguento del que me habían dado al principio de mi llegada, según he referido anteriormente. Luego me quité los lentes, y aguardando alrededor de una hora a que la marea estuviese algo más baja, vadeé el centro con mi carga y llegué salvo al puerto real de Liliput.

El emperador y toda su corte estaban en la playa esperando el éxito de esta gran aventura. Veían avanzar los barcos formando una extensa media luna; pero no podían distinguirme a mí, que estaba metido hasta el pecho en el agua. Ya llegaba yo a la mitad del canal y su zozobra no menguaba, porque las aguas me cubrían hasta el cuello. Pensaba el emperador que yo me había ahogado y que la flota del enemigo se aproximaba en actitud hostil; pero en breve se desvanecieron sus temores, porque, disminuyendo la poca profundidad del canal a cada paso que daba yo, pronto estuve a distancia para hacerme oír; y alzando el cabo del cable con que estaba atada la flota, grité en voz muy alta: «¡Viva el muy poderoso emperador de Liliput!» Este gran príncipe me recibió al llegar a tierra con todos los encomios posibles y me hizo allí mismo nardac, que es el más alto título honorífico entre ellos.

Su Majestad quería que yo aprovecharse alguna otra ocasión para traer a sus puertos el resto de los barcos de su enemigo. Y tan desmedida es la ambición de los príncipes, que parecía pensar nada menos que en reducir todo el imperio de Blefusco a una provincia gobernada por un virrey, en aniquilar a los anchoextremistas desterrados y en obligar a estas gentes a cascar los huevos por el extremo estrecho, con lo cual quedaría él único monarca del mundo entero. Pero yo me encargué de disuadirle de su propósito por medio de numerosos argumentos sacados de los principios de la política, así como de los de la justicia, y protesté francamente que yo nunca serviría de instrumento para llevar a la esclavitud a un pueblo libre y valeroso. Y cuando el asunto se discutió en Consejo, la parte más prudente del Ministerio fue de mi opinión.

Esta rotunda declaración mía era tan opuesta a los planes y a la política de Su Majestad Imperial, que éste no me perdonó nunca; se refirió a ella de una muy artificiosa manera en el Consejo, donde, según me dijeron, algunos de los más prudentes parecían -al menos, este alcance podía darse a su silencio- ser de mi opinión; pero otros, que eran mis enemigos secretos, no pudieron contener ciertas expresiones, que por caminos indirectos llegaron hasta mí. Desde este momento comenzó una intriga entre Su Majestad y una camarilla de ministros maliciosamente dispuestos en contra mía, intriga que estalló en menos de dos meses y hubiera conducido probablemente a mí total perdición. ¡De tan poco peso son los mayores servicios para los príncipes si se los pone en la balanza frente a una negativa de satisfacer sus pasiones!

A las tres semanas de mi hazaña llegó una solemne embajada de Blefuscu con humildes ofrecimientos de paz, y ésta quedó prontamente concertada, en condiciones muy ventajosas para nuestro emperador, y de las cuales hago gracia a los lectores. Los embajadores eran seis, con una comitiva de unas quinientas personas, y su entrada fue de toda magnificencia, como correspondía a la grandeza de su señor y a la importancia de su negocio. Cuando estuvo concluido el tratado, durante cuya negociación yo les auxilié con mis buenos oficios, valiéndome del crédito que entonces tenía, o al menos parecía tener, en la corte, Sus Excelencias, a quienes en secreto habían informado de cuanto había procurado en favor suyo, me invitaron a visitar aquel reino en nombre del emperador, su señor, y me pidieron que les diese alguna muestra de mi fuerza colosal, de la que habían oído tantas maravillas, en lo cual les complací. Pero no quiero molestar al lector con estos detalles.

Cuando hube entretenido algún tiempo a Sus Excelencias, con infinita satisfacción y sorpresa por su parte, les pedí que me hiciesen el honor de presentar mis más humildes respetos al emperador, su señor, la fama de cuyas virtudes tenía tan justamente lleno de admiración al mundo entero, y a cuya real persona tenía resuelto ofrecer mis servicios antes de regresar a mi país. De consiguiente, la próxima vez que tuve el honor de ver a nuestro emperador pedí su real licencia para hacer una visita al monarca blefuscudiano, licencia que se dignó concederme, según pude claramente advertir, de muy fría manera. Pero no pude adivinar la razón, hasta que cierta persona vino a contarme misteriosamente que Flimnap y Bolgolam habían presentado mi trato con aquellos embajadores como una prueba de desafecto, culpa de la que puedo asegurar que mi corazón era por completo inocente. Y ésta fue la primera ocasión en que empecé a concebir idea, aunque imperfecta, de lo que son cortes y ministros.

Es de notar que estos embajadores me hablaron por medio de un intérprete, pues los idiomas de ambos imperios se diferencian entre sí tanto como dos cualesquiera de Europa, y cada nación se enorgullece de la antigüedad, belleza y energía de su propia lengua y siente un manifiesto desprecio por la de su vecino. No obstante, nuestro emperador, valiéndose de la ventaja que le daba la toma de la flota, les obligó a presentar sus credenciales y pronunciar su discurso en lengua liliputiense. Debe, sin embargo, reconocerse que a consecuencia de las amplias relaciones de ambos reinos en el campo del comercio y los negocios; del continuo recibimiento de desterrados, que entre ellos es mutuo, y de la costumbre que hay en cada imperio de enviar al otro a los jóvenes de la nobleza y de las más acaudaladas familias principales para que se afinen viendo mundo y estudiando hombres y costumbres, hay pocas personas de distinción, así como comerciantes y hombres de mar que viven en las regiones marítimas, que no sepan sostener una conversación en ambas lenguas. Así pude apreciarlo algunas semanas después, cuando fuí a ofrecer mis respetos al emperador de Blefuscu; visita que, en medio de las grandes desdichas que me acarreó la maldad de mis enemigos, resultó para mí muy feliz aventura, como referiré en el oportuno lugar.

Recordará el lector que cuando firmé los artículos en virtud de los cuales recobré la libertad, había algunos que me disgustaban por demasiado serviles, y a los cuales sólo me podía obligar a someterme una necesidad extrema. Pero siendo ya como era un nardac del más alto rango del imperio, tales oficios se consideraron por bajo de mi dignidad, y el emperador -dicho sea en justicia- nunca jamás me los mencionó.

## Capítulo 6

*De los habitantes de Liliput: sus estudios, leyes y costumbres y modo de educar a sus hijos. -El método de vida del autor en aquel país. -Vindicación que hizo de una gran dama.*

Aunque es mi propósito dejar la descripción de este imperio para un tratado particular, me complace, en tanto, obsequiar al curioso lector con algunas nociones generales. De poco menos de seis pulgadas de alto los naturales de estatura media, hay exacta proporción en los demás animales, así como en árboles y plantas. Por ejemplo: los caballos y bueyes más grandes tienen de cuatro a cinco pulgadas de altura; los carneros, pulgada y media, poco más o menos; los gansos, el tamaño de un gorrión aproximadamente; y así las varias gradaciones en sentido descendente, hasta llegar a los más pequeños, que para mi vista eran casi imperceptibles. Pero la Naturaleza ha adaptado los ojos de los liliputienses a todos los objetos propios para su visión; ven con gran exactitud, pero no a gran distancia. Como testimonio de la agudeza de su vista para los objetos cercanos puedo mencionar la diversión que me produjo observar cómo un cocinero pelaba una calandria que no llegaba al tamaño de una mosca corriente, y cómo una niña enhebraba una aguja invisible con una seda invisible. Sus árboles más crecidos son de unos siete pies de altura; me refiero a algunos de los existentes en el gran parque real, y a las copas de los cuales llegaba yo justamente con el puño. Los otros vegetales están en la misma proporción; pero esto lo dejo a la imaginación de los lectores.

Solamente diré ahora algo acerca de la cultura, que durante largas épocas ha florecido en aquel pueblo en todas sus ramas. La manera de escribir es muy particular, pues no escriben ni de izquierda a derecha, como los europeos, ni de derecha a izquierda, como los árabes, ni de arriba abajo, como los chinos, sino oblicuamente, de uno a otro ángulo del papel, como las señoras de Inglaterra.

Entierran sus muertos con la cabeza para abajo, porque tienen la idea de que dentro de once mil lunas todos se levantarán otra vez, y que al cabo de este período la Tierra -que ellos juzgan plana- se volverá de arriba abajo, y gracias a este medio, cuando resuciten se encontrarán de pie. Los eruditos confiesan el absurdo de esta doctrina; pero la práctica sigue, en condescendencia con el vulgo.

Hay en este imperio algunas leyes y costumbres muy particulares; y si no fuesen tan por completo contrarias a las de mi querido país, me darían ganas de decir algo en su justificación. Sólo sería de desear que se cumpliesen. La primera de que hablaré se refiere a los espías. Todos los crímenes contra el Estado se castigan con la mayor severidad; pero si la persona acusada demuestra plenamente su inocencia en el proceso, inmediatamente se da al acusador muerte ignominiosa, y de sus bienes muebles y raíces es cuatro veces indemnizada la persona inocente, por la pérdida de tiempo, por el peligro a que estuvo expuesta, por las molestias de su prisión y por todos los gastos que haya tenido que hacer para su defensa. Si el fondo no alcanza es generosamente completado por la Corona. El emperador, asimismo, confiere al interesado alguna pública prueba de su gracia y se hace por la ciudad la proclamación de su inocencia.

Consideran allí el fraude como un crimen mayor que el robo, y, por consecuencia, rara vez dejan de castigarlo con la muerte porque sostienen ellos que el cuidado y la vigilancia, practicados con el común entendimiento, pueden preservar de los ladrones los bienes de un hombre, mientras que la honradez no tiene defensa contra una astucia superior; y como es necesario que haya perpetuas relaciones de compra y venta y comercio a crédito, donde se permite y tolera el fraude, o donde no hay leyes para castigarlo, el comerciante más honrado sale siempre perdiendo y el bribón saca la ventaja. Recuerdo que en una ocasión intercedía yo con el rey por un criminal que había perjudicado a su amo en una gran cantidad de dinero recibido por orden, y con el cual se escapó; y como dijese a Su Majestad, a modo de atenuación, que se trataba sólo de un abuso de confianza, el emperador encontró monstruoso que yo presentase como defensa la mayor agravación de su crimen; y la verdad es que al contestarle tuve bien poco que añadir a la respuesta usual de que las diferentes naciones tienen diferentes costumbres, porque confieso que quedé enteramente confundido.

Aunque nosotros, generalmente llamarnos al premio y al castigo los goznes sobre que gira todo gobierno, nunca vi que pusiera en práctica esta máxima nación ninguna, a excepción de Liliput. Quienquiera que allí pueda probar suficientemente que ha observado con puntualidad las leyes de su país durante setenta y tres lunas, tiene derecho a ciertos privilegios, de acuerdo con su calidad y la condición de su vida, unidos a una cantidad de dinero proporcionada, que sale de un fondo afecto a este uso. Asimismo adquiere el título de *sninall*, o sea legal, que se agrega a su apellido, pero que no pasa a la descendencia. Aquellas gentes creyeron enorme defecto de nuestra política lo que yo les referí acerca de obligar nuestras leyes sólo por el castigo, sin mencionar el premio para nada. Por esta razón, la imagen de la Justicia en sus tribunales está representada con seis ojos: dos delante, dos detrás y uno a cada lado, que significan circunspección, más una bolsa de oro abierta en la mano derecha y una espada envainada en la izquierda, con que se quiere mostrar que está mejor dispuesta para el premio que para el castigo.

Al escoger personas para cualquier empleo se mira más la moralidad que las grandes aptitudes; pues dado que el gobierno es necesario a la Humanidad, suponen allí que el nivel general del entendimiento humano ha de convenir a un oficio u otro, y que la Providencia nunca pudo pretender hacer de la administración de los negocios públicos un misterio que sólo comprendan algunas personas de genio sublime, de las que por excepción nacen tres en una misma época. Piensan, por el contrario, que la verdad, la justicia, la moderación y sus semejantes residen en todos los hombres, y que la práctica de estas virtudes, asistidas por la experiencia y una recta intención, capacitan a cualquier hombre para el servicio de su país, salvo aquellos casos en que se requieran estudios especiales. Y creían por de contado que la falta de virtudes morales estaba tan lejos de poder suplirse con dotes superiores de inteligencia, que nunca debían ponerse cargos en manos tan peligrosas como las de gentes que merecieran tal concepto, pues, cuando menos, los errores cometidos por ignorancia con honrado propósito jamás serían de tan fatales consecuencias para el bien público como las prácticas de un hombre inclinado a la corrupción y de grandes aptitudes para conducir y multiplicar y defender sus corrupciones.

Del mismo modo, no creer en una Divina Providencia incapacita a un hombre para desempeñar cargos públicos; porque, dado que los reyes se proclaman a sí Mismos

diputados de la Providencia, los liliputienses entienden que no hay nada más absurdo en un príncipe que dar empleos a hombres que niegan la autoridad en nombre de la cual ellos se conducen.

Al hablar de estas y de las siguientes leyes quiero que se entienda que me refiero sólo a las instituciones originales, y no a la escandalosa corrupción en que este pueblo ha caído a causa de la degenerada naturaleza del hombre; pues por lo que toca a esa vergonzosa práctica de obtener altos cargos haciendo volatines, o divisas de favor y distinción saltando por encima de varillas o arrastrándose bajo ellas, ha de saber el lector que fue introducida por el abuelo del emperador hoy reinante, y ha prosperado a tal punto por el incremento gradual de partidos y facciones.

La ingratitud allí es un crimen capital, como leemos que lo ha sido en algunos otros países; porque -razonan ellos- aquel que paga con maldad a su bienhechor ha de ser necesariamente un enemigo común del resto de la Humanidad, que no le ha hecho beneficio ninguno, y, por lo tanto, tal hombre no es a propósito para esta vida.

Sus nociones respecto de los deberes de padres e hijos difieren extremadamente de las nuestras. De ningún modo conceden que un niño está obligado a su padre por haberlo engendrado, ni a su madre por haberlo traído al mundo; lo cual, teniendo en cuenta las miserias de la vida humana, no es un beneficio en sí mismo, ni tampoco fue la intención de sus padres, cuyo pensamiento durante sus lides amorosas tenía bien distinta ocupación. Por estos y otros parecidos razonamientos, es su opinión que los padres son los últimos a quienes debe confiarse la educación de sus propios hijos, y en consecuencia, hay en cada edad establecimientos públicos, adonde todos los padres, con excepción de los aldeanos y los labradores, están obligados a llevar a sus pequeños de uno y otro sexo para que los críen y eduquen así que llegan a la edad de veinte lunas, tiempo en que ya se les suponen algunos rudimentos de docilidad. Estos seminarios son de varias categorías, acomodadas a las diferentes clases, y para ambos sexos. Tienen profesores especialmente hábiles en la educación de niños para la condición de vida conveniente a la alcurnia de sus padres y a la propia capacidad de cada uno, así como a las particulares inclinaciones. Diré primero algo de los establecimientos para varones, y luego de los de hembras.

Los seminarios para niños varones de noble o eminente cuna cuentan con graves y cultos profesores y sus correspondientes auxiliares. Las ropas y el alimento de los niños son sencillos y simples. Se educa a éstos en los principios de honor, justicia, valor, modestia, clemencia, religión y amor de su país; se les tiene siempre dedicados a algún quehacer, excepto en las horas de comer y dormir, que son muy pocas, y en las dos que se destinan a recreo, que consiste en ejercicios corporales. Son vestidos por hombres hasta que tienen cuatro años de edad, y a partir de entonces se les obliga a vestirse solos, por elevado que sea su rango, y las mujeres ayudantes, que proporcionalmente tienen la edad de las nuestras de cincuenta años, realizan sólo los trabajos serviles. No se tolera a los niños que hablen nunca con criados, sino que han de ir juntos, en grupos mayores o menores, a esparcirse en sus recreos, y siempre en presencia de un profesor o auxiliar; así se evitan esas tempranas perniciosas impresiones de insensatez y vicio a que nuestros niños están sujetos. A los padres sólo se les tolera que los vean dos veces al año; la visita no dura más de una hora. Se les consiente que besen al niño al llegar y al marcharse; pero un profesor, que siempre está



presente en tales ocasiones, no les tolera de ningún modo que cuchicheen, ni que usen de expresiones de mimo ni que les lleven regalos de juguetes, dulces o cosa parecida.

La pensión para la educación y el mantenimiento de los niños se encargan de cobrarla a las familias, por medio de embargo, los oficiales del emperador, en caso de no haber sido debidamente satisfecha.

Los establecimientos para niños de familias de posición media, como comerciantes, traficantes y menestrales, funcionan proporcionalmente según el mismo sistema, sólo que los que han de dedicarse a oficio empiezan el aprendizaje a los once años, mientras los de las personas de calidad continúan sus ejercicios hasta los quince, que corresponden a los veinticinco entre nosotros, aunque su reclusión va perdiendo gradualmente en rigor durante los tres años últimos.

En los seminarios para hembras, las niñas de calidad son educadas casi lo mismo que los varones, sólo que las viste reposada servidumbre de su mismo sexo, pero siempre en presencia de un profesor o auxiliar, hasta que se visten ellas solas, que es cuando llegan a los cinco años. Si se descubre que estas niñeras intentan alguna vez distraer a las niñas con cuentos terroríficos o estúpidos, o con alguno de los disparates que acostumbran las doncellas entre nosotros, son públicamente paseadas con azotes tres vueltas a la ciudad, encarceladas por un año y desterradas de por vida a la parte más desolada del país. De este modo las señoritas sienten tanta vergüenza como los hombres, de ser cobardes y melindrosas, y desprecian todo adorno personal que vaya más allá de lo decente y lo limpio; ni tampoco advierten en su educación diferencia ninguna basada en la diferencia de sexo, a no ser que los ejercicios femeninos nunca llegan a ser tan duros, que se les instruye en algunas reglas referentes a la vida doméstica, y que se les asigna un plan menos amplio de estudios. Es allí una máxima que, entre gentes de calidad, la esposa debe ser siempre una discreta y agradable compañía, ya que no puede ser siempre joven. Cuando las muchachas llegan a los doce años, que es entre ellos la edad del matrimonio, sus padres o tutores se las llevan a casa con vivas expresiones de gratitud para los profesores, y rara vez sin lágrimas de la señorita y de sus compañeras. En los colegios para hembras de más baja categoría se enseña a las niñas toda clase de trabajos propios de su sexo y de sus varios rangos. Las destinadas a aprendizajes salen a los siete años, y las demás siguen hasta los once.

Las familias modestas que tienen niños en estos colegios, además de la pensión anual, que es todo lo más reducida posible, tienen que entregar al administrador del colegio una pequeña parte de sus entradas mensuales, destinada a constituir un patrimonio para el niño, y, en consecuencia, la ley limita los gastos a todos los padres, porque estiman los liliputienses que nada puede haber tan injusto como que las gentes, en satisfacción de sus propios apetitos, traigan niños al mundo y dejen al común la carga de sostenerlos. En cuanto a las personas de calidad, dan garantía de apropiar a cada niño una cantidad determinada, de acuerdo con su condición, y estos fondos se administran siempre con buena economía y con la justicia más rigurosa.

Los aldeanos y labradores conservan a sus hijos en casa, ya que su ocupación ha de ser sólo labrar y cultivar la tierra, y, por tanto, su educación, de poca consecuencia para el

común. A los pobres y enfermos se les recoge en hospitales, porque la mendicidad es un oficio desconocido en este imperio.

Y ahora quizá pueda interesar al lector curioso que yo le dé alguna cuenta de mis asuntos particulares y de mi modo de vivir en aquel país durante una residencia de nueve meses y trece días. Como tengo idea para las artes mecánicas, y como también me forzaba la necesidad, me había hecho una mesa y una silla bastante buenas valiéndome de los mayores árboles del parque real. Se dedicaron doscientas costureras a hacerme camisas y lienzos para la cama y la mesa, todo de la más fuerte y basta calidad que pudo encontrarse, y, sin embargo, tuvieron que reforzar este tejido dándole varios dobleces, porque el más grueso era algunos puntos más fino que la batista. Las telas tienen generalmente tres pulgadas de ancho, y tres pies forman una pieza. Las costureras me tomaron medida acostándome yo en el suelo y subiéndome una en el cuello y otra hacia media pierna, con una cuerda fuerte, que sostenían extendida una por cada punta, mientras otra tercera medía la longitud de la cuerda con una regla de una pulgada de largo. Luego me midieron el dedo pulgar de la mano derecha, y no necesitaron más, pues por medio de un cálculo matemático, según el cual dos veces la circunferencia del dedo pulgar es una vez la circunferencia de la muñeca, y así para el cuello y la cintura, y con ayuda de mi camisa vieja, que extendí en el suelo ante ellas para que les sirviese de patrón, me asentaron las nuevas perfectamente. Del mismo modo se dedicaron trescientos sastres a hacerme vestidos; pero ellos recurrieron a otro expediente para tomarme medida. Me arrodillé, y pusieron una escalera de mano desde el suelo hasta mi cuello; uno subió por esta escalera y dejó caer desde el cuello de mi vestido al suelo una plomada cuya cuerda correspondía en largo al de mi casaca, pero los brazos y la cintura, me los medí yo mismo. Cuando estuvo acabado mi traje, que hubo que hacer en mi misma casa, pues en la mayor de las suyas no hubiera cabido, tenía el aspecto de uno de esos trabajos de retacitos que hacen las señoras en Inglaterra, salvo que era todo de un mismo color.

Disponía yo de trescientos cocineros para que me aderezasen los manjares, alojados en pequeñas barracas convenientemente edificadas alrededor de mi casa, donde vivían con sus familias. Me preparaban dos platos cada uno. Cogía con la mano veinte camareros y los colocaba sobre la mesa, y un centenar más me servían abajo en el suelo, unos llevando platos de comida y otros barriles de vino y diferentes licores, cargados al hombro, todo lo cual subían los camareros de arriba, cuando yo lo necesitaba, en modo muy ingenioso, valiéndose de unas cuerdas, como nosotros subimos el cubo de un pozo en Europa. Cada plato de comida hacía por un buen bocado, y cada barril, por un trago razonable. Su corderocede al nuestro, pero su vaca es excelente. Una vez comí un lomo tan grande, que tuve que darle tres bocados; pero esto fue raro. Mis servidores se asombraban de verme comerlo con hueso y todo, como en nuestro país hacemos con las patas de las calandrias. Los gansos y los pavos me los comía de un bocado por regla general, y debo confesar que aventajan con mucho a los nuestros. De las aves más pequeñas podía coger veinte o treinta con la punta de mi navaja.

Un día, Su Majestad Imperial, informado de mi método de vida, expresó el deseo de tener él y de que tuviera su real consorte, así como los jóvenes príncipes de la sangre de ambos sexos, el gusto -como él se dignó decir- de comer conmigo. En consecuencia vinieron, y yo los coloqué en tronos dispuestos sobre mi mesa, justamente frente a mí,

rodeados de su guardia. Flimnap, gran tesorero, asistía allí de igual modo, en la mano el blanco bastón, insignia de su cargo, y observé que frecuentemente me miraba con agrio semblante, lo que hice ademán de no ver. Lejos de ello, comí más que de costumbre, en honor a mi querido país, así como para llenar de admiración a la corte. Tengo mis razones particulares para creer que esta visita de Su Majestad dio a Flimnap ocasión para hacerme malos oficios con su señor. Este ministro había sido siempre mi secreto enemigo, aunque exteriormente me halagaba más de lo que era costumbre en la aspereza de su genio. Pintó al monarca la triste situación de su tesoro: cómo se veía obligado a negociar empréstitos con gran descuento; cómo los vales reales no circularían a menos de nueve por ciento bajo la par; cómo, en fin, yo había costado a Su Majestad por encima de millón y medio de sprugs -la mayor moneda de oro de ellos, aproximadamente del tamaño de una lentejuela-, y, en resumidas cuentas, cuán prudente sería en el emperador aprovechar la primera ocasión favorable para deshacerse de mí.

Debo aquí vindicar la reputación de una distinguida dama que fue víctima inocente a costa mía. El tesorero dio en sentirse celoso de su mujer, por culpa de ciertas malas lenguas que le informaron de que su gracia había concebido una violenta pasión por mi persona, y durante algún tiempo cundió por la corte el escándalo de que ella había venido una vez secretamente a mi alojamiento. Declaro solemnemente que esto es una infame invención, sin ningún fundamento, fuera de que su gracia se dignaba tratarme con todas las inocentes muestras de confianza y amistad. Confieso que venía a menudo a mi casa, pero siempre públicamente y nunca sin tres personas más en el coche, que eran generalmente su hermana, su joven hija y alguna amistad particular; pero lo mismo hacían otras muchas damas de la corte. Y además apelo a todos mis criados para que digan si alguna vez vieron a mi puerta coche ninguno sin saber a qué personas llevaba. En tales ocasiones, cuando un criado me pasaba el anuncio, era mi costumbre salir inmediatamente a la puerta, y, luego de ofrecer mis respetos, tomar el coche y los dos caballos cuidadosamente en mis manos - porque si los caballos eran seis, el postillón desenganchaba cuatro siempre- y ponerlos encima de la mesa, donde había colocado yo un cerco desmontable todo alrededor, de cinco pulgadas de alto, para evitar accidentes. Con frecuencia he tenido al mismo tiempo cuatro coches con sus caballos sobre mi mesa, llena de visitantes, mientras yo, sentado en mi silla, inclinaba la cabeza hacia ellos; y cuando yo departía con un grupo, el cochero paseaba a los otros lentamente alrededor de la mesa. He pasado muchas tardes muy agradables en estas conversaciones; pero desafío al tesorero y a sus dos espías -se me antoja citarlos por sus nombres y allá se las hayan después-, Clustril y Drunlo, a que prueben que me visitó nunca nadie de incógnito, salvo el secretario Reldresal, que fue enviado por mandato expreso de Su Majestad Imperial, como antes he referido. No me hubiese detenido tanto en este particular a no tratarse de un punto que toca tan cerca a la reputación de una gran señora, para no decir nada de la mía propia, aunque yo tenía entonces el honor de ser nardac, lo que no es el tesorero, pues todo el mundo sabe que sólo es glumlum, título inferior en un grado, como el de marqués lo es al de duque en Inglaterra, aunque esto no quita para que yo reconozca que él estaba por encima de mí en razón de su cargo. Estos falsos informes, que llegaron después a mi conocimiento por un accidente de que no es oportuno hablar, hicieron que Flimnap, el tesorero, pusiera durante algún tiempo mala cara a su señora, y a mí peor; y aunque al fin se desengañó y se reconcilió con ella, yo perdí todo crédito con él y vi decaer rápidamente mi influencia con el mismo emperador, quien, sin duda, se dejaba influir demasiado por aquel favorito.

## Capítulo 7

*El autor, informado de que se pretende acusarle de alta traición, huye a Blefuscu. -Su recibimiento allí.*

Antes de proceder a dar cuenta de mi salida de este reino puede resultar oportuno enterar al lector de una intriga secreta que durante dos meses estuvo urdiéndose contra mí.

Yo, hasta entonces, había ignorado siempre lo que eran cortes, pues me inhabilitaba para relacionarme con ellas lo modesto de mi condición. Desde luego, había oído hablar y leído bastante acerca de las disposiciones de los grandes príncipes y los ministros; pero nunca esperé encontrarme con tan terribles efectos de ellas en un país tan remoto y regido, a b que yo suponía, por máximas muy diferentes de las de Europa.

Estaba disponiéndome yo para rendir homenaje al emperador de Blefuscu, cuando una persona significada de la corte -a quien yo una vez había servido muy bien, con ocasión de haber ella incurrido en el más profundo desagrado de Su Majestad Imperial- vino a mi casa muy secretamente, de noche, en una silla de mano, y, sin dar su nombre, pidió ser recibida. Despedidos los silleteros, me metí la silla con su señoría dentro, en el bolsillo de la casaca, y dando órdenes a un criado de confianza para que dijese que me sentía indispuesto y me había acostado, aseguré la puerta de mi casa, coloqué la silla de mano sobre la mesa, según era mi costumbre, y me senté al lado. Una vez que hubimos cambiado los saludos de rigor, como yo advirtiese gran preocupación en el semblante de su señoría y preguntase la razón de ello, me pidió que le escuchase con paciencia sobre un asunto que tocaba muy de cerca a mi honor y a mi vida. Su discurso fue así concebido, pues tomé notas de él tan pronto como quedé solo.

-Habéis de saber -dijo- que recientemente se han reunido varias comisiones de consejo con el mayor secreto y sois vos el motivo; y hace no más que dos días que Su Majestad ha tomado una resolución definitiva. Sabéis muy bien que Skyresh Bolgolam, galvet -o sea almirante-, ha sido vuestro mortal enemigo casi desde que llegasteis. No sé las razones en que se funde; pero su odio ha aumentado a partir de vuestra gran victoria contra Blefuscu, con la cual su gloria como almirante está muy oscurecida. Este señor, en unión de Flimnap, el gran tesorero -cuya enemiga contra vos es notoria a causa de su señora-; Limtoc, el general; Lalcon, el chambelán, y Balmull, el gran justicia, han redactado en contra vuestra artículos de acusación por traición y otros crímenes capitales.

Este prefacio me alteró en tales términos, consciente como estaba yo de mis merecimientos y mi inocencia, que estuve a punto de interrumpir, cuando él me suplicó que guardara silencio, y prosiguió de esta suerte:

-Llevado de la gratitud por los favores que me habéis dispensado, me procuré informes de todo el proceso y una copia de los artículos, con lo cual arriesgué mi cabeza en servicio vuestro.

ARTÍCULOS DE ACUSACIÓN CONTRA QUINBUS FLESTRIN (EL HOMBRE-MONTAÑA)

### *Artículo I*

«Que el citado Quibus Flestrin, habiendo traído la flota imperial de Blefusco al puerto real, y habiéndole después ordenado Su Majestad Imperial capturar todos los demás barcos del citado imperio de Blefusco y reducir aquel imperio a la condición de provincia, que gobernase un virrey nuestro, y destruir y dar muerte no sólo a todos los desterrados anchoextremistas, sino asimismo a toda la gente de aquel imperio que no abjurase inmediatamente de la herejía anchoextremista, él, el citado Flestrin, como un desleal traidor contra Su Muy Benigna y Serena Majestad Imperial, pidió ser excusado del citado servicio bajo el pretexto de repugnancia a forzar conciencias y a destruir las libertades y las vidas de pueblos inocentes.

### *Artículo II*

»Que siendo así que determinados embajadores llegaron de la corte de Blefusco a pedir paz a la corte de Su Majestad, el citado Flestrin, como un desleal traidor, ayudó, patrocinó, alentó y advirtió a los citados embajadores, aunque sabía que se trataba de servidores de un príncipe que recientemente había sido enemigo declarado de Su Majestad Imperial y estado en guerra declarada contra su citada Majestad.

### *Artículo III*

»Que el citado Quibus Flestrin, en contra de los deberes de todo súbdito fiel, se dispone actualmente a hacer un viaje a la corte e imperio de Blefusco, para lo cual sólo ha recibido permiso verbal de Su Majestad Imperial, y so color del citado permiso pretende deslealmente y traidoramente emprender el citado viaje, y, en consecuencia, ayudar, alentar y patrocinar al emperador de Blefusco, tan recientemente enemigo y en guerra declarada con Su Majestad Imperial antedicha.

»Hay algunos otros artículos, pero éstos son los mas importantes, y de ellos os he leído un extracto.

»En el curso de los varios debates habidos en esta acusación hay que reconocer que Su Majestad dio numerosas muestras de su gran benignidad, invocando con frecuencia los servicios que le habíais prestado y tratando de atenuar vuestros crímenes. El tesorero y el almirante insistieron en que se os debería dar la muerte más cruel e ignominiosa, poniendo fuego a vuestra casa durante la noche y procediendo el general con veinte mil hombres armados de flechas envenenadas a disparar contra vos, apuntando a la cara y a las manos. Algunos servidores vuestros debían recibir orden secreta de esparcir en vuestras camisas y sábanas un jugo venenoso que pronto os haría desgarrar vuestras propias carnes con vuestras manos y morir en la más espantosa tortura. El general se sumó a esta opinión, así que durante largo plazo hubo mayoría en contra vuestra; pero Su Majestad, resuelto a salvaros la vida si era posible, pudo por último disuadir al chambelán.

»Reldresal, secretario principal de Asuntos Privados, que siempre se proclamó vuestro amigo verdadero, fue requerido por el emperador para que expusiera su opinión sobre este punto, como así lo hizo, y con ello acreditó el buen concepto en que le tenéis. Convino en

que vuestros crímenes eran grandes, pero que, no obstante, había lugar para la gracia, la más loable virtud en los príncipes, y por la cual Su Majestad era tan justamente alabado. Dijo que la amistad entre vos y él era tan conocida en todo el mundo, que quizá el ilustrísimo tribunal tuviera su juicio por interesado. Sin embargo, obedeciendo al mandato que había recibido, descubriría libremente sus sentimientos. Si Su Majestad, en consideración a vuestros servicios y siguiendo su clemente inclinación, se dignara dejaros la vida y dar orden solamente de que os sacaran los dos ojos, él suponía, salvando los respetos, que con esta medida la justicia quedaría en cierto modo satisfecha y todo el mundo aplaudiría la benignidad del emperador, así como la noble y generosa conducta de quienes tenían el honor de ser sus consejeros. La pérdida de vuestros ojos -argumentaba él- no serviría de impedimento a vuestra fuerza corporal, con la que aun podíais ser útil a Su Majestad. La ceguera aumenta el valor ocultándonos los peligros, y el miedo que tuvisteis por vuestros ojos os fue la mayor dificultad para traer la flota enemiga. Y, finalmente, que os sería bastante ver por los ojos de los ministros, ya que los más grandes príncipes no suelen hacer de otro modo.

»Esta proposición fue acogida con la desaprobación mas completa por toda la Junta. Bolgolam, el almirante, no pudo contener su cólera, antes bien, levantándose enfurecido, dijo que se admiraba de cómo un secretario se atrevía a dar una opinión favorable a que se respetase la vida de un traidor, que los servicios que habíais hecho eran, según todas las verdaderas razones de Estado, la mayor agravación de vuestros crímenes; que la misma fuerza que os permitió traer la flota enemiga podría servir para devolverla al primer motivo de descontento; que tenía firmes razones para pensar que erais un estrechoextremista en el fondo de vuestro corazón, y que, como la traición comienza en el corazón antes de manifestarse en actos descubiertos, él os acusaba de traidor con este motivo, e insistía, por tanto, en que se os diera la muerte.

»El tesorero fue de la misma opinión. Expuso a qué estrecheces se veían reducidas las rentas de Su Majestad por la carga de manteneros, que pronto habría llegado a ser insoportable, y aun añadió que la medida propuesta por el secretario, de sacaros los ojos, lejos de remediar este mal lo aumentaría, como lo hace manifiesto la práctica acostumbrada de cegar a cierta clase de aves, que así comen más de prisa y engordan más pronto. A su juicio, Su Sagrada Majestad y el Consejo, que son vuestros jueces, estaban en conciencia plenamente convencidos de vuestra culpa, lo que era suficiente argumento para condenaros a muerte sin las pruebas formales requeridas por la letra estricta de la ley.

»Pero Su Majestad Imperial, resueltamente dispuesto en contra de la pena capital, se dignó graciosamente decir que, cuando al Consejo le pareciese la pérdida de vuestros ojos un castigo demasiado suave, otros había que poderos infligir después. Y vuestro amigo el secretario, pidiendo humildemente ser oído otra vez, en respuesta a lo que el tesorero había objetado en cuanto a la gran carga que pesaba sobre su Majestad con manteneros, dijo que Su Excelencia, que por sí solo disponía de las rentas del emperador, podía fácilmente prevenir este mal con ir aminorando vuestra asignación, de modo que, falto de alimentación suficiente, fuerais quedándoos flojo y extenuado, perderais el apetito y os consumirais en pocos meses. Tampoco sería entonces -tan peligroso el hedor de vuestro cadáver, reducido como estaría a menos de la mitad; e inmediatamente después de vuestra muerte, cinco o seis mil súbditos de Su Majestad podían en dos o tres días quitar toda vuestra carne de

vuestros huesos, transportarla a carretadas y enterrarla en diferentes sitios para evitar infecciones, dejando el esqueleto como un monumento de admiración para la posteridad.

»De este modo, gracias a la gran amistad del secretario, quedó concertado el asunto. Se encargó severamente que el proyecto de mataros de hambre poco a poco se mantuviera secreto; pero la sentencia de sacaros los ojos había de trasladarse a los libros; no disintiendo ninguno, excepto Bolgolam, el almirante, quien, hechura de la emperatriz, era continuamente instigado por ella para insistir en vuestra muerte.

»En un plazo de tres días vuestro amigo el secretario recibirá el encargo de venir a vuestra casa y leeros los artículos de acusación, y luego daros a conocer la gran clemencia y generosidad de Su Majestad y de su Consejo, gracias a la cual se os condena solamente a la pérdida de los ojos, a lo que Su Majestad no duda que os someteréis agradecida y humildemente. Veinte cirujanos de Su Majestad, para que la operación se lleve a efecto de buen modo, procederán a descargaros afiladísimas flechas en las niñas de los ojos estando vos tendido en el suelo.

»Dejo a vuestra prudencia qué medidas debéis tomar; y, para evitar sospechas, me vuelvo inmediatamente con el mismo secreto que he venido.»

Así lo hizo su señoría, y yo quedé solo, sumido en dudas y perplejidades.

Era costumbre introducida por este príncipe y su Ministerio -muy diferente, según me aseguraron, de las prácticas de tiempos anteriores- que una vez que la corte había decretado una ejecución cruel fuese para satisfacer el resentimiento del monarca o la mala intención de un favorito-, el emperador pronunciase un discurso a su Consejo en pleno exponiendo su gran clemencia y ternura, cualidades sabidas y confesadas por el mundo entero. Este discurso se publicaba inmediatamente por todo el reino, y nada aterraba al pueblo tanto como estos encomios de la clemencia de Su Majestad, porque se había observado que cuando más se aumentaban estas alabanzas y se insistía en ellas, más inhumano era el castigo y más inocente la víctima. Y en cuanto a mí, debo confesar que, no estando designado para cortesano ni por nacimiento ni por educación, era tan mal juez en estas cosas, que no pude descubrir la clemencia ni la generosidad de esta sentencia; antes bien, la juzgué -quizá erróneamente- más rigurosa que suave. A veces pensaba en tomar mi defensa en el proceso; pues, aun cuando no podía negar los hechos alegados en los varios artículos, confiaba en que pudieran admitir alguna atenuación. Pero habiendo examinado en mi vida atentamente muchos procesos de Estado y visto siempre que terminaban según a los jueces convenía, no me atreví a confiarme a tan peligrosa determinación en coyuntura tan crítica y frente a enemigos tan poderosos. En una ocasión me sentí fuertemente inclinado a la resistencia, ya que, estando en libertad como estaba, difícilmente hubiera podido someterme toda la fuerza de aquel imperio, y yo podía sin trabajo hacer trizas a pedradas la metrópoli; pero en seguida rechacé este proyecto con horror al recordar el juramento que había hecho al emperador, los favores que había recibido de él y el alto título de nardac que me había conferido. No había aprendido la gratitud de los cortesanos tan pronto que pudiera persuadirme a mí mismo de que las presentes severidades de Su Majestad me relevaban de todas las obligaciones anteriores.

Por fin tomé una resolución que es probable que me valga algunas censuras, y no injustamente, pues confieso que debo el conservar mis ojos, y por lo tanto mi libertad, a mi grande temeridad y falta de experiencia; porque si yo hubiese conocido entonces la naturaleza de los príncipes y los ministros como luego la he observado en otras muchas cortes, y sus sistemas de tratar a criminales menos peligrosos que yo, me hubiera sometido a pena tan suave con gran alegría y diligencia. Pero empujado por la precipitación de la juventud y disponiendo del permiso de Su Majestad Imperial para rendir homenaje al emperador de Blefuscu, aproveché esta oportunidad antes de que transcurriesen los tres días para enviar una carta a mi amigo el secretario comunicándole mi resolución de partir aquella misma mañana para Blefuscu, ateniéndome a la licencia que había recibido; y sin aguardar respuesta, marché a la parte de la isla donde estaba nuestra flota. Cogí un gran buque de guerra, até un cable a la proa, y después de levar anclas me desnudé, puse mis ropas -juntas con mi colcha, que me había llevado bajo el brazo- en el buque, y, tirando de él, ya vadeando, ya nadando, llegué al puerto de Blefuscu, donde las gentes llevaban esperándome largo tiempo.

Me enviaron dos guías para que me encaminasen a la capital que lleva el mismo nombre. Los llevé en las manos hasta que llegué a doscientas yardas de las puertas y les rogué que comunicasen mi llegada a uno de los secretarios y le hiciesen saber que esperaba allí las órdenes de Su Majestad. Al cabo de una hora obtuve respuesta de que Su Majestad, acompañado de la familia real y de los magnates de la corte, salía a recibirme. Avancé cien yardas. El emperador y su comitiva se apearon de sus caballos, la emperatriz y las damas de sus coches, y no advertí en ellos temor ni inquietud alguna. Me acosté en el suelo para besar la mano de Su Majestad y de la emperatriz. Dije a Su Majestad que había ido en cumplimiento de mi promesa y con permiso del emperador, mi dueño, a tener el honor de ver a un monarca tan poderoso y de ofrecerle cualquier servicio de que yo fuese capaz y se aviniese con mis deberes hacia mi propio príncipe, no diciendo una palabra acerca de la desgracia en que había caído, puesto que a la sazón no tenía yo informes oficiales de ella y podía fingirme por completo ignorante de tal designio. Ni tampoco podía razonablemente pensar que el emperador descubriese el secreto estando yo fuera de su alcance, en lo que no obstante, bien pronto pude echar de ver que me engañaba.

No he de molestar al lector con la relación detallada de mi recibimiento en esta corte, que fue como convenía a la generosidad de tan gran príncipe, ni las dificultades en que me encontré por falta de casa y lecho, y que me redujeron a dormir en el suelo envuelto en mi colcha.

## Capítulo 8

*El autor, por un venturoso accidente, encuentra modo de abandonar Blefuscu. -Después de varias dificultades, vuelve sano y salvo a su país natal.*

Tres días después de mi llegada, paseando por curiosidad hacia la costa nordeste de la isla, descubrí, como a media legua dentro del mar, algo que parecía como un bote volcado. Me quité los zapatos y las medias, y, vadeando dos o trescientas yardas, vi que el objeto iba



aproximándose por la fuerza de la marea, y luego reconocí claramente ser, en efecto, un bote, que supuse podría haber arrastrado de un barco alguna tempestad. Con esto, volví inmediatamente a la ciudad y supliqué a Su Majestad Imperial que me prestase veinte de las mayores embarcaciones que le quedaron después de la pérdida de su flota y tres mil marineros, bajo el mando del vicealmirante. Esta flota se hizo a la vela y avanzó costeano, mientras yo volvía por el camino más corto al punto desde donde primero descubriera el bote; encontré que la marea lo había acercado más todavía. Todos los marineros iban provistos de cordaje que yo de antemano había trenzado para darle suficiente resistencia. Cuando llegaron los barcos me desnudé y vadeé hasta acercarme como a cien yardas del bote, después de lo cual tuve que nadar hasta alcanzarlo. Los marineros me arrojaron el cabo de la cuerda, que yo amarré a un agujero que tenía el bote en su parte anterior, y até el otro cabo a un buque de guerra. Pero toda mi tarea había sido inútil, pues como me cubría el agua no podía trabajar. En este trance me vi forzado a nadar detrás y dar empujones al bote hacia adelante lo más frecuentemente que podía con una de las manos; y como la marea me ayudaba, avancé tan de prisa, que en seguida hice pie y pude sacar la cabeza. Descansé dos o tres minutos y luego di al bote otro empujón, y así continué hasta que el agua no me pasaba de los sobacos; y entonces, terminada ya la parte más trabajosa, tomé los otros cables, que estaban colocados en uno de los buques, y los amarré primero al bote y después a nueve de los navíos que me acompañaban. El viento nos era favorable, y los marineros remolcaron y yo empujé hasta que llegamos a cuarenta yardas de la playa, y, esperando a que bajase la marea, fuí a pie enjuto adonde estaba el bote, y con la ayuda de dos mil hombres con cuerdas y máquinas me di traza para restablecerlo en su posición normal, y vi que sólo estaba un poco averiado.

No he de molestar al lector relatando las dificultades en que me hallé para, con ayuda de ciertos canaletes, cuya hechura me llevó diez días, conducir mi bote al puerto real de Blefuscu, donde se reunió a mi llegada enorme concurrencia de gentes, llenas del asombro en presencia de embarcación tan colosal. Dije al emperador que mi buena fortuna había puesto este bote en mi camino como para trasladarme a algún punto desde donde pudiese volver a mi tierra natal, y supliqué de Su Majestad órdenes para que se me facilitasen materiales con que alistarlo, así como su licencia para partir, lo que después de algunas reconvenções de cortesía se dignó concederme.

En todo este tiempo se me hacía maravilla no tener noticia de que nuestro emperador hubiese enviado algún mensaje referente a mí a la corte de Blefuscu; pero después me hicieron saber secretamente que Su Majestad Imperial, no imaginando que yo tuviera el menor conocimiento de su propósito, creía que sólo había ido a Blefuscu en cumplimiento de mi promesa, de acuerdo con el permiso que él me había dado y era notorio en nuestra corte, y que regresaría a los pocos días, cuando la ceremonia terminase. Mas sintióse, al fin, inquietado por mi larga ausencia, y, luego de consultar con el tesorero y el resto de aquella cábala, se despachó a una persona de calidad con la copia de los artículos dictados en contra mía. Este enviado llevaba instrucciones para exponer al monarca de Blefuscu la gran clemencia de su señor, que se contentaba con castigarme no más que a la pérdida de los ojos, así como que yo había huido de la justicia y sería despojado de mi título de nardac y declarado traidor si no regresaba en un plazo de dos horas. Agregó además el enviado que su señor esperaba que, a fin de mantener la paz y la amistad entre los dos imperios, su

hermano de Blefuscu daría orden de que me devolviesen a Lilibut sujeto de pies y manos, para ser castigado como traidor.

El emperador de Blefuscu, que se tomó tres días para consultar, dio una respuesta consistente en muchas cortesías y excusas. Decía que por lo que tocaba a enviarme atado, su hermano sabía muy bien que era imposible; que aun cuando yo le había despojado de su flota, no obstante, él me estaba muy obligado por los muchos buenos oficios que le había dispensado al concertarse la paz; que, sin embargo, sus dos majestades podían quedar pronto tranquilas, por cuanto yo había encontrado en la costa una colosal embarcación capaz de llevarme por mar, la cual había él dado orden de alistar con mi propia ayuda y dirección, y así confiaba en que dentro de pocas semanas ambos imperios se verían libres de carga tan insoportable.

Con esta respuesta se volvió a Lilibut el enviado. El monarca de Blefuscu me refirió todo lo acontecido, ofreciéndome al mismo tiempo -pero en el seno de la más estrecha confianza- su graciosa protección si quería continuar a su servicio. Pero en este punto, aun cuando yo creía sus palabras sinceras, resolví no volver a depositar confianza en príncipes ni ministros mientras me fuera posible evitarlo; y así, con todo el reconocimiento debido a sus generosas intenciones, le supliqué humildemente que me excusase. Le dije que ya que la fortuna, por bien o por mal, había puesto una embarcación en mi camino, estaba resuelto a aventurarme en el Océano antes que ser ocasión de diferencias entre dos monarcas tan poderosos. Tampoco encontré que el emperador mostrase el menor disgusto, y descubrí, gracias a cierto incidente, que estaba muy contento de mi resolución, lo mismo que la mayor parte de sus ministros.

Estas consideraciones me movieron a apresurar mi marcha algo más de lo que yo tenía pensado; a lo que la corte, impaciente por verme partir, contribuyó con gran diligencia. Se dedicaron quinientos obreros a hacer dos velas para mi bote, según instrucciones mías, disponiendo en trece dobleces el más fuerte de sus lienzos. Pasé grandes trabajos para hacer cuerdas y cables, trenzando diez, veinte o treinta de los más fuertes de los suyos. Una gran piedra que vine a hallar después de larga busca por la playa me sirvió de ancla. Me dieron el sebo de trescientas vacas para engrasar el bote y para otros usos. Pasé trabajos increíbles para cortar algunos de los mayores árboles de construcción con que hacerme remos y mástiles, tarea en que me auxiliaron mucho los armadores de Su Majestad, ayudándome a alisarlos una vez que yo había hecho el trabajo más duro.

Transcurrido como un mes, cuando todo estuvo dispuesto, envié a ponerme a las órdenes del emperador y a pedirle licencia para partir. El emperador y la familia real salieron del palacio; me acosté, juntando la cara al suelo, para besar su mano, que él muy graciosamente me alargó, y otro tanto hicieron la emperatriz y los jóvenes príncipes de la sangre. Su Majestad me obsequió con cincuenta bolsas de a doscientos sprugs cada una, con más un retrato suyo de tamaño natural, que yo coloqué inmediatamente dentro de uno de mis guantes para que no se estropeara. Las ceremonias que se celebraron a mi partida fueron demasiadas para que moleste ahora al lector con su relato.

Abastecí el bote con un centenar de bueyes y trescientos carneros muertos, pan y bebida en proporción y tanta carne ya aderezada como pudieron procurarme cuatrocientos

cocineros. Tomé conmigo seis vacas y dos toros vivos, con otras tantas ovejas y moruecos, proyectando llevarlos a mi país y propagar la casta. Y para alimentarlos a bordo cogí un buen haz de heno y un saco de grano. De buena gana me hubiese llevado una docena de los pobladores pero ésta fue cosa que el emperador no quiso en ningún modo permitir; y además de un diligente registro que en mis bolsillos se practicó, Su Majestad me hizo prometer por mi honor que no me llevaría a ninguno de sus súbditos, a menos que mediase su propio consentimiento y deseo.

Preparado así todo lo mejor que pude, me di a la vela el 24 de septiembre de 1701, a las seis de la mañana; y cuando había andado unas cuatro leguas en dirección Norte, con viento del Sudeste, a las seis de la tarde divisé una pequeña isla, como a obra de media legua al Noroeste. Avancé y eché el ancla en la costa de sotavento de la isla, que parecía estar inhabitada. Tomé algún alimento y me dispuse a descansar. Dormí bien y, según calculé, seis horas por lo menos, pues el día empezó a clarear a las dos horas de haberme despertado. Hacía una noche clara. Tomé mi desayuno antes de que saliera el sol, y levando ancla, con viento favorable, tomé el mismo rumbo que había llevado el día anterior, en lo que me guié por mi brújula de bolsillo. Era mi intención arribar, a ser posible, a una de las islas que yo tenía razones para creer que había al Nordeste de la tierra de Van Dieme. En todo aquel día no descubrí nada; pero el siguiente, sobre las tres de la tarde, cuando, según mis cálculos, había hecho veinticuatro leguas desde Blefuscu, divisé una vela que navegaba hacia el Sudeste; mi rumbo era Levante. La saludé a la voz, sin obtener respuesta; aprecié, no obstante, que le ganaba distancia, porque amainaba el viento. Tendí las velas cuanto pude, y a la media hora, habiéndome divisado, enarboló su enseña y disparé un cañonazo. No es fácil de expresar la alegría que experimenté ante la inesperada esperanza de volver a ver a mi amado país y a las prendas queridas que en él había dejado. Amainó el navío sus velas, y yo le alcancé entre cinco y seis de la tarde del 26 de septiembre; el corazón me saltaba en el pecho viendo su bandera inglesa. Me metí las vacas y los carneros en los bolsillos de la casaca y salté a bordo con todo mi pequeño cargamento de provisiones. El navío era un barco mercante inglés que volvía del Japón por los mares del Norte y del Sur, y su capitán, Mr. John Biddel, de Deptford, hombre muy amable y marinero excelente. Nos hallábamos a la sazón a la latitud de 30 grados Sur; había unos cincuenta hombres en el barco y allí encontré a un antiguo camarada mío, un tal Peter Williams, que me recomendó muy bien al capitán. Este caballero me trató con toda cortesía y me rogó que le diese a conocer cuál era el sitio de donde venía últimamente y adónde debía dirigirme, lo que yo hice en pocas palabras; pero él pensó que yo desvariaba y que los peligros porque había pasado me habían vuelto el juicio. Entonces saqué del bolsillo mi ganado vacuno y mis carneros, y por ellos, después de asombrarse grandemente, quedó del todo convencido de mi veracidad. Le enseñé después el oro que me había dado el emperador de Blefuscu, así como el retrato de tamaño natural de Su Majestad y algunas otras curiosidades de aquel país. Le di dos bolsas de doscientos sprugs, y le prometí que en llegando a Inglaterra le regalaría una vaca y una oveja preñadas.

No he de molestar al lector con la relación detallada de este viaje, que fue en su mayor parte muy próspero. Llegamos a las Dunas el 13 de abril de 1702. Sólo tuve una desgracia, y fue que las ratas de a bordo me llevaron uno de los dos carneros; encontré sus huesos en un agujero, completamente mondados de carne. El resto de mi ganado lo saqué salvo a tierra y le di a pastar en una calle de césped de los jardines de Greenwich, donde la finura

de la hierba les hizo comer con muy buena gana, en contra de lo que yo había temido. Y tampoco me hubiera sido posible conservarlo durante tan largo viaje si el capitán no me hubiese cedido parte de su mejor bizcocho, que, reducido a polvo y amasado con agua, fue su alimento constante. El poco tiempo que estuve en Inglaterra, obtuve considerable provecho de enseñar mi ganado a numerosas personas de calidad y a otras, y antes de emprender mi segundo viaje lo vendí por seiscientas libras. A mi último regreso he encontrado que la casta ha aumentado considerablemente, especialmente los carneros; y espero que ello será muy en ventaja de la manufactura lanera, a causa de la finura del vellón.

Sólo estuve dos meses con mi mujer y mis hijos, pues mi deseo insaciable de ver países extraños no podía permitirme continuar más. Dejé a mi mujer mil quinientas libras y la instalé en una buena casa de Recriff. El resto de mis reservas lo llevé conmigo, parte en dinero, parte en mercancías, con esperanza de aumentar mi fortuna. El mayor de mis tíos, Juan, me había dejado una hacienda en tierras, cerca de Epping, de unas treinta libras al año, y yo tenía un buen arrendamiento del Black Bull en Fetter Lane, que me rendía otro tanto; así que no corría el peligro de dejar mi gente a la caridad de la parroquia.

Mi hijo Juanito, que se llamaba así por su tío, estaba en la Escuela de Gramática y era aún muchacho. Mi hija Betty -hoy casada y con hijos- aprendía entonces a bordar. Me despedí de mi mujer, mi niño y mi niña, con lágrimas por ambas partes, y pasé a bordo del *Adventure*, barco mercante de trescientas toneladas, destinado para Surat, mandado por el capitán John Nicholas, de Liverpool.

Pero la relación de esta travesía debo remitirla a la segunda parte de mis viajes.

### **Fin de la Primera Parte**

Jonathan Swift  
**Viajes de Gulliver**

Segunda Parte

*Un viaje a Brobdingnag*

## Capítulo 1

*Descripción de una gran tempestad. -Envían la lancha en busca de agua: el autor va en ella a hacer descubrimientos en el país. -Le dejan en la playa; es apresado por uno de los naturales y llevado a casa de un labrador. -Su recibimiento allí, con varios incidentes que le acontecieron. -Descripción de los habitantes.*

Condenado por mi naturaleza y por mi suerte a una vida activa y sin reposo, dos meses después de mi regreso volví a dejar mi país natal y me embarqué en las Dunas el 20 de junio de 1702, a bordo del *Adventure*, navío mandado por el capitán John Nicholas, de Liverpool, y destinado para Surat. Tuvimos muy buen viento hasta que llegamos al Cabo de Buena Esperanza, donde tomamos tierra para hacer aguada; pero habiéndose abierto una vía de agua en el navío, desembarcamos nuestras mercancías e invernamos allí, pues atacado el capitán de una fiebre intermitente, no pudimos dejar el Cabo hasta fines de marzo. Entonces nos dimos a la vela, y tuvimos buena travesía hasta pasar los estrechos de Madagascar; pero ya hacia el Norte de esta isla, y a cosa de cinco grados Sur de latitud, los vientos, que se ha observado que en aquellos mares soplan constantes del Noroeste desde principios de diciembre hasta principios de mayo, comenzaron el 9 de abril a soplar con violencia mucho mayor y más en dirección Oeste que de costumbre. Siguieron así por espacio de veinte días, durante los cuales fuimos algo arrastrados al Este de las islas Molucas y unos tres grados hacia el Norte de la línea, según comprobó nuestro capitán por observaciones hechas el 2 de mayo, tiempo en que el viento cesó y vino una calma absoluta, de la que yo me regocijé no poco. Pero el patrón, hombre experimentado en la navegación por aquellos mares, nos previno para que nos dispusiéramos a guardarnos de la tempestad, que, en efecto, se desencadenó al día siguiente, pues empezó a formalizarse el viento llamado monzón del Sur.

Creendo que la borrasca pasaría, cargamos la cebadera y nos dispusimos para aferrar el trinquete; pero, en vista de lo contrario del tiempo, cuidamos de sujetar bien las piezas de artillería y aferramos la mesana. Como estábamos muy enmarados, creímos mejor correr el tiempo con mar en popa que no capear o navegar a palo seco. Rizamos el trinquete y lo cazamos. El timón iba a barlovento. El navío se portaba bravamente. Largamos la cargadera de trinquete; pero la vela se rajó y arriamos la verga; y una vez dentro la vela, la desaparejamos de todo su laboreo. La tempestad era horrible; la mar se agitaba inquietante y amenazadora. Se afirmaron los aparejos reales y reforzamos el servicio del timón. No calamos los masteleros, sino que los dejamos en su lugar, porque el barco corría muy bien con mar en en popa y sabíamos que con los masteleros izados el buque no sufría y surcaba el mar sin riesgo. Cuando pasó la tempestad largamos el nuevo trinquete y nos pusimos a la capa; luego largamos la mesana, la gavia y el velacho. Llevábamos rumbo Nordeste con viento Sudoeste. Amuramos a estribor, saltamos las brazas y amantillos de barlovento,

cazamos las brazas de sotavento, halamos de las bolinas y las amarramos; se amuró la mesana y gobernamos a buen viaje en cuanto nos fue posible.

Durante esta tempestad, a la que siguió un fuerte vendaval Oeste, fuimos arrastrados, según mi cálculo, a unas quinientas leguas al Este; así, que el marinero más viejo de los que estaban a bordo no podía decir en qué parte del mundo nos hallábamos. Teníamos aún bastantes provisiones, nuestro barco estaba sano de quilla y costados y toda la tripulación gozaba de buena salud; pero sufríamos la más terrible escasez de agua. Creímos mejor seguir el mismo rumbo que no virar más hacia el Norte, pues esto podría habernos llevado a las regiones noroeste de la Gran Tartaria y a los mares helados.

El 16 de junio de 1703 un grumete descubrió tierra desde el mastelero. El 17 dimos vista de lleno a una gran isla o continente -que no sabíamos cuál de ambas cosas fuera-, en cuya parte sur había una pequeña lengua de tierra que avanzaba en el mar y una ensenada sin fondo bastante para que entrase un barco de más de cien toneladas. Echamos el ancla a una legua de esta ensenada, y nuestro capitán mandó en una lancha a una docena de hombres bien armados con vasijas para agua, por si pudieran encontrar alguna. Le pedí licencia para ir con ellos, a fin de ver el país y hacer algún descubrimiento a serme posible. Al llegar a tierra no hallamos río ni manantial alguno, así como tampoco señal de habitantes. En vista de ello, nuestros hombres recorrieron la playa en varios sentidos para ver si encontraban algo de agua dulce cerca del mar, y yo anduve solo sobre una milla por el otro lado, donde encontré el suelo desnudo y rocoso. Empecé a sentirme cansado, y no diviso nada que despertase mi curiosidad, emprendí despacio el regreso a la ensenada; como tenía a la vista el mar, pude advertir que nuestros hombres habían reembarcado en el bote y remaban desesperadamente hacia el barco. Ya iba a gritarles, aunque de nada hubiera servido, cuando observé que iba tras ellos por el mar una criatura enorme corriendo con todas sus fuerzas. Vadeaba con agua poco más que a la rodilla y daba zancadas prodigiosas; pero nuestros hombres le habían tomado media legua de delantera, y como el mar por aquellos contornos estaba lleno de rocas puntiagudas, el monstruo no pudo alcanzar el bote. Esto me lo dijeron más tarde, porque yo no osé quedarme allí para ver el desenlace de la aventura; antes al contrario, tomé a todo correr otra vez el camino que antes había llevado y trepé a un escarpado cerro desde donde se descubría alguna perspectiva del terreno. Estaba completamente cultivado; pero lo que primero me sorprendió fue la altura de la hierba, que en los campos que parecían destinarse para heno alcanzaba unos veinte pies de altura.

Fuí a dar en una carretera, que por tal la tuve yo, aunque a los habitantes les servía sólo de vereda a través de un campo de cebada. Anduve por ella algún tiempo sin ver gran cosa por los lados, pues la cosecha estaba próxima y la mies levantaba cerca de cuarenta pies. Me costó una hora llegar al final de este campo, que estaba cercado con un seto de lo menos ciento veinte pies de alto; y los árboles eran tan elevados, que no pude siquiera calcular su altura. Había en la cerca para pasar de este campo al inmediato una puerta con cuatro escalones para salvar el desnivel y una piedra que había que trasponer cuando se llegaba al último. Me fue imposible trepar esta gradería, porque cada escalón era de seis pies de alto, y la piedra última, de más de veinte. Andaba yo buscando por el cercado algún boquete, cuando descubrí en el campo inmediato, avanzando hacia la puerta, a uno de los habitantes, de igual tamaño que el que había visto en el mar persiguiendo nuestro bote. Parecía tan alto como un campanario de mediana altura y avanzaba de cada zancada unas

diez yardas por lo que pude apreciar. Sobrecogido de terror y asombro, corrí a esconderme entre la mies, desde donde le vi detenerse en lo alto de la escalera y volverse a mirar al campo inmediato hacia la derecha, y le oí llamar con una voz muchísimo más potente que si saliera de una bocina; pero el ruido venía de tan alto, que al pronto creí ciertamente que era un trueno. Luego de esto, siete monstruos como él se le aproximaron llevando en las manos hoces, cada una del grandor de seis guadañas. Estos hombres no estaban tan bien ataviados como el primero y debían de ser sus criados o trabajadores, porque a algunas palabras de él se dirigieron a segar la mies del campo en que yo me hallaba. Me mantenía de ellos a la mayor distancia que podía, aunque para moverme encontraba dificultad extrema porque los tallos de la mies no distaban más de un pie en muchos casos, de modo que apenas podía deslizar mi cuerpo entre ellos. No obstante, me di traza para ir avanzando hasta que llegué a una parte del campo en que la lluvia y el viento habían doblado la mies. Aquí me fue imposible adelantar un paso, pues los tallos estaban de tal modo entretrejidos, que no podía escurrirme entre ellos, y las aristas de las espigas caídas eran tan fuertes y puntiagudas, que a través de las ropas se me clavaban en las carnes. Al mismo tiempo oía a los segadores a no más de cien yardas tras de mí. Por completo desalentado en la lucha y totalmente rendido por la pesadumbre y la desesperación, me acosté entre dos caballones, deseando muy de veras encontrar allí el término de mis días. Lloré por mi viuda desolada y por mis hijos huérfanos de padre; lamenté mi propia locura y terquedad al emprender un segundo viaje contra el consejo de todos mis amigos y parientes. En medio de esta terrible agitación de ánimo, no podía por menos de pensar en Liliput, cuyos habitantes me miraban como el mayor prodigio que nunca se viera en el mundo, donde yo había podido llevarme de la mano una flota imperial y realizar aquellas otras hazañas que serán recordadas por siempre en las crónicas de aquel imperio y que la posteridad se resistirá a creer, aunque atestiguadas por millones de sus antecesores. Reflexionaba yo en la mortificación que para mí debía representar aparecer tan insignificante en esta nación como un simple liliputiense aparecería entre nosotros; pero ésta pensaba que había de ser la última de mis desdichas, pues si se ha observado en las humanas criaturas que su salvajismo y crueldad están en proporción de su corpulencia, ¿qué podía yo esperar sino ser engullido por el primero de aquellos enormes bárbaros que acertase a atraparme? Indudablemente los filósofos están en lo cierto cuando nos dicen que nada es grande ni pequeño sino por comparación. Pudiera cumplir a la suerte que los liliputienses encontrasen alguna nación cuyos pobladores fuesen tan diminutos respecto de ellos como ellos respecto de nosotros. ¿Y quién sabe si aun esta enorme raza de mortales será igualmente aventajada en alguna distante región del mundo ignorada por nosotros todavía?

Amedrentado y confuso como estaba, no podía por menos de hacerme estas reflexiones, cuando uno de los segadores, habiéndose acercado a diez yardas del caballón tras el que yo yacía, me hizo caer en que a otro paso que diera me despachurraría con el pie o me dividiría en dos pedazos con su hoz, y, en consecuencia, cuando estaba a punto de moverse, grité todo lo fuerte que el miedo podía hacerme gritar. Entonces la criatura enorme se adelantó un poco, y, mirando por bajo y alrededor de sí algún tiempo, me divisó tendido en el suelo por fin. Me consideró un rato, con la precaución de quien se propone echar mano a una sabandija peligrosa de tal modo que no pueda arañarle ni morderle, como yo tengo hecho tantas veces con las comadreas en Inglaterra. Por último, se atrevió a alzarme, cogiéndome por la mitad del cuerpo con el índice y el pulgar, y me llevó a tres yardas de los ojos para poder apreciar mi figura más detalladamente. Adiviné su intención, y mi buena fortuna me

dio tanta presencia de ánimo, que me resolví a no resistirme lo más mínimo cuando me sostenía en el aire, a unos sesenta pies del suelo, aunque me apretaba muy dolorosamente los costados por temor de que me escurriese de entre sus dedos. Todo lo que me atreví a hacer fue levantar los ojos al cielo, juntar las manos en actitud suplicante y pronunciar algunas palabras en tono humilde y melancólico, adecuado a la situación en que me hallaba, pues temía a cada momento que me estrellase contra el suelo, como es uso entre nosotros cuando queremos dar fin de alguna sabandija. Pero quiso mi buena estrella que pareciesen gustarle mi voz y mis movimientos y empezase a mirarme como una curiosidad, muy asombrado de oírme pronunciar palabras articuladas, aunque no pudiese entenderlas. En tanto, no dejaba yo de gemir y verter lágrimas, y, volviendo la cabeza hacia los lados, darle a entender como me era posible cuán cruelmente me dañaba la presión de sus dedos. Pareció que se daba cuenta de lo que quería decirle, porque levantándose un faldón de la casaca me colocó suavemente en él e inmediatamente echó a correr conmigo en busca de su amo, que era un acaudalado labrador y el mismo a quien yo había visto primeramente en el campo.

El labrador, a quien, según deduje por los hechos, su servidor había dado acerca de mí las explicaciones que había podido, tomó una pajita, del tamaño de un bastón aproximadamente, y con ella me alzó los faldones, que parecía tener por una especie de vestido que la Naturaleza me hubiese dado. Me sopló los cabellos hacia los lados, para mejor verme la cara. Llamó a sus criados y les preguntó -por lo que supe después- si habían visto alguna vez en los campos bicho que se me pareciese. Luego me dejó blandamente en el suelo, a cuatro pies; pero yo me levanté inmediatamente y empecé a ir y venir despacio, para que aquella gente viese que no tenía intención de escaparme. Ellos se sentaron en círculo a mi alrededor a fin de observar mejor mis movimientos. Yo me quité el sombrero e hice al labrador una inclinación profunda; caí de rodillas, y alzando al cielo las manos y los ojos pronuncié varias palabras todo lo fuerte que pude, y me saqué de la faltriquera una bolsa de oro, que le ofrecí humildemente. La recibió en la palma de la mano, se la acercó al ojo para ver lo que era y luego la volvió varias veces con la punta de un alfiler que se había quitado de la solapa, sin lograr nada con ello. Le hice entonces seña de que pusiera la mano en el suelo; tomé la bolsa, y luego de abrirla le derramé todo el oro en la palma. Había seis piezas españolas de a cuatro pistolas cada una, aparte de veinte o treinta monedas más pequeñas. Le vi humedecerse la punta del dedo pequeño con la lengua y alzar una de las piezas más grandes y luego otra, pero aparentando ignorar por completo lo que fuesen. Me hizo seña de que volviese de nuevo las monedas a la bolsa y la bolsa a la faltriquera, partido que acabé por tomar después de renovar repetidas veces mi ofrecimiento.

A la sazón debía de estar ya el hacendado convencido de que yo era un ser racional. Me hablaba a menudo; pero el ruido de su voz me lastimaba los oídos como el de una aceña, aunque articulaba las palabras bastante bien. Le respondí lo más fuerte que pude en varios idiomas, y él frecuentemente inclinaba el oído hasta dos yardas de mí; pero todo fue en vano, porque éramos por completo ininteligibles el uno para el otro. Mandó luego a los criados a su trabajo, y sacando su pañuelo del bolsillo lo dobló y se lo tendió en la mano izquierda, que puso de plano en el suelo con la palma hacia arriba, al mismo tiempo que me hacía señas para que me subiese en ella, lo que pude hacer con facilidad porque no tenía más de un pie de grueso. Entendí que mi único camino era obedecer, y por miedo a caerme me tumbé a la larga sobre el pañuelo, con cuyo sobrante él me envolvió hasta la cabeza



para mayor seguridad, y de este modo me llevó a su casa. Una vez allí llamó a su mujer y me mostró a ella, que dio un grito y echó a correr como las mujeres en Inglaterra a la presencia de un sapo o de una araña. No obstante, cuando hubo visto mi comportamiento un rato y lo bien que obedecía a las señas que me hacía su marido, se reconcilió conmigo pronto y poco a poco fue prodigándome los más solícitos cuidados.

Eran sobre las doce del día y un criado trajo la comida. Consistía en un plato fuerte de carne -propio de la sencilla condición de un labrador- servido en una fuente de veinticuatro pies de diámetro, poco más o menos. Formaban la compañía el granjero y su mujer, tres niños y una anciana abuela. Cuando estuvieron sentados, el granjero me puso a alguna distancia de él encima de la mesa, que levantaba treinta pies del suelo. Yo tenía un miedo atroz y me mantenía todo lo apartado que me era posible del borde por temor de caerme. La esposa picó un poco de carne, desmigajó luego algo de pan en un trincherero y me lo puso delante. Le hice una profunda reverencia, saqué mi cuchillo y mi tenedor y empecé a comer, lo que les causó extremado regocijo. La dueña mandó a su criada por una copita de licor capaz para unos dos galones y me puso de beber; levantó la vasija muy trabajosamente con las dos manos y del modo más respetuoso bebí a la salud de la señora, hablando todo lo más fuerte que pude en inglés, lo que hizo reír a la compañía de tan buena gana, que casi me quedé sordo del ruido. El licor sabía como una especie de sidra ligera y no resultaba desagradable. Después el dueño me hizo seña de que me acercase a su plato; pero cuando iba andando por la mesa, como tan grande era mi asombro en aquel trance -lo que fácilmente comprenderá y disculpará el indulgente lector-, me aconteció tropezar con una corteza de pan y caí de bruces, aunque no me hice daño. Me levanté inmediatamente, y advirtiéndome en aquella buena gente muestras de gran pesadumbre, cogí mi sombrero -que llevaba debajo del brazo, como exige la buena crianza- y agitándolo por encima de la cabeza di tres vivas en demostración de que no había recibido en la caída perjuicio ninguno. Pero cuando en seguida avanzaba hacia mi amo -como le llamaré de aquí en adelante-, su hijo menor, que se sentaba al lado suyo -un travieso chiquillo de unos diez años- me cogió por las piernas y me alzó en el aire a tal altura, que las carnes se me despegaron de los huesos; el padre me arrebató de sus manos y le dio un bofetón en la oreja derecha, con el que hubiera podido derribar un ejército de caballería europea, al mismo tiempo que le mandaba retirarse de la mesa. Temeroso yo de que el muchacho me la guardase, y recordando bien cuán naturalmente dañinos son los niños entre nosotros para los gorriones, los conejos, los gatitos y los perritos, me dejé caer de rodillas, y, señalando hacia el muchacho, hice entender a mi amo como buenamente pude que deseaba que perdonase a su hijo. Accedió el padre, el chiquillo volvió a sentarse en su puesto, y en seguida yo me fui a él y le besé la mano, la cual mi amo le cogió e hizo que con ella me acariciase suavemente.

En medio de la comida, el gato favorito de mi ama le saltó al regazo. Oía yo detrás de mí un ruido como si estuviesen trabajando una docena de tejedores de medias, y volviendo la cabeza, descubrí que procedía del susurro que en su contento hacía aquel animal, que podría ser tres veces mayor que un buey, según el cálculo que hice viéndole la cabeza y una pata mientras su dueña le daba de comer y le hacía caricias. El aspecto de fiereza de este animal me descompuso totalmente, aunque yo estaba al otro lado de la mesa, a más de cincuenta pies de distancia, y aunque mi ama le sostenía temiendo que diese un salto y me cogiese entre sus garras. Pero resultó no haber peligro ninguno, pues el gato no hizo el menor caso de mí cuando después mi amo me puso a tres yardas de él; y como he oído

siempre, y la experiencia me lo ha confirmado en mis viajes, que huir o demostrar miedo ante un animal feroz es el medio seguro de que nos persiga o nos ataque, resolví en esta peligrosa coyuntura no aparentar cuidado ninguno. Pasé intrépidamente cinco veces o seis ante la misma cabeza del gato y me puse a media yarda de él, con lo cual retrocedió, como si tuviese más miedo él que yo. Los perros me importaban menos. Entraron tres o cuatro en la habitación, como es corriente en las casas de labradores; había un mastín del tamaño de cuatro elefantes, y un galgo un poco más alto que el mastín, pero no tan corpulento.

Cuando ya casi estaba terminada la comida entró el ama de cría con un niño de un año en brazos, el cual me divisó inmediatamente y empezó a gritar -en el modo que todos habréis oído seguramente y que desde London Bridge hasta Chelsea es la oratoria usual entre los niños- para que me entregasen a él en calidad de juguete. La madre, llena de amorosa indulgencia, me levantó y me presentó al niño, que en seguida me cogió por la mitad del cuerpo y se metió mi cabeza en la boca. Di yo un rugido tan fuerte, que el bribonzuelo se asustó y me dejó caer, y me hubiera infaliblemente desnucado si la madre no hubiese puesto su delantal. Para callar al nene, el ama hizo uso de un sonajero que era una especie de tonel lleno de grandes piedras y sujeto con un cable a la cintura del niño; pero todo fue en vano; así, que se vio obligada a emplear el último recurso dándole de mamar. Debo confesar que nada me causó nunca tan mala impresión como ver su pecho monstruoso, que no encuentro con qué comparar para que el lector pueda formarse una idea de su tamaño, forma y color. La veía yo de cerca, pues se había sentado cómodamente para dar de mamar, y yo estaba sobre la mesa. Esto me hacía reflexionar acerca de los lindos cutis de nuestras damas inglesas, que nos parecen a nosotros tan bellas sólo porque son de nuestro mismo tamaño y sus defectos no pueden verse sino con una lente de aumento, aunque por experimentación sabemos que los cutis más suaves y más blancos son ásperos y ordinarios y de feo color.

Recuerdo que cuando estaba yo en Lilibut me parecían los cutis de aquellas gentes diminutas los más bellos del mundo, y hablando sobre este punto con una persona de estudios de allá, que era íntimo amigo mío, me dijo que mi cara le parecía mucho más blanca y suave cuando me miraba desde el suelo que viéndola más de cerca, cuando le levantaba yo en la mano y le aproximaba. Al principio constituía para él, según me confesó, un espectáculo muy desagradable. Me dijo que descubriría en mi cutis grandes hoyos, que los cañones de mi barba eran diez veces más fuertes que las cerdas de un verraco, y mi piel de varios colores totalmente distintos. Y permítaseme que haga constar que yo soy tan blanco como la mayor parte de los individuos de mi sexo y de mi país, y que el sol me ha tostado muy poco en mis viajes. Por otra parte, cuando hablábamos de las damas que formaban la corte del emperador, solía decirme que la una tenía pecas; la otra, una boca demasiado grande; una tercera, la nariz demasiado larga, nada de lo cual podía yo distinguir. Reconozco que esta reflexión era bastante obvia, pero, sin embargo, no he querido omitirla porque no piense el lector que aquellas inmensas criaturas eran feas, pues les debo la justicia de decir que son una raza de gentes bien parecidas.

Cuando la comida se hubo terminado, mi amo se volvió con sus trabajadores, y, según pude colegir de su voz y su gesto, encargó muy especialmente a su mujer que tuviese cuidado de mí. Estaba yo muy cansado y con sueño, y advirtiéndolo mi ama me puso sobre

su propio lecho y me cubrió con un pañuelo blanco limpio, que era mayor y más basto que la vela mayor de un buque de guerra.

Dormí unas dos horas y soñé que estaba en casa con mi mujer y mis hijos, lo que vino a gravar mis cuitas cuando desperté y me vi solo en un vasto aposento de doscientos a trescientos pies de ancho y más de doscientos de alto, acostado en una cama de veinte yardas de anchura. Mi ama se había ido a los quehaceres de la casa, y dejádome encerrado. La cama levantaba ocho yardas del suelo. En tal situación yo, treparon dos ratas por la cortina y se dieron a correr por encima del lecho, olfateando de un lado para otro. Una de ellas llegó casi hasta mi misma cara, lo que me hizo levantarme aterrorizado y sacar mi alfanje para defenderme. Estos horribles animales tuvieron el atrevimiento de acometerme por ambos lados y uno de ellos llegó a echarme al cuello una de sus patas delanteras, pero tuve la buena fortuna de rajarle el vientre antes que pudiera hacerme daño. Cayó a mis pies, y la otra, al ver la suerte que había corrido su compañera, emprendió la huída, pero no sin una buena herida en el lomo que pude hacerle cuando escapaba, y que dejó un rastro de sangre. Después de esta hazaña me puse a pasear lentamente por la cama para recobrar el aliento y la tranquilidad. Aquellos animales eran del tamaño de un mastín grande, pero infinitamente más ligeros y feroces; así que, de haberme quitado el cinto al acostarme, infaliblemente me hubieran despedazado y devorado. Medí la cola de la rata muerta y encontré que tenía de largo dos yardas menos una pulgada; mas no tuve estómago para tirar de la cama el cuerpo exánime, que yacía en ella sangrando. Noté que tenía aún algo de vida; pero de una fuerte cuchillada en el pescuezo la despaché enteramente.

Poco después entró mi ama en la habitación, y viéndome todo lleno de sangre corrió hacia mí y me cogió en la mano. Yo señalé a la rata muerta, sonriendo y haciendo otras señas para significar que no estaba herido, de lo que ella recibió extremado contento. Llamó a la criada para que cogiese con unas tenazas la rata muerta y la tirase por la ventana. Después me puso sobre una mesa, donde yo le enseñé mi alfanje lleno de sangre, y limpiándolo en la vuelta de mi casaca lo volví a envainar.

Espero que el paciente lector sabrá excusar que me detenga en detalles que, por insignificantes que se antojen a espíritus vulgares de a ras de tierra, pueden ciertamente ayudar a un filósofo a dilatar sus pensamientos y su imaginación y a dedicarlos al beneficio público lo mismo que a la vida privada. Tal es mi intención al ofrecer estas y otras relaciones de mis viajes por el mundo, en las cuales me he preocupado principalmente de la verdad, dejando aparte adornos de erudición y estilo. Todos los lances de este viaje dejaron tan honda impresión en mi ánimo y están de tal modo presentes en mi memoria, que al trasladarlos al papel no omití una sola circunstancia interesante. Sin embargo, al hacer una escrupulosa revisión, taché varios pasajes de menos momento que figuraban en el primer original por miedo de ser motejado de fastidioso y frívolo.

## Capítulo 2

*Retrato de la hija del labrador. -Llevan al autor a un pueblo en día de mercado y luego a la metrópoli.- Detalles de su viaje.*

Mi ama tenía una hija de nueve años, niña de excelentes prendas para su corta edad, muy dispuesta con la aguja y muy mañosa para vestir su muñeca. Su madre y ella discurrieron arreglarme la cama del muñeco para que pasase la noche. Pusieron la cama dentro de una gaveta colocada en un anaquel colgante por miedo de las ratas. Éste fue mi lecho todo el tiempo que permanecí con aquella gente, y fue mejorándose poco a poco, conforme yo aprendía el idioma y podía ir exponiendo mis necesidades. La niña de que hablo era tan mañosa, que con sólo haberme despojado de mis ropas delante de ella una o dos veces ya sabía vestirme y desnudarme, aunque yo nunca quise darle este trabajo cuando ella me permitía que me lo tomase yo mismo. Me hizo siete camisas y alguna ropa blanca más de la tela más fina que pudo encontrarse, y que era, ciertamente, más áspera que harpillera, y ella me las lavaba siempre con sus propias manos. Asimismo era mi maestra para la enseñanza del idioma. Cuando yo señalaba alguna cosa, ella me decía el nombre en su lengua, y así en pocos días me encontré capaz de pedir lo que me era preciso. Era muy bondadosa y no más alta de cuarenta pies, pues estaba muy pequeña para su tiempo. Me dio el nombre de Grildrig, que la familia adoptó, y después todo el reino. La palabra vale tanto como la latina *Nanunculus*, la italiana *Homuncelino* y la inglesa *Mannikin*. A esta niña debo principalmente mi salvación en aquel país. Nunca nos separamos mientras estuve allí. Le llamaba yo mi *Glumdalclitch*, o sea mi pequeña niñera; y cometería grave pecado de ingratitud si omitiese esta justa mención de su cuidado y su afecto para mí, a los cuales quisiera yo que hubiese estado en mi mano corresponder como ella merecía, en lugar de verme convertido en el inocente pero fatal instrumento de su desventura, como tengo demasiadas razones para temer que haya sucedido.

Por entonces empezaba ya a saberse y comentarse en las cercanías que mi amo se había encontrado en el campo un animal extraño, del grandor aproximado de un *splacknuck*, pero formado exactamente en todas sus partes como un ser humano, al que asimismo imitaba en todas sus acciones. Parecía hablar una especie de lenguaje peculiar; había aprendido ya varias palabras del de ellos; andaba en dos pies; era manso y amable; acudía cuando le llamaban; hacía lo que le mandaban y tenía los más lindos miembros del mundo y un cutis más fino que pudiera tenerlo la hija de un noble a los tres años de edad. Otro labrador que vivía cerca y era muy amigo de mi amo pasó a hacerle una visita con la intención de averiguar lo que hubiese de cierto en este rumor. Me sacaron inmediatamente y me colocaron sobre una mesa, donde paseé según me ordenaron, saqué mi alfanje, lo volví a la vaina, hice una reverencia al huésped de mi amo, le pregunté en su propia lengua cómo estaba y le di la bienvenida, todo del modo que me había enseñado mi niñera. Este hombre, que era viejo y corto de vista, se puso los anteojos para observarme mejor, ante lo cual no pude evitar el reírme a carcajadas, pues sus ojos parecían la luna llena resplandeciendo en una habitación con dos ventanas. Mi gente, que descubrió la causa de mi regocijo, me acompañó en la risa, y el pobre viejo fue lo bastante necio para enfurecerse y turbarse. Tenía aquel hombre fama de muy tacaño, y, por mi desgracia, la merecía cumplidamente, a juzgar por el maldito consejo que dio a mi amo de que en calidad de espectáculo me enseñase un día de mercado en la ciudad próxima, que distaba media hora de marcha a caballo, o sea unas veintidós millas de nuestra casa. Adiviné que maquinaban algún mal cuando advertí que mi amo y su amigo cuchicheaban una buena pieza, a veces señalando hacia mí, y el mismo temor me hacía imaginar que entreoía y comprendía algunas palabras. Pero a la mañana siguiente *Glumdalclitch*, mi niñera, me enteró de todo el asunto, que ella había sonsacado hábilmente a su madre. La pobre niña me puso en su seno y rompió a

llorar de vergüenza y dolor. Recelaba ella que me causara algún daño el vulgo brutal, como, por ejemplo, oprimirme hasta dejarme sin vida, o romperme un miembro cuando me cogiesen en las manos. Había advertido también cuán recatado era yo de mí y cuán cuidadoso de mi honor y suponía lo indigno que había de parecerme ser expuesto por dinero como espectáculo público a las gentes de más baja ralea. Decía que su papá y su mamá le habían prometido que Grildrig sería para ella; pero que ahora veía que iba a sucederle lo mismo que el año pasado, que hicieron como que le regalaban un corderito y tan pronto como estuvo gordo se lo vendieron a un carnicero.

Por lo que a mí toca puedo sinceramente afirmar que la cosa me importaba mucho menos que a mi niñera. Mantenía yo la firme esperanza, que nunca me abandonó, de que algún día podría recobrar la libertad; y en cuanto a la ignominia de ser paseado como un fenómeno, consideraba que yo era perfectamente extraño en el país y que tal desventura nunca podría achacárseme como reproche si alguna vez regresaba a Inglaterra, ya que el mismo rey de la Gran Bretaña en mis circunstancias hubiese tenido que sufrir la misma calamidad.

Mi amo, siguiendo el consejo de su amigo, me condujo el primer día de mercado dentro de una caja a la ciudad vecina y llevó conmigo a su hijita, mi niñera, sentada en una albarda detrás de mí. La caja era cerrada por todos lados y tenía una puertecilla para que yo entrase y saliese y unos cuantos agujeros para que no me faltase el aire. La niña había tenido el cuidado de meter en ella la colchoneta de la cama de su muñeca para que me acostase. No obstante, quedé horriblemente zarandeado y molido del viaje, aunque sólo duró media hora, pues el caballo avanzaba unos cuarenta pies de cada paso y levantaba tanto en el trote, que la agitación equivalía al cabeceo de un barco durante una gran tempestad, pero mucho más frecuente. Nuestra jornada fue algo más que de Londres a San Albano. Mi amo se apeó en la posada donde solía parar, y luego de consultar durante un rato con el posadero y de hacer algunos preparativos necesarios asalarió al *grultond*, o pregonero, para que corriese por la ciudad que en la casa del Águila Verde se exhibía un ser extraño más pequeño que un *splacknuck* -bonito animal de aquel país, de unos seis pies de largo-, y conformado en todo su cuerpo como un ser humano, que hablaba varias palabras y hacía mil cosas divertidas.

Me colocaron sobre una mesa en el cuarto mayor de la posada, que muy bien tendría trescientos pies en cuadro. Mi niñera tomó asiento junto a la mesa, en una banqueta baja, para cuidar de mí e indicarme lo que había de hacer. Mi amo, para evitar el agolpamiento, sólo permitía que entrasen a verme treinta personas de cada vez. Anduve por encima de la mesa, obedeciendo las órdenes de la niña; me hizo ella varias preguntas, teniendo en cuenta mis alcances en el conocimiento del idioma, y yo las respondí lo más alto que me fue posible. Me volví varias veces a la concurrencia, le ofrecí mis humildes respetos, le di la bienvenida y dije otras razones que se me habían enseñado. Alcé, lleno de licor, un dedal que Glumdalclitch me había dado para que me sirviese de copa, y bebí a la salud de los espectadores. Saqué mi alfanje y lo blandí al modo de los esgrimidores de Inglaterra. Mi niñera me dio parte de una paja, y con ella hice ejercicio de pica, pues había aprendido este arte en mi juventud. Aquel día me enseñaron a doce cuadrillas de público, y otras tantas veces me vi forzado a volver a las mismas necedades, hasta quedar medio muerto de cansancio y enojo, porque los que me habían visto daban tan maravillosas referencias, que la gente parecía querer derribar las puertas para entrar. Mi amo, por su propio interés, no

hubiera consentido que me tocara nadie, excepto mi niñera; y para evitar riesgos, se dispusieron en torno de la mesa bancos a distancia que me mantuviese fuera del alcance de todos. No obstante, un colegial revoltoso me asestó a la cabeza una avellana que estuvo en muy poco que me diese; venía la tal además con tanta violencia, que infaliblemente me hubiera saltado los sesos, pues casi era tan grande como una calabaza de poco tamaño. Pero tuve la satisfacción de ver al bribonzuelo bien zurrado y expulsado de la estancia.

Mi amo hizo público que me enseñaría otra vez el próximo día de mercado, y entretanto me dispuso un vehículo más conveniente, lo que no le faltaban razones para hacer, pues quedé tan rendido de mi primer viaje y de divertir a la concurrencia durante ocho horas seguidas, que apenas podía tenerme en pie ni articular una palabra. Lo menos tres días tardé en recobrar las fuerzas; y ni en casa tenía descanso, porque todos los señores de las cercanías, en un radio de cien millas, noticiosos de mi fama, acudían a verme a la misma casa de mi amo. No bajarían los que lo hicieron de treinta, con sus mujeres y sus niños - porque el país es muy populoso-, y mi amo pedía el importe de una habitación llena cada vez que me enseñaba en casa, aunque fuera a una sola familia. Así, durante algún tiempo apenas tuve reposo ningún día de la semana -excepto el viernes, que es el sábado entre ellos-, aunque no me llevaron a la ciudad.

Conociendo mi amo cuánto provecho podía sacar de mí, se resolvió a llevarme a las poblaciones de más consideración del reino. Y después de proveerse de todo lo preciso para una larga excursión y dejar resueltos los asuntos de su casa, se despidió de su mujer, y el 17 de agosto de 1703, a los dos meses aproximadamente de mi llegada, salimos para la metrópoli, situada hacia el centro del imperio y a unas tres mil millas de distancia de nuestra casa. Mi amo montó a su hija Glumdalclitch detrás de él y ella me llevaba en su regazo dentro de una caja atada a la cintura. La niña había forrado toda la caja con la tela más suave que pudo hallar, acolchándola bien por la parte de abajo, amoblándola con la cama de su muñeca, provísteome de ropa blanca y otros efectos necesarios y dispuesto todo lo más convenientemente que pudo. No llevábamos otra compañía que un muchacho de la casa, que cabalgaba detrás con el equipaje.

Era el designio de mi amo enseñarme en todas las ciudades que cogieran de camino y desviarse hasta cincuenta o cien millas para visitar alguna aldea o la casa de alguna persona de condición, donde esperase encontrar clientela. Hacíamos jornadas cómodas, de no más de ciento cincuenta a ciento setenta millas por día, porque Glumdalclitch, con propósito de librarme a mí, se dolía de estar fatigada con el trote del caballo. A menudo me sacaba de la caja, atendiendo mis deseos, para que me diese el aire y enseñarme el paisaje, pero sujetándome siempre fuertemente con ayuda de unos andadores. Atravesamos cinco o seis ríos por gran modo más anchos y más profundos que el Nilo o el Ganges, y apenas había algún riachuelo tan chico como el Támesis por London Bridge. Empleamos diez semanas en el viaje, y fuí enseñado en dieciocho grandes poblaciones, aparte de muchas aldeas y familias particulares.

El 26 de octubre llegamos a la metrópoli, llamada en la lengua de ellos Lorbrulgrud, o sea Orgullo del Universo. Mi amo tomó un alojamiento en la calle principal de la población, no lejos del palacio real, y publicó carteles en la forma acostumbrada, con una descripción exacta de mi persona y mis méritos. Alquiló un aposento grande, de tres o

cuatrocientos pies de ancho. Puso una mesa de sesenta pies de diámetro, sobre la cual debía yo desempeñar mi papel, y la cercó a tres pies del borde y hasta igual altura para evitar que me cayese. Me enseñaban diez veces al día, con la maravilla y satisfacción de todo el mundo. A la sazón hablaba yo el idioma regularmente y entendía a la perfección palabra por palabra todo lo que se me decía. Además había aprendido el alfabeto y a las veces podía valerme para declarar alguna frase, pues Glumdalclitch me había dado lección cuando estábamos en casa y en las horas de ocio durante nuestro viaje. Llevaba en el bolsillo un librito, no mucho mayor que un Atlas de Sansón; era uno de esos tratados para uso de las niñas, en que se daba una sucinta idea de su religión. Con él me enseñó las letras y el significado de las palabras.

### Capítulo 3

*El autor, enviado a la corte. -La reina se lo compra a su amo y se lo regala al rey. Éste discute con los grandes eruditos de Su Majestad. -En la corte se dispone un cuarto para el autor. -Gran favor de éste con la reina. -Defiende el honor de su país natal. -Sus riñas con el enano de la reina.*

Los frecuentes trabajos que cada día había de sufrir me produjeron en pocas semanas un quebrantamiento considerable en la salud. Cuanto más ganaba mi amo conmigo era más insaciable. Yo había perdido por completo el estómago y estaba reducido casi al esqueleto. El labrador lo notó, y suponiendo que había de morirme pronto resolvió sacar de mí todo lo que pudiese. Mientras así razonaba y resolvía consigo mismo, un *slardral*, o sea un gentilhomme de cámara, llegó de la corte y mandó a mi amo que me llevase a ella inmediatamente para diversión de la reina y sus damas. Algunas de éstas habían estado a verme ya y dado las más extraordinarias referencias de mi belleza, conducta y buen sentido. Su Majestad la reina y quienes la servían quedaron por demás encantadas de mi comportamiento. Yo me arrodillé y solicité el honor de besar su imperial pie; pero aquella benévola princesa me alargó su dedo pequeño -luego que me hubieron subido a la mesa-, que yo ceñí con ambos brazos y cuya punta llevé a mis labios con el mayor respeto. Me hizo algunas preguntas generales acerca de mi país y de mis viajes, a las que yo contesté tan claramente y en tan pocas palabras como pude. Me preguntó si me gustaría servir en la corte. Yo me incliné hacia el tablero de la mesa y respondí humildemente que era el esclavo de mi amo, pero, a poder disponer de mí mismo, tendría a gran orgullo dedicar mi vida al servicio de Su Majestad. Entonces preguntó ella a mi amo si quería venderme a buen precio. Él, que temía que yo no viviera un mes, se mostró bastante dispuesto a deshacerse de mí y pidió mil piezas de oro, que al instante se dio orden de que le fuesen entregadas. Cada pieza venía a ser del tamaño de ochocientos *moidores*; pero estableciendo la proporción de todo entre aquel país y Europa, y aun habida cuenta del alto precio del oro allí, no llegaba a ser una suma tan importante como mil guineas en Inglaterra. Acto seguido dije a la reina que, puesto que ya era la más humilde criatura y el más humilde vasallo de Su Majestad, me permitiese pedirle un favor, y era que admitiese a su servicio a Glumdalclitch, que siempre había cuidado de mí con tanto esmero y amabilidad y sabía hacerlo tan bien, y continuase siendo mi niñera y mi maestra. Su Majestad accedió a mi petición y fácilmente obtuvo el consentimiento del labrador, a quien satisfacía que su hija fuera elevada a la corte, y la pobre niña, por su parte, no pudo ocultar su contento. El que dejaba de ser mi

amo se retiró y se despidió de mi, añadiendo que me dejaba en una buena situación, a lo cual yo no respondí sino con una ligera reverencia.

Observó la reina mi frialdad, y cuando el labrador hubo salido de la estancia me preguntó la causa. Claramente contesté a Su Majestad que yo no debía a mi antiguo amo otra obligación que la de no haber estrellado los sesos a una pobre criatura inofensiva encontrada en su campo por acaso, obligación que recompensaba ampliamente la ganancia que había alcanzado enseñándome por la mitad del reino y el precio en que me había vendido. Añadí que la vida que había llevado desde entonces era lo bastante trabajosa para matar a un ser diez veces más fuerte que yo; que mi salud se había quebrantado mucho con aquella continua y miserable faena de divertir a la gentuza a todas las horas del día, y que si mi amo no hubiera supuesto que mi vida estaba en peligro, quizá no hubiese encontrado Su Majestad tan buena ganga. Pero libre ya de todo temor de mal trato, bajo la protección de tan grande y bondadosa emperatriz, adorno de la Naturaleza, predilecta del mundo, delicia de sus vasallos, fénix de la creación, esperaba que los recelos de mi antiguo amo aparecieran desprovistos de fundamento, pues ya sentía yo mis energías revivir bajo el influjo de su muy augusta presencia.

Éste fue, en resumen, mi discurso, pronunciado con grandes incorrecciones y titubeos. La última parte se ajustaba por completo al estilo peculiar de aquella gente, del que Glumdalclitch me había enseñado algunas frases cuando me llevaba a la corte.

La reina, usando de gran benevolencia para mi hablar defectuoso, quedó, sin embargo, sorprendida al ver tanto entendimiento y buen sentido en animal tan diminuto. Me tomó en sus propias manos y me llevó al rey, que estaba retirado en su despacho. Su Majestad, príncipe de mucha gravedad y austero continente, no apreciando bien mi forma a primera vista, preguntó de modo frío a la reina desde cuándo se había aficionado a un *splacknuck*, que tal debí de parecerle echado de boca en la mano derecha de Su Majestad. Pero la princesa, que tenía grandísimas dotes de entendimiento y donaire, me puso suavemente de pie sobre el escritorio y me mandó que diese a Su Majestad noticia de quién era, lo que hice en muy pocas palabras, y Glumdalclitch -que aguardaba a la puerta del despacho, y, no pudiendo sufrir que me hurtaran a su vista, fue autorizada para entrar- confirmó todo lo sucedido desde mi llegada a casa de su padre.

El rey, aunque era persona instruida como la que más de sus dominios, y estaba educado en el estudio de la Filosofía, y especialmente de las Matemáticas, cuando apreció mi forma exactamente y me vio andar en dos pies, antes de que empezase a hablar, pensó que yo podía ser un aparato de relojería -arte que ha llegado en aquel país a muy grande perfección-, ideado por algún ingenioso artista. Pero cuando oyó mi voz y encontró lo que hablaba lógico y racional, no pudo ocultar su asombro. En ningún modo se dio por satisfecho con la relación que le hice acerca de cómo fue mi llegada a su reino, sino que la juzgó una fábula urdida entre Glumdalclitch y su padre, que me habrían enseñado una serie de palabras a fin de venderme a precio más alto. En esta creencia me hizo otras varias preguntas, y de nuevo recibió respuestas racionales, sin otros defectos que los nacidos de un acento extranjero y de un conocimiento imperfecto del idioma, con algunas frases rústicas que había yo aprendido en casa del labrador, y que no se acomodaban al pulido estilo de una corte.



Su Majestad el rey envió a buscar a tres eminentes sabios que estaban de servicio semanal, conforme es costumbre en aquel país. Estos señores, una vez que hubieron examinado mi figura con toda minuciosidad, fueron de opiniones diferentes respecto de mí. Convinieron en que yo no podía haber sido producido según las leyes regulares de la Naturaleza, porque no estaba constituido con capacidad para conservar mi vida, ya fuese por ligereza, ya por trepar a los árboles, ya por cavar hoyos en el suelo. Por mis dientes, que examinaron con gran detenimiento, dedujeron que era un animal carnívoro; sin embargo, considerando que la mayoría de los cuadrúpedos era demasiado enemigo para mí, y el ratón silvestre, con algunos otros, demasiado ágil, no podían suponer cómo pudiera mantenerme, a no ser que me alimentase de caracoles y varios insectos, que citaron, para probar, con mil argumentos eruditos, que no me era posible hacerlo. Uno de aquellos sabios se inclinaba a creer que yo era un embrión o un aborto; pero este juicio fue rechazado por los otros dos, que hicieron observar que mis miembros eran acabados y perfectos, y que yo había vivido varios años, como lo acreditaba mi barba, cuyos cañones descubrieron claramente con ayuda de una lente de aumento. No admitieron que fuese un enano, porque mi pequeñez iba más allá de toda comparación posible, ya que el enano favorito de la reina, que era el más pequeño que jamás se conoció en aquel reino, tenía cerca de treinta pies de altura. Después de mucho debatir, concluyeron, unánimes, que yo era, sencillamente, un *relplum scalcatch*, lo que, interpretado literalmente, significa *lusus naturæ*, determinación en todo conforme con la moderna filosofía de Europa, cuyos profesores, desdeñando el antiguo efugio de las causas ocultas, con que los discípulos de Aristóteles trataban en vano de disfrazar su ignorancia, han inventado esta solución para todas las dificultades que encuentra el imponderable avance del humano conocimiento.

Después de esta decisiva conclusión, se me rogó que hablase alguna cosa. Me aproximé al rey y aseguré a Su Majestad que yo procedía de un país que contaba varios millones de personas de ambos sexos, todas de mi misma estatura, donde los animales, los árboles y las casas estaban en proporción, y donde, por tanto, yo era tan capaz de defenderme y de encontrar sustento como cualquier súbdito de Su Majestad pudiera serlo allí; lo que me pareció cumplida respuesta a los argumentos de aquellos señores. A esto, ellos replicaron sólo diciendo, con una sonrisa despreciativa, que el labrador me había enseñado la lección muy bien. El rey, que tenía mucho mejor sentido, despidió a sus sabios y envió por el labrador, que, afortunadamente, no había salido aún de la ciudad. Habiéndole primero interrogado a solas, y luego confrontádole conmigo y con la niña, Su Majestad empezó a creer que podía ser verdad lo que yo le había dicho. Encargó a la reina que mandase tener especial cuidado de mí y fue de opinión de que Glumdalclitch continuara en su oficio de guardarme, porque advirtió el gran afecto que nos dispensábamos. Se dispuso para ella en la corte un alojamiento conveniente y se le asignó una especie de aya que cuidase de su educación, una doncella para vestirla y otras dos criadas para los menesteres serviles; pero mi cuidado se le encomendó a ella enteramente. La reina encargó a su mismo ebanista que discurriese una caja tal que pudiese servirme de dormitorio, de acuerdo con el modelo que conviniésemos Glumdalclitch y yo. Este hombre era un ingeniosísimo artista, y, siguiendo mis instrucciones, en tres días me acabó un cuarto de madera de dieciséis pies en cuadro y doce de altura, con ventanas de vidrieras, una puerta y dos retretes, como un dormitorio de Londres. El tablero que formaba el techo podía levantarse y bajarse por medio de dos bisagras para meter una cama dispuesta por el tapicero de Su Majestad la reina, y que Glumdalclitch sacaba al aire todos los días, hacía con sus propias manos y volvía a entrar

por la noche, después de lo cual cerraba el tejado sobre mí. Un excelente artífice, famoso por sus caprichosas miniaturas, tomó a su cargo el hacerme dos sillas, cuyos respaldos y palos eran de una materia parecida al marfil, y dos mesas, con un escritorio para meter mis cosas. La habitación fue acolchada por todos sus lados, así como por el suelo y el techo, a fin de evitar cualquier accidente causado por el descuido de quienes me transportasen y de amortiguar la violencia de los vaivenes cuando fuese en coche. Pedí una cerradura para mi puerta, a fin de impedir que entrasen las ratas y los ratones; el herrero, después de muchos ensayos, hizo la más pequeña que nunca se había visto allí, pues yo mismo he encontrado una más grande en la puerta de la casa de un caballero en Inglaterra. Me di trazas para guardarme la llave en uno de los bolsillos, por miedo de que Glumdalclitch la perdiese. Asimismo encargó la reina que se me hiciese ropa de las sedas más finas que pudieran encontrarse, que no eran mucho más finas que una manta inglesa y que me incomodaron mucho hasta que me acostumbé a llevarlas. Me vistieron a la usanza del reino, en parte semejante a la persa, en parte a la china, y que es un vestido muy serio y decente.

La reina se aficionó tanto a mi compañía, que no se hacían a comer sin mí. Me pusieron una mesa sobre aquella misma en que comía Su Majestad y junto a su codo izquierdo, y una silla para sentarme. Glumdalclitch se subía de pie en una banqueta puesta en el suelo para servirme y cuidar de mí. Yo tenía un juego completo de platos y fuentes de plata y otros útiles, que en proporción a los de la reina no eran mucho mayores que los que suelen verse del mismo género en cualquier tienda de juguetes de Londres para las casas de muñecas. Todos los guardaba en su bolsillo mi pequeña niñera dentro de una caja de plata, y ella me los daba en las comidas conforme los necesitaba, siempre limpiándolos ella misma. Nadie comía con la reina más que las dos princesas reales: la mayor, de dieciséis años, y la menor, de trece y un mes entonces. Su Majestad solía poner en uno de mis platos un poquito de comida, del cual yo cortaba y me servía, y era su diversión verme comer en miniatura. Porque la reina -que por cierto tenía un estómago muy débil- tomaba de un bocado tanto como una docena de labradores ingleses pudiera comer en una asentada, lo que para mí fue durante algún tiempo un espectáculo repugnante. Trituraba entre sus dientes el ala de una calandria, con huesos y todo, aunque era nueve veces mayor que la de un pavo crecido, y se metía en la boca un trozo de pan tan grande como dos hogazas de doce peniques. Bebía en una copa de oro sobre sesenta galones de un trago. Sus cuchillos eran dos veces tan largos como una guadaña puesta derecha, con su mango. Cucharas, tenedores y demás instrumentos guardaban la misma proporción. Recuerdo que cuando Glumdalclitch, por curiosidad, me llevó a ver una de las mesas de la corte, donde se levantaban a la vez diez o doce de aquellos enormes tenedores y cuchillos, pensé no haber asistido en mi vida a un espectáculo tan terrible.

Es costumbre que todos los viernes -que, como ya he advertido, son sus sábados-, la reina y el rey, con su real descendencia de ambos sexos, coman juntos en la estancia de Su Majestad el rey, de quien yo era ya gran favorito; y en estas ocasiones mi sillita y mi mesita eran colocadas a su izquierda, delante de uno de los saleros. Este príncipe gustaba de conversar conmigo preguntándome acerca de las costumbres, la religión, las leyes, el gobierno y la cultura de Europa, de lo que yo le daba noticia lo mejor que podía. Su percepción era tan clara y su discernimiento tan exacto, que hacía muy sabias reflexiones y observaciones sobre todo lo que yo decía; pero no debo ocultar que cuando me hube excedido un poco hablando de mi amado país, de nuestro comercio, de nuestras guerras por

tierra y por mar y de nuestros partidos políticos, los prejuicios de educación pesaron tanto en él, que no pudo por menos de cogerme en su mano derecha, y acariciándome suavemente con la otra, después de un acceso de risa, preguntarme si yo era Whig o Tory. Luego, volviéndose a su primer ministro -que detrás de él daba asistencia, en la mano su bastón blanco, casi tan alto como el palo mayor del *Royal Sovereign*-, observó cuán despreciable cosa eran las grandezas humanas, que podían imitarse por tan diminutos insectos como yo; «y aun apostaría -dijo- que estas criaturas tienen sus títulos y distinciones, discurren nidos y madrigueras que llaman casas y ciudades, se preocupan de vestidos y trenes, aman, luchan, disputan, defraudan y traicionan». Y así continuó, mientras a mí, de indignación, un color se me iba y otro se me venía viendo a nuestra noble nación, maestra en las artes y en las armas, azote de Francia, árbitro de Europa, asiento de la piedad, la virtud, el honor y la verdad, orgullo y envidia del mundo, con tal desprecio tratada.

Pero como yo no estaba en situación de sentir injurias, después de maduras reflexiones empecé a dudar si había sido injuriado o no, pues, acostumbrado ya por varios meses de residencia a la vista y al trato de aquellas gentes y encontrando todos los objetos que a mis ojos se ofrecían de magnitud proporcionada, el horror que al principio me inspiraron tales seres por su corpulencia y aspecto desapareció hasta tal punto, que si hubiera mirado entonces una compañía de lores y damas ingleses, con sus adornados vestidos de fiesta, representando del modo más cortesano sus respectivos papeles, contoneándose, haciendo reverencias y parlotando, en verdad digo que me hubiesen dado grandes tentaciones de reírme de ellos, tanto como el rey y sus grandes se reían de mí. Y a buen seguro que tampoco podía evitar el reírme de mí mismo cuando la reina, como solía, me colocaba sobre su mano ante un espejo, con lo que nuestras dos personas se presentaban juntas a mi vista por entero; y no podía darse nada más ridículo que la comparación, al extremo de que yo realmente comencé a imaginar que había disminuido con mucho por bajo de mi tamaño corriente.

Nada me enfurecía y mortificaba tanto como el enano de la reina, el cual, siendo de la más baja estatura que nunca se vio en aquel país -pues, en verdad, creo que no llegaba a los treinta pies-, se tornó insolente al ver una criatura tan por bajo de él, de modo que siempre hacía el baladrón y el buen mozo al pasar por mi lado en la antecámara cuando yo estaba de pie en alguna mesa hablando con los caballeros y las damas de la corte, y rara vez dejaba de soltar alguna palabra punzante a propósito de mi pequeñez, de lo cual sólo podía vengarme llamándole hermano, desafiándole a luchar y con las agudezas acostumbradas en labios de los pajes de corte. Un día, durante la comida, este cachorro maligno estaba tan amostazado por algo que le había dicho yo, que, subiéndose al palo de la silla de Su Majestad la reina, me cogió por mitad del cuerpo, conforme yo estaba sentado, totalmente desprevenido, y me echó dentro de un gran bol de plata lleno de crema, y luego escapó a todo correr. Caí de cabeza, y a no ser un buen nadador lo hubiera pasado muy mal, pues Glumdalclitch estaba en aquel momento al otro extremo de la habitación, y la reina se aterrorizó de modo que le faltó presencia de ánimo para auxiliarme. Pero mi pequeña niñera corrió en mi auxilio y me sacó cuando ya había tragado más de media azumbre de crema. Me llevaron a la cama, y se vio que, por mi fortuna, no había recibido otro daño que la pérdida de un traje, que quedó completamente inservible. El enano fue bravamente azotado y, como añadidura, obligado a beberse el bol de crema en que me había arrojado, y nunca más recobró su favor, pues poco

después la reina lo regaló a una dama de mucha calidad. Así que no volví a verle, con gran satisfacción mía, pues no sé decir a qué extremo hubiese llevado su resentimiento este bribón endemoniado.

Ya antes me había jugado una mala pasada, que hizo reír a la reina, aunque al mismo tiempo se disgustó tan profundamente que estuvo a punto de despedirle, y sin duda lo hubiese hecho a no ser yo lo bastante generoso para interceder. Su Majestad la reina se había servido un hueso de tuétano, y cuando hubo sacado éste volvió a poner el hueso en la fuente derecho como antes estaba. El enano, acechando una oportunidad, mientras Glumdalclitch iba al aparador, se subió en la banqueta en que ella se ponía de pie para cuidar de mí durante las comidas, me levantó con las dos manos y, apretándome las piernas una contra otra, me las encajó dentro del hueso de tuétano, donde entré hasta más arriba de la cintura y quedé como hincado un rato, haciendo muy ridícula figura. Supongo que pasó cerca de un minuto primero que nadie supiese adónde había ido a parar, porque gritar entendí que hubiera sido rebajamiento. Pero como los príncipes casi nunca toman la comida caliente, no se me escaldaron las piernas, y sólo mis medias y mis calzones quedaron en poco limpia condición. El enano, gracias a mis súplicas, no sufrió otro castigo que unos buenos azotes.

La reina se reía frecuentemente de mí por causa de mi cobardía, y acostumbraba preguntarme si la gente de mi país era toda tan cobarde como yo. Uno de los motivos fue éste: el reino se infesta de mosquitos en verano, y estos odiosos insectos, cada uno del tamaño de una calandria de Dunstable, no me daban punto de reposo cuando estaba sentado a la mesa, con su continuo zumbido alrededor de mis orejas. A veces se me paraban en la comida; otras se me ponían en la nariz o en la frente, donde su picadura me llegaba a lo vivo, despidiendo malísimo olor, y me era fácil seguir el trazo de esa materia viscosa, que, según nos enseñan nuestros naturalistas, permite a estos animales andar por el techo con las patas hacia arriba. Pasaba yo gran trabajo para defenderme de estos bichos detestables y no podía dejar de estremecerme cuando se me venían a la cara. El enano había cogido la costumbre de cazar con la mano cierto número de estos insectos, como hacen nuestros colegiales, y soltármelos de repente debajo de la nariz, de propósito para asustarme y divertir a la reina. Mi remedio era destrozarlos con mi navaja conforme iban volando por el aire, ejercicio en que se admiraba mucho mi destreza.

Recuerdo que una mañana en que Glumdalclitch me había puesto dentro de mi caja en una ventana, como tenía costumbre de hacer los días buenos, para que me diese el aire - pues yo no me atrevía a consentir que colgaran la caja en un clavo por fuera de la ventana, al modo en que nosotros colgamos las jaulas en Inglaterra-, cuando había corrido una de mis vidrieras y sentádome a mi mesa para comer un pedazo de bollo como desayuno, más de veinte avispas, atraídas por el olor, entraron en mi cuarto volando con zumbido más fuerte que el que hicieran los roncones de otras tantas gaitas. Algunas me cogieron el bollo y se lo llevaron a pedazos; otras me revoloteaban alrededor de la cabeza y la cara, aturdiéndome con sus ruidos y poniendo en mi ánimo el mayor espanto con sus agujijones. Sin embargo, tuve valor para levantarme y sacar el alfanje y atacarlas en su vuelo. Despaché cuatro; las demás huyeron y yo cerré en seguida la ventana. Estos insectos eran grandes como perdices; les arranqué los agujijones, que hallé ser de pulgada y media de largo y agudos como agujas. Los conservé cuidadosamente, y después de haberlos

enseñado con algunas otras curiosidades en diferentes partes de Europa, cuando volví a Inglaterra hice donación de tres al Colegio de Gresham y guardé el cuarto para mí.

## Capítulo 4

*Descripción del país. -Una proposición de que se corrijan los mapas modernos. -El palacio del rey y alguna referencia de la metrópoli. -Modo de viajar del autor. -Descripción del templo principal.*

Quiero ofrecer al lector ahora una corta descripción de este país, en cuanto yo viajé por él, que no pasó de dos mil millas en contorno de Lorbrulgrud, la metrópoli; pues la reina, a cuyo servicio seguí siempre, nunca iba más lejos cuando acompañaba al rey en sus viajes, y allí permanecía hasta que Su Majestad volvía de visitar las fronteras. La total extensión de los dominios de este príncipe alcanzaba unas seis mil millas de longitud y de tres a cinco mil de anchura, por donde no tengo más remedio que deducir que nuestros geógrafos de Europa están en un gran error al suponer que sólo hay mar entre el Japón y California. Siempre fuí de opinión de que debía de haber un contrapeso de tierra que hiciese equilibrio con el gran continente de Tartaria; y ahora deben corregirse los mapas y cartas añadiendo esta vasta región de tierra a la parte noroeste de América, para lo cual yo estoy dispuesto a prestar mi ayuda.

El reino es una península limitada al Norte por una cadena de montañas de treinta millas de altura, que son por completo infranqueables a causa de los volcanes que hay en las cimas. No sabe el más culto qué clases de mortales viven del otro lado de aquellas montañas, ni si hay o no habitantes. Por los otros tres lados, la península confina con el mar. No hay un solo puerto en todo el litoral, y aquellas partes de las costas por donde vierten los ríos están de tal modo cubiertas de rocas puntiagudas, y el mar tan alborotado de ordinario, que aquellas gentes no pueden arriesgarse en el más pequeño de sus botes, y, así, viven imposibilitadas de todo comercio con el resto del mundo. Pero los grandes ríos están llenos de embarcaciones y abundan en pesca excelente. Rara vez pescan en el mar, porque los peces marinos tienen el mismo tamaño que en Europa, y, por lo tanto, no merecen para ellos la pena de cogerlos. Por donde resulta indudable que la Naturaleza ha limitado por completo la producción de plantas y animales de volumen tan extraordinario a este continente, por razones cuya determinación dejo a los filósofos. Sin embargo, alguna que otra vez cogen una ballena que aconteció estrellarse contra las rocas y que la gente ordinaria come con deleite. He visto algunas de estas ballenas tan grandes que apenas podía llevarlas a costillas un hombre, y a veces, como curiosidad, las transportan a Lorbrulgrud en cestos. He visto una en una fuente en la mesa del rey, que se tenía por excepcionalmente grande; pero a él no pareció gustarle mucho, sin duda porque le desagradaba su grandeza, aunque yo he visto una algo mayor en Groenlandia.

El país está bastante poblado, pues contiene cincuenta y una ciudades, cerca de cien poblaciones amuralladas y gran número de aldeas. Para satisfacer al lector curioso bastará con que describa Lorbrulgrud. Esta ciudad se asienta sobre dos extensiones casi iguales, una a cada lado del río que la atraviesa. Tiene más de ocho mil casas y unos seiscientos mil habitantes. Mide a lo largo tres *glamglus* -que viene a ser unas cincuenta y cuatro millas

inglesas- y dos y media a lo ancho, según medí yo mismo sobre el mapa real hecho por orden del rey, y que, para mi servicio, fue extendido en el suelo, que cubría en un centenar de pies; anduve varias veces descalzo el diámetro y la circunferencia, y haciendo el debido cómputo por medio de la escala lo medí con bastante exactitud.

El palacio del rey no es un edificio regular, sino un conjunto de edificaciones que abarcan unas siete millas en redondo. Las habitaciones principales tienen, por regla general, doscientos cincuenta pies de alto, y anchura y longitud proporcionadas. Se nos asignó un coche a Glumdalclitch y a mí, en el cual su aya la sacaba frecuentemente a ver la población o recorrer los comercios, y yo siempre era de la partida, metido en mi caja, aunque la niña, a petición mía, me sacaba a menudo y me tenía en la mano, para que pudiese mirar mejor las casas y la gente cuando íbamos por las calles. Calculé que nuestro coche sería como una nave de Westminster Hall, pero algo menos alto, aunque no respondo de que el cálculo sea muy puntual. Un día, el aya mandó al cochero que se detuviese frente a varios comercios, donde los mendigos, que acechaban la oportunidad, se agolparon a los lados del coche y presentaron ante mí el espectáculo más horrible que se haya ofrecido a ojos europeos.

Además de la caja grande en que me llevaban corrientemente, la reina encargó que se me hiciese otra más pequeña, de unos doce pies en cuadro y diez de altura, para mayor comodidad en los viajes, pues la otra resultaba algo grande para el regazo de Glumdalclitch y embarazosa en el coche. La hizo el mismo artista, a quien yo dirigí en todo el proyecto. Este gabinete de viaje era un cuadrado perfecto, con una ventana en medio de cada uno de tres de los lados, y las ventanas enrejadas con alambre por fuera, a fin de evitar accidentes en los viajes largos. En el lado que no tenía ventana se fijaron dos fuertes colgaderos, por los cuales la persona que me llevaba, cuando me ocurría ir a caballo, pasaba un cinturón de cuero, que luego se ceñía. Éste era siempre menester encomendado a algún criado juicioso y fiel en quien se pudiese confiar, tanto que yo acompañase al rey y a la reina en sus excursiones, como que fuese a ver los jardines o a visitar a alguna dama principal o algún ministro, si acaso Glumdalclitch no se encontraba bien; pues advierto que muy pronto empecé a ser conocido y estimado de los más altos funcionarios, supongo que más por razón del favor que me dispensaban Sus Majestades que por mérito propio alguno. En los viajes, cuando me cansaba del coche, un criado a caballo sujetaba mi caja a la cintura y la descansaba en un cojín delante de él, y desde allí gozaba yo una amplia perspectiva del terreno por los tres lados que tenía ventana. Llevaba en este cuartito una cama de campaña y una hamaca pendiente del techo, y dos sillas y una mesa fuertemente atornilladas al suelo, para impedir que las sacudiese el movimiento del caballo o del coche. Y como estaba de tiempo acostumbrado a las travesías, esta agitación, aunque muy violenta a veces, no me descomponía gran cosa.

Siempre que sentía deseo de ver la población, me llevaba en mi cuarto de viaje, puesto en su regazo, Glumdalclitch, quien iba en una especie de silla de mano descubierta, al uso del país, transportada por cuatro hombres y asistida por otros dos con la librea de la reina. La gente, que con frecuencia oía hablar de mí, se agolpaba curiosa en torno de la silla, y la niña era lo bastante complaciente para detener a los portadores y tomarme en la mano a fin de que se me pudiera ver con más comodidad.

Tenía yo mucha gana de conocer el templo principal, y particularmente su torre que pasaba por la más alta del reino. En consecuencia, me llevó un día mi niñera; pero puedo en verdad decir que volví desencantado, porque la altura no excede de tres mil pies, contando desde el suelo al último chapitel, lo que, dada la diferencia de tamaño entre aquellas gentes y nosotros los europeos, no es motivo de gran asombro, ni llega, en proporción, si no recuerdo mal, a la torre de Salisbury. Mas, para no desprestigiar una nación a la que por toda mi vida me reconoceré obligado en extremo, he de conceder que esta famosa torre, lo que no tiene de altura lo tiene de belleza y solidez, pues los muros son de cerca de cien pies de espesor, y están hechos de piedra tallada -cada una de las cuales tiene unos cuarenta pies en cuadro-, y adornados por todas partes con estatuas de dioses y emperadores, esculpidas en mármol, de más que tamaño natural. Medí un dedo meñique que se le había caído a una de las estatuas y pasaba inadvertido entre un poco de broza, y encontré que tenía justamente cuatro pies y una pulgada de longitud. Glumdalclitch lo envolvió en su pañuelo y se lo llevó a casa en el bolsillo, para guardarlo con otras chucherías a las que la niña era muy aficionada, como es corriente en los chicos de su edad.

La cocina del rey es, a no dudar, un hermoso edificio, terminado en bóveda y de unos seiscientos pies de alto. El horno grande no llega en anchura a la cúpula de San Pablo, que es diez pasos mayor, pues de propósito medí ésta a mi regreso. Pero si fuese a describir aquellas parrillas, aquellas prodigiosas marmitas y calderas, aquellos cuartos de carne dando vueltas en los asadores, y otros muchos detalles, es posible que no se me diera crédito, o, por lo menos, una crítica severa se inclinaría a pensar que yo exageraba un poco, como se sospecha que hacen frecuentemente los viajeros. Por evitar esta censura, creo haber incurrido excesivamente en el extremo contrario, y que si el presente estudio viniera a ser traducido al idioma de Brobdingnag -que éste es el nombre de aquel reino-, y llevado allí, lo mismo el rey que su pueblo tendrían razón para quejarse de que yo les había ofendido con una pintura falsa y diminutiva.

Su Majestad rara vez guarda en sus caballerizas más de seiscientos caballos, que tienen, por regla general, de cincuenta y cuatro a sesenta pies de altura. Pero cuando sale en días solemnes le da escolta una guardia miliciana de quinientos caballos, que yo tuve, sin duda, por el más espléndido espectáculo que pudiera presenciarse, hasta que vi a parte de su ejército en orden de batalla. De lo que ya tendré ocasión de hablar.

## Capítulo 5

*Varias aventuras sucedidas al autor. -La ejecución de un criminal. -El autor descubre su conocimiento de la navegación.*

Hubiera vivido bastante feliz en aquella tierra si mi pequeñez no me hubiese expuesto a diversos accidentes molestos y ridículos, algunos de los cuales me atreveré a relatar. Glumdalclitch me llevaba a menudo a los jardines de palacio en mi caja pequeña, y a veces me sacaba de ella y me tenía en la mano o me bajaba al suelo para que paseara. Recuerdo que un día el enano, antes de perder la privanza de la reina, nos seguía por aquellos jardines, y habiéndome dejado mi niñera en el suelo y estando juntos él y yo cerca de unos manzanos enanos, quise hacer gala de mi ingenio con una alusión inocente al parecido entre

él y los árboles, cuyas denominaciones se relacionan entre sí en aquel idioma, como sucede en el nuestro. Por este motivo, acechando el desalmado bribón la oportunidad cuando pasaba yo por debajo de uno de los árboles lo sacudió sobre mi cabeza, con lo que una docena de manzanas, del tamaño de un barril de Brístol cada una, se vinieron abajo, saludándome los oídos. Una de ellas me alcanzó en las espaldas cuando estaba inclinado y me derribó de boca cuan largo soy; pero no recibí mayor daño, y el enano obtuvo el perdón a ruego mío, ya que la provocación había partido de mí.

Otro día Glumdalclitch me dejó en un césped suave para que me esparciese, mientras ella paseaba con su aya a alguna distancia. En esto se desencadenó de repente tan violenta granizada, que su fuerza me derribó en tierra; y, ya caído, los granizos me molieron todo el cuerpo tan cruelmente como si me hubieran lanzado pelotas de *tennis*; me las arreglé, sin embargo, para arrastrarme a cuatro pies y resguardarme, acostándome boca abajo a lo largo de la banda de sotavento de un lomo cubierto de tomillo; pero tan maltrecho de pies a cabeza, que no pude salir en diez días. Y no hay que asombrarse de ello, porque la Naturaleza en aquel país observa proporción en todas sus manifestaciones; un granizo de aquéllos es casi dieciocho veces más grande que uno de Europa, lo que puedo afirmar apoyado en la experiencia, ya que tuve la curiosidad de pesarlos y medirlos.

Pero aun me aconteció un accidente más peligroso en aquel mismo jardín, en ocasión de haberse retirado mi niñera a otra parte de él con su aya y algunas damas amigas, creyendo dejarme en lugar seguro -lo que con frecuencia le suplicaba que hiciese, para recrearme a solas con mis pensamientos- y de haberse dejado en casa mi caja para evitarse la molestia de llevarla. Lejos Glumdalclitch, donde yo no la veía ni podía llegar hasta ella mi voz, un sabuesillo blanco, propiedad del jardinero, que por casualidad había entrado en el jardín, acertó a pasar cerca del sitio en que me hallaba. El perro, siguiendo el rastro, se vino derecho a mí, y cogiéndome con la boca corrió a su amo moviendo la cola y me dejó suavemente en el suelo. Por suerte le habían adiestrado tan bien, que fui transportado entre sus dientes sin sufrir el daño más ligero, ni siquiera desgarramiento de ropa; pero el infeliz jardinero, que me conocía sobradamente y sentía gran afecto por mí, se llevó un susto terrible. Me levantó suavemente en ambas manos y me preguntó si me había pasado algo; pero estaba yo tan pasmado y sin aliento, que no le pude responder palabra. A los pocos minutos volví en mí y él me llevó indemne a mi niñera, quien, en tanto, había vuelto al sitio en que me dejara, y, no hallándome ni obteniendo respuesta a sus llamadas, estaba en mortales angustias. Amonestó al jardinero severamente por lo que su perro había hecho; mas la cosa se ocultó y jamás se supo en la corte, pues la niña temía el enfado de la reina, y en cuanto a mí he de decir francamente que pensé que no haría ningún provecho a mi fama que se extendiera semejante historia.

Este accidente determinó a Glumdalclitch a no perderme de vista en lo sucesivo cuando saliésemos. Llevaba yo mucho tiempo temiendo esta resolución, y, en consecuencia, le había ocultado a ella algunas pequeñas aventuras desgraciadas que me habían ocurrido en aquellos tiempos en que me abandonaban a mí mismo. Una vez, un gatito que rondaba por el jardín saltó sobre mí, y, a no haber yo sacado resueltamente mi alfanje y precipitádome bajo una tupida espaldera, de seguro que me hubiera arrebatado en sus garras. En otra ocasión, subiendo por el montoncillo de arena que un topo acababa de formar escarbando, caí de cabeza en el hoyo que el animal había cavado, y tuve que inventar una mentira, que



no merece la pena de recordar, para disculparme de haberme estropeado el vestido. También me rompí la espinilla derecha contra la concha de un caracol con que tropecé un día que paseaba solo, pensando en la pobre Inglaterra.

No sé qué era más grande, si mi complacencia o mi mortificación al observar en aquellos paseos solitarios que los pájaros más pequeños no mostraban miedo ninguno de mí; antes bien, brincaban a mi alrededor a una yarda de distancia, buscando gusanos y otras cosas que comer, con la misma indiferencia y seguridad que si no hubiera ser ninguno junto a ellos. Recuerdo que un tordo se tomó la libertad de arrebatarme de la mano con el pico un trozo de bollo que Glumdalclitch acababa de darme para desayuno. Cuando intentaba coger alguno de estos pájaros, se me revolvían fieramente, tirándome picotazos a los dedos, que yo cuidaba de no poner a su alcance, y luego, con toda despreocupación, seguían saltando a caza de gusanos y caracoles, como antes. Un día, sin embargo, cogí un buen garrote y se lo tiré con toda mi fuerza y tan certeramente a un pardillo, que lo tumbé del golpe, y, cogiéndole por el cuello con las dos manos, corrí a mi niñera llevándolo en triunfo. Pero el pájaro que sólo había quedado aturdido, se recobró y me dio tantos golpes con las alas a ambos lados de la cabeza y del cuerpo, que, aun cuando lo mantenía apartado con los brazos extendidos y estaba fuera del alcance de sus garras, veinte veces estuve por dejarle escapar. Mas pronto vino en mi auxilio uno de nuestros criados, que retorció al pájaro el pescuezo, y al día siguiente me lo dieron para almorzar por orden de la reina. Este pardillo, por lo que recuerdo, venía a ser algo mayor que un cisne de Inglaterra.

Un día, un joven caballero, sobrino del aya de mi niñera, vino e invitó a las dos insistentemente a que fuesen a ver una ejecución: la de un hombre que había asesinado precisamente a uno de los amigos íntimos de aquel caballero. A Glumdalclitch la convencieron para que fuese de la partida, muy contra su inclinación, porque era naturalmente compasiva; y por lo que a mí toca, aunque aborrezco esta naturaleza de espectáculos, me tentaba la curiosidad de ver una cosa que suponía que debía de ser extraordinaria. El malhechor fue sujeto a una silla en un cadalso levantado al efecto y le cortaron la cabeza de un tajo con una espada de cuarenta pies de largo aproximadamente. Las venas y arterias arrojaron tan prodigiosa cantidad de sangre y a tal altura, que el gran *jeu d'eau* de Versalles no se le igualaba mientras duró; y la cabeza, al caer, dio contra el piso del cadalso un golpazo tan grande, que me hizo estremecer, aunque estaba yo, por lo menos, a media milla inglesa de distancia.

La reina, que solía oírme hablar de mis viajes marítimos y no dejaba ocasión de divertirme cuando me veía melancólico, me preguntó si sabía manejar una vela o un remo y si no me sería conveniente para la salud un poco de ejercicio de boga. Le respondí que ambas cosas se me entendían muy bien, pues aunque mi verdadera profesión había sido la de médico o doctor del barco, muchas veces, en casos de apuro, me había visto obligado a trabajar como un marinero más. Pero no veía yo cómo podría hacer esto en su país, donde el más pequeño esquife era igual que uno de nuestros buques de guerra de primera categoría, y en cuyos ríos no podría resistir un bote tal como yo lo necesitaba para manejarlo. Su Majestad dijo que si yo ideaba un bote, su propio carpintero lo haría y ella buscaría un sitio donde yo pudiese navegar. El hombre era obrero hábil, y, siguiendo mis instrucciones, en diez días acabó un bote de recreo con todo su aparejo muy suficiente para ocho europeos. Cuando estuvo acabado le gustó tanto a la reina, que lo llevó corriendo en

su falda al rey, quien ordenó que lo pusieran en una cisterna llena de agua, conmigo dentro, a manera de ensayo; no pude usar mis remos cortos allí por falta de espacio. Pero la reina había de antemano forjado otro proyecto; mandó al carpintero que hiciese una artesa de madera de trescientos pies de largo, cincuenta de ancho y ocho de fondo, la cual, bien embreada para que no se saliese el agua, fue puesta en el suelo, pegada a la pared, en una habitación exterior del palacio. Tenía la artesa cerca del fondo un grifo para sacar el agua cuando llevaba echada mucho tiempo, y dos criados podían llenarla sin trabajo en media hora. Allí solía yo remar para mi propia distracción, así como para la de la reina y sus damas, que se complacían mucho en mi destreza y agilidad. A veces largaba la vela, y entonces mi tarea consistía solamente en gobernar cuando las damas me mandaban viento fresco con los abanicos, y cuando se cansaban ellas, algún paje me empujaba la vela con su aliento, mientras yo mostraba mi arte gobernando a babor, o a estribor, según quería. Cuando terminaba, Glumdalclitch volvía a llevarse el bote a su gabinete y allí lo colgaba de un clavo para que se secase.

Practicando este ejercicio me ocurrió una vez un accidente que en nada estuvo que me costara la vida. Fue que, habiendo echado uno de los pajes mi bote en la artesa, el aya que cuidaba de Glumdalclitch, muy oficiosamente, me levantó para meterme en el bote; pero me aconteció escurrirme de entre sus dedos, e infaliblemente hubiese dado contra el suelo desde cuarenta pies de altura si, por la más venturosa casualidad del mundo, no me hubiese detenido un alfiler que la buena señora llevaba prendido en el peto; la cabeza del alfiler vino a metérseme entre la camisa y la pretina de los calzones, y así quedé suspendido en el aire por la mitad del cuerpo hasta que Glumdalclitch acudió en mi socorro.

Otra vez, uno de los criados, cuyo oficio era llenar mi artesa de agua limpia cada tres días, tuvo el descuido de dejar que una rana enorme, por no haberla visto, se deslizase en el cubo. La rana estuvo oculta hasta que me pusieron en el bote; pero entonces, advirtiendo un lugar de descanso, trepó a él, y lo hizo inclinarse tanto de un costado, que tuve que contrabalancear echando al otro todo el peso de mi cuerpo para impedir el vuelco. Cuando la rana estuvo dentro, saltó de primera intención la mitad del largo del bote, y luego, por encima de mi cabeza, de atrás adelante y al contrario, ensuciándome la cara y las ropas con repugnante lodo. El grandor de sus miembros la hacía aparecer como el animal más disforme que pueda concebirse. No obstante, pedí a Glumdalclitch que me dejase habérmelas con ella solo. Durante un buen rato le sacudí con uno de los remos, y, por fin, la forcé a saltar del bote.

Pero el mayor peligro en que me vi durante mi estancia en aquel reino fue debido a un mono, propiedad de uno de los ayudantes de cocina. Me había encerrado Glumdalclitch en su gabinete mientras ella salía a compras o de visita. Como hacía mucho calor, la ventana del gabinete estaba abierta de par en par, así como las ventanas y puertas de mi caja grande, en la cual ya habitaba frecuentemente a causa de su comodidad y amplitud. Estaba sentado a la mesa meditando tranquilamente, cuando vi que algo se entraba de un salto por la ventana de la habitación y daba brincos de un lado para otro. Aunque ello me alarmó en extremo, me atreví a mirar hacia fuera, bien que sin moverme de mi asiento; y entonces vi al revoltoso animal retozando y saltando de aquí para allí, hasta que por último se vino a mi caja y la examinó con gran curiosidad y regocijo, atisbando por las puertas y las ventanas. Me separé al ángulo más apartado de mi habitación, o sea de mi caja; pero el mono,

mirando el interior por todas partes, me aterró de tal modo que me faltó presencia de ánimo para esconderme debajo de la cama, como hubiera podido hacer fácilmente. Después de un rato de husmeo, gesticulación y charla, me descubrió al fin, y metiendo por la puerta una de las garras, como haría un gato que jugase con un ratón, aunque yo corría de un sitio a otro para huirle, acabó por cogerme de la vuelta de la casaca -que, hecha de la seda de aquel país, era muy gruesa y resistente- y me sacó. Me alzó con la mano derecha y me sujetó como las nodrizas sujetan a los niños cuando van a darles de mamar y exactamente lo mismo que yo había visto hacer en Europa a un animal de la misma clase con un gatito pequeño. Intenté resistir; pero entonces me apretó tan fuerte, que tuve por lo más prudente entregarme. Su frecuente acariciarme la cara con la mano de muy suave manera me hace fundadamente suponer que me tomaba por un pequeño de su misma especie. Vino a interrumpirle en estas diversiones un ruido hecho en la puerta del gabinete como por alguien que la abriese, lo que le obligó a saltar bruscamente a la ventana por donde había entrado, y de allí, a canalones y cañerías andando en tres pies y llevándome a mí en la otra mano, hasta que se encaramó a un tejado próximo al nuestro. Yo oí que Glumdalclitch daba un grito en el momento de sacarme el mono del cuarto. La pobre muchacha casi perdió el sentido. Aquella parte del palacio era todo confusión; los criados corrieron a buscar escaleras; cientos de personas de la corte miraban al mono, que, instalado en lo alto de un edificio, me tenía como a un niño en una de sus patas delanteras y me daba de comer con la otra, metiéndome a la fuerza en la boca comida que iba sacándose de una de las bolsas que tienen a los lados de las quijadas estos animales, y cuando no quería comerlo me pegaba. A la vista de esto no podía contener la risa mucha de la gente que había abajo, ni yo creo que en realidad pueda censurársele por ello, pues, sin disputa, el espectáculo tenía que ser bastante grotesco para cualquiera que no fuese yo. Algunas personas tiraron piedras con la intención de hacer bajar al mono; pero se prohibió hacerlo rigurosamente, pues de otro modo es casi seguro que me hubiesen destrozado la cabeza.

Se dispusieron las escaleras y subieron por ellas muchos hombres; el mono, en vista de ello y encontrándose ya casi rodeado e incapaz de correr lo suficiente en tres pies, me soltó en una teja acanalada y se puso en fuga. Allí quedé un rato, a quinientas yardas del suelo, esperando a cada instante que el viento me echara abajo o caer desvanecido e ir a parar, dando tumbos, desde el caballete al alero; pero un buen muchacho, lacayo de mi niñera, trepó, y, metiéndome en la faltriquera de sus calzones, me bajó indemne.

Yo estaba casi ahogado con aquella asquerosidad que el mono me había embutido en la garganta; pero mi querida niñera me lo sacó de la boca con una aguja fina y luego me vino un vómito que me sirvió de gran alivio. Sin embargo, quedé tan débil y tan molido de pies a cabeza con los estrujones que me dio aquel repugnante animal, que tuve que guardar cama una quincena. El rey, la reina y toda la corte enviaban cada día a preguntar por mi salud, y la reina me hizo durante mi enfermedad varias visitas. Se mató al mono y se dio orden de que no se pudieran tener en todo el palacio semejantes animales.

Cuando, una vez restablecido, me presenté al rey para darle las gracias por sus favores, él se dignó bromear grandemente con motivo de la aventura. Me preguntó qué pensamientos y cálculos eran los míos cuando estaba en la garra del mono, qué tal me supo la comida que me dio y si el aire fresco que corría por el tejado me había abierto el apetito. Me interrogó también qué hubiera hecho en mi propio país en ocasión semejante. Yo dije a

Su Majestad que en Europa no teníamos monos, aparte de los que se llevaban de otros sitios por curiosidad, y éstos eran tan pequeños, que yo podía habérmelas con una docena a la vez si acaso se les ocurriera atacarme. Y en cuanto a aquel monstruoso animal con quien había tenido que vérmelas recientemente -y que era, sin duda, tan grande como un elefante-, si el temor no me hubiese impedido caer en la cuenta de que podía utilizar mi alfanje -dije esto con expresión fiera y golpeando con la mano la guarnición- cuando metió la garra en mi cuarto, quizá le hubiese hecho herida tal que se hubiera tenido por muy contento con poder retirarla más aprisa de lo que la había metido. Pero mi discurso no produjo otro efecto que una fuerte risotada, que todo el respeto debido a Su Majestad no pudo contener en aquellos que le daban asistencia. Esto me hizo reflexionar cuán vano intento es en un hombre el de hacerse honor a sí mismo entre aquellos que están fuera de todo grado de igualdad o de comparación con él. Y, sin embargo, he visto con gran frecuencia la moral de mi conducta de entonces a mi regreso a Inglaterra, donde un belitre despreciable cualquiera, sin el menor título por nacimiento, calidad, talento ni aun sentido común, se hace el importante y pretende ser uno con las personas más altas del reino.

Cada día proporcionaba yo a la corte alguna historia ridícula, y Glumdalclitch, aunque me quería hasta el exceso, era lo bastante pícara para enterar a la reina de cualquier despropósito que yo hiciese si creía que podía servir de diversión a Su Majestad.

## Capítulo 6

*El autor se da maña por agradar al rey y a la reina. -Muestra su habilidad en la música. -  
El rey se informa del estado de Europa, que el autor le expone. -Observaciones del rey.*

Asistía yo una o dos veces en la semana al acto de levantarse el rey, y con frecuencia le veía en manos de su barbero, lo que en verdad constituía al principio un espectáculo terrible, pues la navaja era casi doble de larga que una guadaña corriente. Su Majestad, según la costumbre del país, se afeitaba solamente dos veces a la semana. En una ocasión pude convencer al barbero para que me diese parte de las jabonaduras, de entre las cuales saqué cuarenta o cincuenta de los cañones más fuertes. Cogí luego un trocito de madera fina y lo corté dándole la forma del lomo de un peine e hice en él varios agujeros a distancias iguales con la aguja más delgada que pudo proporcionarme Glumdalclitch. Me di tan buen arte para fijar en él los cañones, rayéndolos y afilándolos por la punta con mi navaja, que hice un peine bastante bueno. Refuerzo muy del caso, porque el mío tenía las púas rotas hasta el punto de ser casi inservible, y no conocía en el país artista tan delicado que pudiera encargarse de hacerme otro.

Al mismo tiempo aquello me sugirió una diversión en que pasé muchas de mis horas de ocio. Pedí a la dama de la reina que me guardara el pelo que Su Majestad soltase cuando se la peinaba, y pasado algún tiempo tuve cierta cantidad. Consulté con mi amigo el ebanista, que tenía orden de hacerme los trabajillos que necesitase, y le encargué la armadura de dos sillas no mayores que las que tenía en mi caja y que practicara luego unos agujeritos con una lezna fina alrededor de lo que había de ser respaldo y asiento. Por estos agujeros pasé los cabellos más fuertes que pude hallar, al modo que se hace en las sillas de mimbres en Inglaterra. Cuando estuvieron terminadas las regalé a Su Majestad la reina, quien las puso

en su gabinete y las mostraba como una curiosidad; y, en efecto, eran el asombro de todo el que las veía. Quiso la reina que yo me sentase en una de aquellas sillas; pero me negué resueltamente a obedecerla, protestando que mejor moriría mil veces que colocar mi cuerpo en aquellos cabellos preciosos que en otro tiempo adornaron la cabeza de Su Majestad. De estos cabellos -como siempre tuve gran disposición para los trabajos manuales- hice también una bonita bolsa de unos cinco pies de largo, con el nombre de Su Majestad en letras de oro; bolsa que di a Glumdalclitch con permiso de la reina. A decir verdad, más era de capricho que para uso, pues no era lo bastante fuerte para resistir el peso de las monedas grandes, y, de consiguiente, Glumdalclitch sólo guardaba en ella algunas de esas chucherías a que las niñas son tan aficionadas.

El rey, que amaba la música en extremo, daba frecuentes conciertos en la corte, a los cuales me llevaban algunas veces. Me ponían dentro de mi caja, sobre una mesa, para que la oyese; pero el ruido era tan grande, que apenas podía distinguir los tonos. Estoy seguro de que todos los tambores y trompetas de un ejército real, batidos y tocadas al mismo tiempo junto a las orejas no igualarían aquello. Mi práctica era hacer que quitasen la caja del sitio en que estuvieran los ejecutantes y la llevasen lo más lejos posible, cerrar luego las puertas y las ventanas de ella y echar las persianas; después de todo lo cual, encontraba aquella música no del todo desagradable.

Yo había aprendido de joven a tocar un poco la espineta. Glumdalclitch tenía una en su cuarto y dos veces por semana iba a enseñarle un profesor. Llamo a aquello una espineta porque en cierto modo se parecía a este instrumento y se tocaba de la misma manera. Se me ocurrió que yo podría entretener al rey y a la reina tocando en este instrumento una tonada inglesa. Pero ello parecía extremadamente difícil porque la espineta tenía cerca de seis pies de largo y cada tecla uno de anchura casi; así, con los brazos extendidos, no podía yo abarcar arriba de cinco teclas, y para pulsarlas necesitaba dar un buen puñetazo, lo que hubiera sido un trabajo demasiado grande y de ninguna utilidad. El método que imaginé fue éste: hice dos palos redondos, del tamaño de dos buenos garrotes, más gruesos por un extremo que por otro, y cubrí el lado más grueso con un trozo de piel de ratón, de modo que al golpear con ellos no pudiese estropear las teclas ni apagar el sonido. Se colocó frente a la espineta un banco que quedaba unos cuatro pies más bajo que el teclado, y sobre el banco me pusieron a mí. Corría yo por encima, de costado, de acá para allá tan velozmente como era posible, y de este modo me ingenié para tocar una jiga, con gran satisfacción de Sus Majestades. Pero fue el ejercicio más violento a que me he entregado en mi vida, y aun así no pude golpear más de dieciséis teclas, ni, desde luego, tocar a la vez los bajos y la voz cantante, como hacen otros artistas, lo que fue en gran daño de mi ejecución.

El rey, que, como ya he consignado, era un príncipe de muy buen entendimiento, ordenaba frecuentemente que me llevasen en mi caja y me pusieran sobre la mesa de su gabinete; me mandaba luego que sacase de la caja una de las sillas y me sentase a unas tres yardas de distancia en lo más alto del escritorio, con lo que me encontraba casi al nivel de su cara. De este modo sostuve varias conversaciones con él. Un día me tomé la libertad de decir a Su Majestad que el desprecio que mostraba hacia Europa y el resto del mundo no parecía responder a las excelentes prendas de discreción que le distinguían; que la razón no crece con el tamaño del cuerpo, sino, antes al contrario, se había observado en nuestro país que las personas más altas están peor dotadas en este respecto. Añadí que, entre otros

animales, las abejas y las hormigas tenían fama de más industriosas, hábiles y sagaces que muchos de las especies mayores, y que, por insignificante que yo le pareciese, tenía la esperanza de encontrar en mi vida ocasión de prestar a Su Majestad algún señalado servicio. El rey me oyó con atención y empezó a concebir de mí un juicio mucho mejor del que había tenido hasta entonces. Me pidió que le diese una referencia tan exacta como me fuera posible del gobierno de Inglaterra; pues, aun siendo los príncipes, por regla general, amantes de sus propias costumbres -así lo suponía el respeto de otros monarcas por anteriores razonamientos míos-, le gustaría conocer alguna cosa que mereciera ser imitada.

Imagina por ti, cortés lector, las veces que deseé la lengua de Cicerón o de Demóstenes para poder celebrar la fama de mi querido país natal en un estilo correspondiente a sus méritos y bienaventuranzas. Empecé mi discurso por informar a Su Majestad de que nuestros dominios consistían en dos islas que formaban tres poderosos reinos bajo un soberano, aparte de nuestras colonias de América. Me detuve en ponderar la fertilidad de nuestro suelo y la temperatura de nuestro clima. Hablé luego extensamente de la constitución del Parlamento inglés, formado en parte por un cuerpo ilustre, llamado la Cámara de los Pares, personas de sangre noble y de patrimonios los más antiguos e importantes. Pinté el extraordinario cuidado que siempre se pone en su educación para las artes y las armas, a fin de capacitarlos para ser consejeros a la vez del rey y del reino, participar en la legislación, ser miembros del más alto tribunal de justicia -de cuyas sentencias no puede apelarse- y ejercer de campeones siempre dispuestos a la defensa de su príncipe y de su patria con su valor, conducta y fidelidad. Añadí que ellos eran el adorno y el baluarte del reino, digna descendencia de sus afamados antecesores, que en ella veían honradas las virtudes que siempre practicaron y de cuyo culto jamás sucedió que su posteridad se apartase. A éstos se unían, como parte de la Asamblea, varios santos varones que llevaban el título de obispos, y cuya misión particular era cuidar de la religión y de quienes instruyen en ella a las gentes. Éstos eran buscados y descubiertos de un extremo a otro de la nación por el príncipe y sus consejeros más sabios entre aquellos sacerdotes que más merecidamente se hubiesen distinguido por la santidad de su vida y la profundidad de su erudición, los cuales, por derecho indiscutible, eran los padres espirituales del clero y del pueblo.

La otra parte del Parlamento la constituía una asamblea llamada Cámara de los Comunes, cuyos miembros eran todos caballeros principales, libremente designados y escogidos por el mismo pueblo, en razón de sus grandes talentos y de su amor al país, para representar la sabiduría de la nación entera. Y ambos cuerpos constituían la más augusta Asamblea de Europa, a la cual, en unión del rey, estaba encomendada la legislación.

Pasé luego a hablar de los tribunales de justicia, donde los jueces, aquellos venerables sabios e intérpretes de la ley, presidían la determinación de los derechos de propiedad disputados entre los hombres, así como el castigo del vicio y la protección de la inocencia. Mencioné la prudente administración de nuestro tesoro; el valor y las hazañas de nuestras fuerzas de mar y tierra. Hice un cómputo de nuestro número de habitantes, expresando cuántos millones vienen a corresponder a cada secta y a cada partido político de los nuestros. No omití siquiera nuestros deportes y pasatiempos, ni detalle ninguno que, a mi juicio, pudiese redundar en honor de mi país. Terminé con una breve relación histórica de los asuntos y acontecimientos de Inglaterra durante los últimos cien años.

Esta conversación no llegó a su término en menos de cinco audiencias, de varias horas cada una, y el rey lo oyó todo con gran atención, tomando con frecuencia notas de lo que yo decía, así como memoranda de varias preguntas que se servía hacerme.

Cuando di fin a estos largos discursos, Su Majestad, en una sexta audiencia, consultando sus notas, expuso numerosas dudas, preguntas y objeciones respecto de cada artículo. Me interrogó qué métodos empleábamos para cultivar la inteligencia y el cuerpo de nuestros jóvenes de la nobleza y a qué clase de trabajos solían dedicarse durante aquel período de la vida apropiado para la instrucción. Qué partido tomábamos para integrar aquella Asamblea cuando se extinguía una familia noble. Qué condiciones eran necesarias a aquellos que se nombraban nuevos lores, y si el humor de un príncipe, una cantidad de dinero dada a una dama de la corte o a un primer ministro, o el propósito de reforzar un partido opuesto al interés público, no venían nunca a ser motivos para estos ascensos. Hasta dónde llegaba el conocimiento que tenían aquellos señores de las leyes de su país y cómo lo adquirían para hacerlos capaces de decidir sobre las propiedades de sus compatriotas en último recurso. Si vivían siempre tan libres de avaricia, parcialidades y ambiciones que el soborno o cualquier otro designio siniestro no pudiera tener entre ellos lugar. Si aquellos santos varones de que yo hablaba eran siempre elevados a tal rango por razón de sus conocimientos en materia religiosa y de la santidad de su vida, y no habían sido nunca condescendientes con los tiempos cuando eran simples sacerdotes, ni serviles y prostituidos capellanes de algún noble cuyas opiniones siguieran, obedeciendo ruinmente después de admitidos en la Asamblea.

Quiso conocer después qué sistemas empleábamos para elegir a aquellos a quienes yo designaba por el nombre de Comunes; si un extraño con la bolsa llena no podría influir sobre los votantes del vulgo para que le escogiesen por encima de su propio señor o del caballero más importante del vecindario. Cómo era que la gente se sentía tan poderosamente inclinada a entrar en esa asamblea aun a costa de las molestias y los gastos enormes que yo había señalado, y que a menudo llegaban a arruinar a las familias respectivas, sin recibir por ello salario ni pensión ninguna, pues esto suponía tan exaltado extremo de virtud y espíritu público, que Su Majestad parecía temer que no siempre fuese sincero. Y quería saber si tan celosos caballeros podían calcular indemnizarse de los gastos y las molestias a que se entregaban sacrificando el bien público a los caprichos de un príncipe vicioso en connivencia con un ministerio corrompido. Multiplicó su interrogatorio y me sondeó y sonsacó en cada una de las partes de este capítulo, haciéndome innumerables preguntas y objeciones que no juzgo discreto ni conveniente repetir.

En cuanto a lo que dije respecto a nuestros tribunales de justicia, Su Majestad solicitó información sobre varios puntos, la que estaba yo tanto más capacitado para dar, cuanto que en otro tiempo me había visto casi arruinado por un proceso en la chancillería, del que tuve que pagar las costas. Me preguntó cuánto tiempo se tardaba generalmente en discernir la razón de la sinrazón y qué gasto suponía; si los abogados y suplicantes eran libres de defender causas manifiesta y reconocidamente injustas, vejatorias u opresivas; si se había observado que algún partido, ya político, ya religioso, fuera de algún peso en la balanza de la justicia; si los tales defensores eran personas instruidas en el general conocimiento de la equidad o sólo en el derecho consuetudinario de la provincia, la nación o la localidad que fuese; si ellos o sus jueces tenían alguna parte en la elaboración de aquellas leyes que se

atribulan la libertad de interpretar y glosar a su antojo; si alguna vez habían sido, en ocasiones distintas, defensores y acusadores de una misma causa y citado precedentes en prueba de opiniones contradictorias; si constituían una corporación rica o pobre; si recibían alguna recompensa pecuniaria por pleitear y exponer sus opiniones, y particularmente si alguna vez eran admitidos como miembros en la baja Cámara.

La tomó luego con la administración de nuestro tesoro, y dijo que, sin duda, a mí me había flaqueado la memoria, por cuanto calculé nuestras rentas en unos cinco o seis millones al año, y cuando hice mención de los gastos se encontró con que en ocasiones ascendían a más del doble de esa cantidad, pues sobre este punto había tomado notas muy detalladas, con la esperanza, según me dijo, de que pudiera serle útil el conocimiento de nuestra conducta, y no podía engañarse en sus cálculos. Pero, dado que fuera verdad lo que yo le había dicho, se sorprendía grandemente de cómo un reino podía gastar más de su hacienda como un simple particular. Me preguntó quiénes eran nuestros acreedores y dónde encontrábamos dinero para pagarles. Se maravilló oyéndome hablar de tan dispendiosas guerras, pues sin duda habíamos de ser un pueblo muy pendenciero, o vivir entre muy malos vecinos, y nuestros generales tendrían que ser más ricos que nuestro rey. Me preguntó qué asuntos teníamos fuera de nuestras propias islas, si no eran el comercio y los tratados o la defensa de las costas con nuestra flota. Sobre todo, se asombró al oírme hablar de un ejército mercenario permanente en medio de la paz y entre un pueblo libre. Decía que si nos gobernaban por nuestro propio consentimiento las personas que tenían nuestra representación no podía alcanzársele de quién teníamos temor ni contra quién teníamos que pelear, y me consultaba si la casa de un hombre particular no está mejor defendida por él, sus hijos y su familia que por media docena de bribones cogidos a la ventura en medio de la calle, escasamente pagados y que no tendrían inconveniente en degollar a todos si les ofrecían por ello cien veces su soldada.

Se rió de mi extraña especie de aritmética -como se dignó llamarla-, que computaba nuestro número de habitantes, haciendo un cálculo sobre las varias sectas de religión y política que existen entre nosotros. Dijo que no conocía razón ninguna para que a aquellos que mantienen opiniones perjudiciales al interés público se les obligue a cambiar ni para que se les obligue a ocultarlas. Y así como en un Gobierno fuera tiranía pedir lo primero, es debilidad no exigir lo segundo; que un hombre puede guardar venenos en su casa, mas no venderlos por cordiales.

Observó que entre las diversiones de nuestros nobles y gentes principales había yo mencionado la caza. Quiso saber a qué edad comenzaban por regla general este entretenimiento y cuándo lo abandonaban; cuánto tiempo dedicaban a él; si alguna vez iba tan lejos que afectase las fortunas; si gentes indignas y viciosas no podrían por su destreza en este arte llegar a hacer grandes capitales, y aun en ocasiones a colocar a los nobles mismos en un plano de dependencia, así como a habituarles a compañías indignas, apartarlos completamente del cultivo de su inteligencia y forzarlos con la pérdida sufrida a ejercitar y practicar esa habilidad infame por encima de todas las otras.

Se asombró grandemente cuando le hice la reseña histórica de nuestros asuntos durante el último siglo, e hizo protestas de que aquello era sólo un montón de conjuras, rebeliones, asesinatos, matanzas, revoluciones y destierros, justamente los efectos peores que pueden



producir la avaricia, la parcialidad, la hipocresía, la perfidia, la crueldad, la ira, la locura, el odio, la envidia, la concupiscencia, la malicia y la ambición.

En otra audiencia recapituló Su Majestad con gran trabajo todo lo que yo le había referido; comparó las preguntas que me hiciera con las respuestas que yo le había dado, y luego, tomándome en sus manos y acariciándome con suavidad, dio curso a las siguientes palabras, que no olvidaré nunca, como tampoco el modo en que las pronunció: «Mi pequeño amigo Grildrig: habéis hecho de vuestro país el más admirable panegírico. Habéis probado claramente que la ignorancia, la pereza y el odio son los ingredientes apropiados para formar un legislador; que quienes mejor explican, interpretan y aplican las leyes son aquellos cuyos intereses y habilidades residen en pervertirlas, confundirlas y eludirlas. Descubro entre vosotros algunos contornos de una institución que en su origen pudo haber sido tolerable; pero están casi borrados, y el resto, por completo manchado y tachado por corrupciones. De nada de lo que habéis dicho resulta que entre vosotros sea precisa perfección ninguna para aspirar a posición ninguna; ni mucho que los hombres sean ennoblecidos en atención a sus virtudes, ni que los sacerdotes asciendan por su piedad y sus estudios, ni los soldados por su comportamiento y su valor, ni los jueces por su integridad, ni los senadores por el amor a su patria, ni los consejeros por su sabiduría. En cuanto a vos -continuó el rey-, que habéis dedicado la mayor parte de vuestra vida a viajar, quiero creer que hasta el presente os hayáis librado de muchos de los vicios de vuestro país. Pero por lo que he podido colegir de vuestro relato y de las respuestas que con gran esfuerzo os he arrancado y sacado, no puedo por menos de deducir que el conjunto de vuestros semejantes es la raza de odiosos bichillos más perniciosos que la Naturaleza haya nunca permitido que se arrastre por la superficie de la tierra.»

## Capítulo 7

*El cariño del autor a su país. -Hace al rey una proposición muy ventajosa, que es rechazada. -La gran ignorancia del rey en política. -Imperfección y limitación de la cultura en aquel país. -Leyes, asuntos militares y partidos en aquel país.*

Sólo un amor extremado a la verdad ha podido disuadirme de ocultar esta parte de mi historia. Era en vano que descubriese mis resentimientos, de los cuales se hacía burla siempre; así, tuve que sufrir con paciencia que mi noble y amantísimo país fuese tan injuriosamente tratado. Estoy tan profundamente apenado como pueda estarlo cualquiera de mis lectores de que tal ocasión se presentase; pero este príncipe se mostró tan curioso y preguntón sobre cada punto, que no se hubiese compadecido con la gratitud ni con las buenas formas el que yo le negara cualquier explicación que pudiera darle. Aun siendo así, debe permitírseme que diga en mi defensa que eludí hábilmente muchas de las preguntas y di a cada extremo un giro mas favorable, con mucho, de lo que permitiría la estricta verdad, pues siempre he tenido para mi país esta laudable parcialidad que Dionysius Halicarnassensis recomendaba con tanta justicia al historiador. Oculté las flaquezas y deformidades de mi madre patria y coloqué sus virtudes y belleza a la luz más conveniente y ventajosa. Éste fue mi verdadero conato en cuantas conversaciones mantuve con aquel poderoso monarca, aunque, por desdicha, tuvo mal éxito.

Pero también ha de tenerse toda clase de excusas para un rey que vive por completo apartado del resto del mundo, y, por consiguiente, tiene que estar en absoluto ignorante de las maneras y las costumbres que deben prevalecer en otras naciones; falta de conocimiento que siempre determinará numerosos prejuicios, y una cierta estrechez de pensamiento, de que nosotros y los más civilizados países de Europa estamos enteramente libres. Y, sin duda, sería contrario a la razón que se quisieran presentar las nociones de virtud y vicio de un príncipe tan lejano como modelo para toda la Humanidad.

Para confirmar esto que acabo de decir, y mostrar además los desdichados efectos de una educación limitada, referiré un episodio que apenas será creído. Con la esperanza de congraciarme más con Su Majestad, le hablé de un descubrimiento, realizado hacía de trescientos a cuatrocientos años, para fabricar una especie de polvo tal, que si en un montón de él caía la chispa más pequeña todo se inflamaba, así fuese tan grande como una montaña, y volaba por los aires, con ruido y estremecimiento mayores que los que un trueno produjera. Le añadí que una cantidad de este polvo, ajustada en el interior de un tubo de bronce o hierro proporcionada al tamaño, lanzaba una bola de hierro o plomo con tal violencia y velocidad, que nada podía oponerse a su fuerza; que las balas grandes así disparadas no sólo tenían poder para destruir de un golpe filas enteras de un ejército, sino también para demoler las murallas más sólidas y hundir barcos con mil hombres dentro al fondo del mar; y si se las unía con una cadena, dividían mástiles y aparejos, partían centenares de cuerpos por la mitad y dejaban la desolación tras ellas. Añadí que nosotros muchas veces llenábamos de este polvo largas bolas huecas de hierro y las lanzábamos por medio de una máquina dentro de una ciudad a la que tuviésemos puesto sitio, y al caer destrozaba los pavimentos, derribaba en ruinas las casas y estallaba, arrojando por todos lados fragmentos que saltaban los sesos a quienes estuvieran cerca. Díjele además que yo conocía muy bien los ingredientes, comunes y baratos; sabía hacer la composición y podía dirigir a los trabajadores de Su Majestad en la tarea de construir aquellos tubos de un tamaño proporcionado a todas las demás cosas del reino. Los mayores no tendrían que exceder de cien pies de longitud, y veinte o treinta de estos tubos, cargados con la cantidad adecuada de polvo y balas, podrían batir en pocas horas los muros de la ciudad más fuerte de los dominios de Su Majestad, y aun destruir la metrópoli entera si alguna vez se resistiera a cumplir sus órdenes absolutas. Humildemente ofrecí esto al rey como pequeño tributo de agradecimiento por las muchas muestras que había recibido de su real favor y protección.

El rey quedó horrorizado por la descripción que yo le había hecho de aquellas terribles máquinas y por la proposición que le sometía. Se asombró de que tan impotente y miserable insecto -son sus mismas palabras- pudiese sustentar ideas tan inhumanas y con la familiaridad suficiente para no conmoverse ante las escenas de sangre y desolación que yo había pintado como usuales efectos de aquellas máquinas destructoras, las cuales -dijo- habría sido sin duda el primero en concebir algún genio maléfico enemigo de la Humanidad. Por lo que a él mismo tocaba, aseguró que, aun cuando pocas cosas le satisfacían tanto como los nuevos descubrimientos en las artes o en la Naturaleza, mejor querría perder la mitad de su reino que no ser consabidor de este secreto, que me ordenaba, si estimaba mi vida, no volver a mencionar nunca.

¡Extraño efecto de los cortos principios y los horizontes limitados! ¡Un príncipe adornado de todas las cualidades que inspiran estima, veneración y amor, de excelentes partes, gran sabiduría y profundos estudios, dotado de admirables talentos para gobernar y casi adorado por sus súbditos, dejando escapar, por un supremo escrúpulo, del cual no podemos tener en Europa la menor idea, una oportunidad puesta en sus manos, y cuyo aprovechamiento le hubiera hecho dueño absoluto de la vida, la libertad y la fortuna de sus gentes! No digo esto con la más pequeña intención de disminuir las muchas virtudes de aquel excelente rey, cuyos méritos, sin embargo, temo que habrán de quedar muy mermados a los ojos del lector inglés con este motivo; pero juzgo que este defecto tiene por origen la ignorancia de aquel pueblo, que todavía no ha reducido la política a una ciencia, como en Europa han hecho ya entendimientos despiertos. Recuerdo muy bien que en una conversación que mantuve con el rey un día, como yo le dijera que nosotros habíamos escrito varios millares de libros sobre el arte de gobernar, él formó -en contra de lo que yo pretendía- un concepto muy pobre de nuestra inteligencia. Declaró abiertamente que detestaba, a la vez que despreciaba, todo misterio, refinamiento e intriga en un príncipe o en un ministro. No podía comprender lo que designaba yo con el nombre de secreto de Estado, siempre que no se tratase de algún enemigo o alguna nación rival. Reducía el conocimiento del gobierno a límites estrechísimos de sentido común y razón, justicia y lenidad, diligencia en rematar las causas civiles y criminales, con algunos otros tópicos sencillos que no merecen ser consignados. Y afirmó que cualquiera que hiciese nacer dos espigas de grano o dos briznas de hierba en el espacio de tierra en que naciera antes una, merecía más de la Humanidad y hacía más esencial servicio a su país que toda la casta de políticos junta.

Los estudios de este pueblo son muy defectuosos, pues consisten únicamente en moral, historia, poesía y matemáticas, aunque hay que reconocer que en estas materias descuella. Pero la última se aplica tan sólo a aquello que puede ser útil en la vida, como es el progreso de la agricultura y de las artes mecánicas; así que entre nosotros no merecía gran aprecio. En cuanto a ideas trascendentales, abstracciones y trascendencias, jamás pude meterles en la cabeza la más elemental concepción.

Ninguna ley de aquel país debe exceder en palabras el número de las letras del alfabeto, que es allí de veintidós; pero, en verdad, son muy pocas las que alcanzan esta extensión. Están redactadas con los términos más claros y sencillos, y aquellas gentes no son lo bastante perspicaces para descubrir en ellas más de una interpretación, y escribir un comentario a una ley es un crimen capital. En cuanto a los fallos en las causas civiles y los procedimientos contra los criminales, tienen allí tan pocos precedentes, que mal podrían jactarse de pericia ninguna en ellos.

Conocen el arte de la imprenta, como los chinos, desde tiempo inmemorial; pero sus bibliotecas no son muy grandes. La del rey, considerada como la mayor, no excede de mil volúmenes, colocados en una galería de doce mil pies de longitud, de la cual yo tenía licencia para sacar los libros que deseara. El carpintero de la reina había ideado y construído en una de las habitaciones de Glumdalclitch una especie de aparato de madera de veinticinco pies de alto, formado como una escalera puesta en pie, cuyos peldaños tenían cincuenta pies de largo; era, en fin, una escalera portátil, cuya parte inferior quedaba a unos diez pies de la pared del cuarto. El libro que yo quería leer se apoyaba en la pared; subía y luego hasta el último peldaño de la escalera, y volviéndome hacia el libro empezaba por la

parte superior de la página, y así continuaba, andando a la derecha y a la izquierda unos diez pasos, según la longitud de las líneas, hasta que llegaba un poco más abajo del nivel de mis ojos, y de este modo bajaba gradualmente hasta el final; luego subía de nuevo y empezaba la otra página de la misma manera, e igualmente volvía la hoja, lo que podía hacer fácilmente con las dos manos, porque era nada más de gruesa y dura como un cartón, y en los folios mayores no pasaba de dieciocho a veinte pies de largo.

El estilo de aquellas gentes es claro, masculino y cuidado, pero no florido, pues nada evitan con tanto escrúpulo como multiplicar palabras innecesarias o emplear para el mismo fin varias expresiones. He leído atentamente muchos de aquellos libros, especialmente de historia y de moral. Entre los demás me divirtió mucho un pequeño tratado antiguo que estaba siempre en el dormitorio de Glumdalclitch y pertenecía al aya de ésta: una dama de alcurnia, grave y entrada en años, que mantenía estrecho comercio con los textos de moral y devoción. El libro trata de la debilidad de la condición humana, y no goza de gran estima, salvo entre las mujeres y el vulgo. Era, sin embargo, curioso para mí ver lo que un autor de aquel país podía decir sobre tal materia. El escritor recorría todos los tópicos corrientes en los moralistas europeos mostrando cuán diminuto, despreciable e indefenso animal es el hombre por su propia naturaleza; cuán incapaz de defenderse por sí mismo de la inclemencia del aire y de los ataques de las bestias feroces; cómo un ser le aventaja en fuerza, otro en ligereza, un tercero en previsión, un cuarto en industria. Añadía que la Naturaleza había degenerado en estas decadentes edades últimas del mundo y hoy sólo producía pequeñas criaturas abortivas en comparación con las nacidas en los tiempos antiguos. Decía que era lógico pensar no sólo que las especies de hombres eran en su origen mucho mayores, sino también que en lejanas épocas debió de haber gigantes, así como la tradición y la historia lo atestiguan y ha sido confirmado por los enormes huesos desenterrados por casualidad en diversas partes del reino, y que pasan en mucho los de la mermada raza del hombre de nuestros días. Argumentaba que las mismas leyes de la Naturaleza exigían, sin dejar lugar a duda, que en un principio hubiésemos sido creados de más alto y robusto talle, no tan sujetos a ser destruidos por cualquier pequeño accidente, como el desprendimiento de una teja desde una casa, o el lanzamiento de una piedra por la mano de un niño, o la caída en cualquier arroyuelo donde perecer ahogado. De esta índole de razones sacaba el autor varias normas morales útiles para conducirse en la vida, pero que no es necesario copiar aquí. Por mi parte, no pude dejar de reflexionar en lo universalmente extendido que está el talento de hacer discursos de moral, o más bien de descontento y condolencia por las contiendas que con la Naturaleza nos empeñamos en imaginar. Y creo que con una seria averiguación quedaría evidenciado que esas contiendas son tan infundadas por lo que toca a nosotros como por lo que toca a aquel pueblo.

En cuanto a cuestiones militares, se hace gala allí de que el ejército del rey consiste en ciento setenta y seis mil infantes y treinta y dos mil caballos, si es que puede llamarse ejército el formado por comerciantes en varias ciudades y por agricultores en los campos, bajo el único mando de la nobleza y de las gentes principales, que no reciben paga ni recompensa ninguna. Ciertamente alcanzan bastante perfección en el ejército y observan muy buena disciplina. Pero yo no veo en ello gran mérito; porque ¿cómo podría ser de otro modo en un sitio donde cada campesino está bajo el mando del propio señor de las tierras y cada ciudadano bajo el de un hombre principal de su misma edad elegido por votación, a la manera de Venecia?



































































































































































































